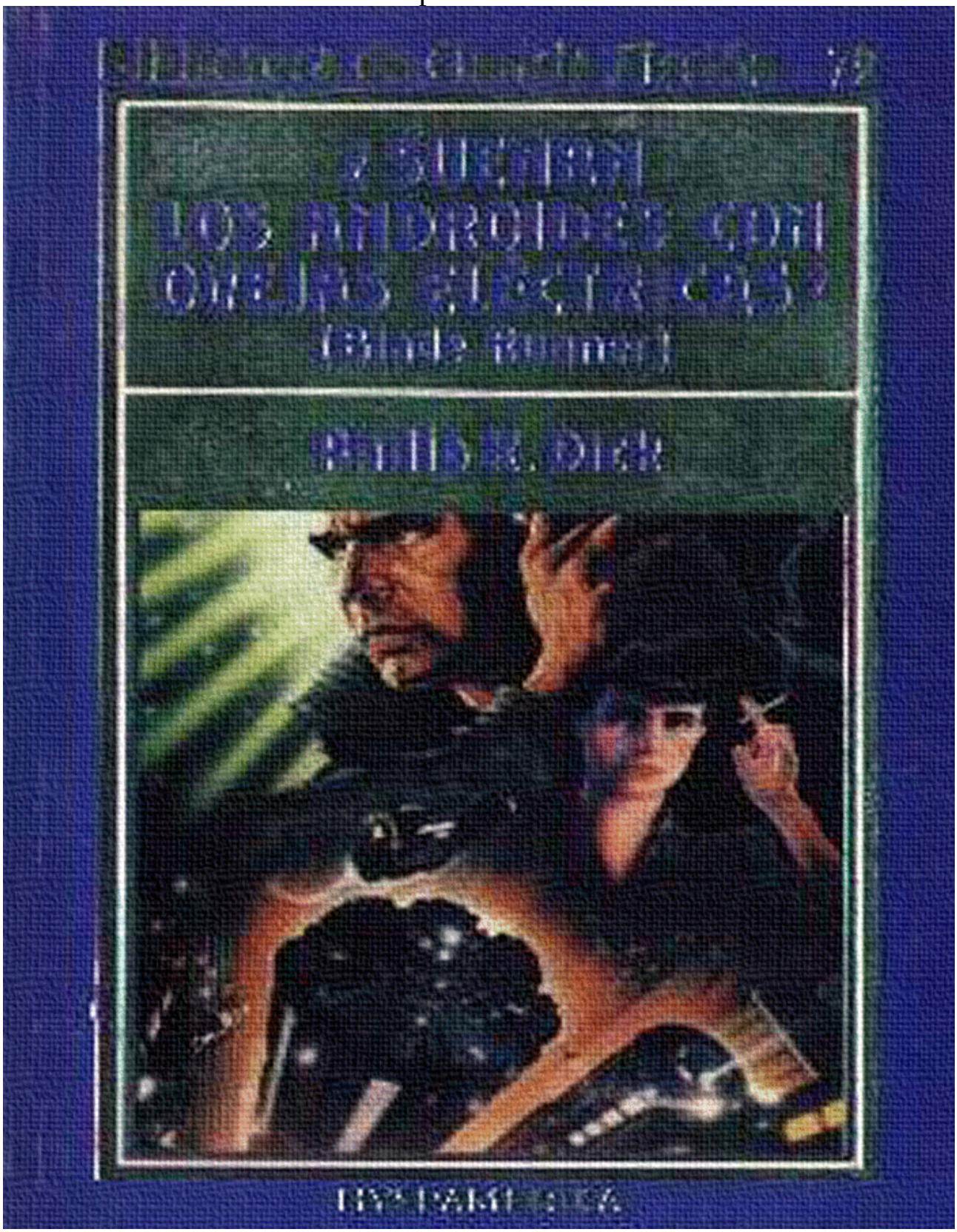
¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON OVEJAS ELÉCTRICAS?

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Una alegre y suave oleada eléctrica silbada por el despertador automático del órgano de ánimos que tenía junto a la cama despertó a Rick Deckard. Sorprendido -siempre le sorprendía encontrarse despierto sin aviso previo- emergió de la cama, se puso en pie con su pijama multicolor, y se desperezó. En el lecho, su esposa Iran abrió sus ojos grises nada alegres, parpadeó, gimió y volvió a cerrarlos.

-Has puesto tu Penfield demasiado bajo -le dijo él-. Lo ajustaré y cuando te despiertes...

-No toques mis controles -su voz tenía amarga dureza-. No quiero estar despierta.

Él se sentó a su lado, se inclinó sobre ella y le explicó suavemente:

-Precisamente de eso se trata. Si le das bastante volumen te sentirás contenta de estar despierta. En *C* sobrepasa el umbral que apaga la conciencia.

Amistosamente, porque estaba bien dispuesto hacia todo el mundo -su dial estaba en *D*-, acarició el hombro pálido y desnudo de Iran.

-Aparta tu grosera mano de policía -dijo ella.

-No soy un policía -se sentía irritable, aunque no lo había discado.

-Eres peor -agregó su mujer, con los ojos todavía cerrados-. Un asesino contratado por la policía.

-En la vida he matado a un ser humano.

Su irritación había aumentado, y ya era franca hostilidad.

-Sólo a esos pobres andrillos -repuso Iran.

-He observado que jamás vacilas en gastar las bonificaciones que traigo a casa en cualquier cosa que atraiga momentáneamente tu atención -se puso de pie y se dirigió a la consola de su órgano de ánimos-. No ahorras para que podamos comprar una oveja de verdad, en lugar de esa falsa que tenemos arriba. Un mero animal eléctrico, cuando yo gano ahora lo que me ha costado años conseguir -en la consola vaciló entre marcar un inhibidor talámico (que suprimiría su furia), o un estimulante talámico (que la incrementaría lo suficiente para triunfar en una discusión).

-Si aumentas el volumen de la ira -dijo Iran atenta, con los ojos abiertos- haré lo mismo. Pondré el máximo, y tendremos una pelea que reducirá a la nada todas las discusiones que hemos tenido hasta ahora. ¿Quieres ver? Marca... Haz la prueba -se irguió velozmente y se inclinó sobre la consola de su propio órgano de ánimos mientras lo miraba vivamente, aguardando.

Él suspiró, derrotado por la amenaza.

-Marcaré lo que tengo programado para hoy -examinó su agenda del 3 de enero de 1992: preveía una concienzuda actitud profesional-. Si me atengo al programa -dijo cautelosamente-, ¿harás tú lo mismo? -esperó; no estaba dispuesto a comprometerse tontamente mientras su esposa no hubiese aceptado imitarlo.

-Mi programa de hoy incluye una depresión culposa de seis horas -respondió Iran.

-¿Cómo? ¿Por qué has programado eso? -iba contra la finalidad misma del órgano de ánimos-. Ni siquiera sabía que se pudiera marcar algo semejante -dijo con tristeza.

-Una tarde yo estaba aquí -dijo Iran-, mirando, naturalmente, al «Amigo Buster y sus Amigos Amistosos», que hablaba de una gran noticia que iba a dar, cuando pasaron ese anuncio terrible que odio, ya sabes, el del Protector Genital de Plomo Mountibank, y apagué el sonido por un instante. Y entonces oí los ruidos de la casa, de este edificio, y escuché los... -hizo un gesto.

-Los apartamentos vacíos -completó Rick; a veces también él escuchaba cuando debía suponerse que dormía. Y, sin embargo, en esa época, un edificio de apartamentos en comunidad ocupado a medias tenía una situación elevada en el plan de densidad de población. En lo que antes de la guerra habían sido los suburbios, era posible encontrar edificios totalmente vacíos, o por lo menos eso había oído decir... Como la mayoría de la gente, dejó que la información le llegara de segunda mano; el interés no le alcanzaba para comprobarla

personalmente.

-En ese momento -continuó Iran-, mientras el sonido de la TV estaba apagado, yo estaba en el ánimo 382; acababa de marcarlo. Por eso, aunque percibí intelectualmente la soledad, no la sentí. La primera reacción fue de gratitud por poder disponer de un órgano de ánimos Penfield; pero luego comprendí qué poco sano era sentir la ausencia de vida, no sólo en esta casa sino en todas partes, y no reaccionar... ¿Comprendes? Me figuro que no. Pero antes eso era una señal de enfermedad mental. Lo llamaban «ausencia de respuesta afectiva adecuada». Entonces, dejé apagado el sonido de la TV y empecé a experimentar con el órgano de ánimos. Y por fin logré encontrar un modo de marcar la desesperación -su carita oscura y alegre mostraba satisfacción, como si hubiese conseguido algo de valor-. La he incluido dos veces por mes en mi programa. Me parece razonable dedicar ese tiempo a sentir la desesperanza de todo, de quedarse aquí, en la Tierra, cuando toda la gente lista se ha marchado, ¿no crees?

-Pero corres el riesgo de quedarte en un estado de ánimo como ése -objetó Rick-, sin poder marcar la salida. La desesperación por la realidad total puede perpetuarse a sí misma...

-Dejo programado un cambio automático de controles para unas horas más tarde -respondió suavemente su esposa-. El 481: conciencia de las múltiples posibilidades que el futuro me ofrece, y renovadas esperanzas de...

-Conozco el 481 -interrumpió él; había discado muchas veces esa combinación, en la que confiaba-. Oye -dijo, sentándose en la cama y apoderándose de las manos de Iran, a la que atrajo a su lado-, incluso con el cambio automático es peligroso sufrir una depresión de cualquier naturaleza. Olvida lo que has programado y yo haré lo mismo. Marcaremos juntos un 104, gozaremos juntos de él, y luego tú te quedarás así mientras yo retorno a mi actitud profesional acostumbrada. Eso me dará ganas de subir al terrado a ver la oveja y de partir enseguida al despacho. Y sabré que no te quedas aquí, encerrada en ti misma, sin TV -dejó libres los dedos largos y finos de su mujer y atravesó el espacioso apartamento hasta el living, que olía suavemente a los cigarrillos de la noche anterior. Allí se inclinó para encender la TV.

Desde el dormitorio llegó la voz de Iran:

-No puedo soportar la TV antes del desayuno.

-Disca el 888 -respondió Rick mientras el receptor se calentaba-. Quiero ver la TV, haya lo que haya.

-En este momento no quiero discar nada -dijo Iran.

-Entonces marca el 3 -sugirió él.

-No puedo pedir un número que estimula mi corteza cerebral para que desee discar otro. No quiero discar nada, y el 3 menos aún, porque entonces tendré el deseo de discar, y no puedo imaginar un deseo más descabellado. Lo único que quiero es quedarme aquí, sentada en la cama, y mirar el suelo -su voz se afiló con el acento de la desolación mientras dejaba de moverse y su alma se congelaba: el instintivo y ubicuo velo de la opresión, de una inercia casi absoluta, cayó sobre ella.

Rick elevó el sonido del televisor, y la voz del Amigo Buster estalló e inundó la habitación.

-Hola, hola, amigos. Ya es hora de un breve comentario sobre la temperatura de hoy. El satélite Mongoose informa que la radiación será especialmente intensa hacia el mediodía y que luego disminuirá, de modo que quienes os aventuréis a salir...

Iran apareció a su lado, arrastrando levemente su largo camisón, y apagó el televisor.

-Está bien, me rindo. Discaré lo que quieras de mí. ¿Goce sexual extático? Me siento tan mal que hasta eso podría soportar. Al diablo. ¿Qué diferencia hace...?

-Yo marcaré por los dos -dijo Rick, y la condujo al dormitorio.

En la consola de Iran disco 54: reconocimiento satisfactorio de la sabiduría superior del marido en todos los temas. Y en la propia pidió una actitud creativa y nueva hacia su trabajo, aunque en verdad no la necesitaba; ésa era su actitud innata y habitual sin necesidad de estímulo cerebral artificial del Penfield.

...Y después de un apresurado desayuno -había perdido tiempo a causa de la discusión- subió vestido para salir, incluso con su Protector Genital de Plomo Mountibank, modelo

Ayax, a la pradera cubierta del terrado. Ahí «pastaba» su oveja eléctrica; por más que fuera un sofisticado objeto mecánico, ramoneaba con simulada satisfacción y engañaba al resto de los ocupantes del edificio.

Por supuesto, también algunos de sus animales eran imitaciones electrónicas. De eso no había duda, pero él, por supuesto, jamás había curioseado al respecto, así como ellos no espiaban para descubrir el verdadero carácter de su oveja. Nada habría sido más descortés. Preguntar: «¿Es auténtica su oveja?» era todavía peor que averiguar si los dientes, el pelo o los órganos internos de una persona eran genuinos.

El aire gris de la mañana, lleno de partículas radiactivas que oscurecían el sol, ofendía su olfato. Aspiró involuntariamente la corrupción de la muerte. Bueno, eso era una descripción algo excesiva, observó mientras se dirigía hacia el sector particular de césped que poseía juntamente con el inmenso apartamento situado más abajo. La herencia de la Guerra Mundial Terminal había disminuido su poder. Los que no pudieron sobrevivir al polvo habían sido olvidados años antes; entonces el polvo, ya más débil y con sobrevivientes más fuertes, sólo podía alterar la mente y la capacidad genética. A pesar de su protector genital de plomo, era indudable que el polvo se filtraba y traía cada día -mientras no emigrara- su pequeña carga de inmundicia. Hasta ahí, los exámenes médicos mensuales confirmaban su normalidad: podía procrear dentro de los márgenes de tolerancia que la ley establecía. Pero cualquier mes el examen de los médicos del departamento de policía de San Francisco podía dictaminar lo contrario. Continuamente el polvo omnipresente convertía a los normales en especiales. Esa basura del correo oficial, los posters y los anuncios de TV vociferaban: «¡Emigra o degenera! ¡Elige!». Era verdad, pensó Rick mientras abría la puerta de su minúscula dehesa y se acercaba a su oveja eléctrica. «Pero no puedo emigrar -se dijo-, a causa de mi trabajo».

El propietario de la parcela adyacente, su vecino Bill Barbour, lo saludó. Igual que Rick, se había vestido para ir a trabajar, y también se había detenido a ver cómo estaba su animal.

-Mi yegua está preñada -declaró Barbour encantado, y señaló el gran ejemplar de percherón que miraba el espacio con expresión vacía-. ¿Qué me dice?

-Que pronto tendrá usted dos caballos -respondió Rick. Ya estaba al lado de su oveja, que rumiaba con los ojos clavados en él por si le había traído avena arrollada. La presunta oveja estaba equipada con un circuito sensible a la avena, de modo que a la vista del cereal se mostraba convincentemente interesada y se acercaba-. ¿Y quién la ha preñado? -le preguntó a Barbour-. ¿El viento?

-He comprando el plasma fertilizante de mayor calidad que se puede conseguir en California -informó Barbour-. Por medio de algunos contactos internos que poseo en la Junta Ganadera del Estado. ¿Recuerda que la semana pasada vino un inspector a examinar a Judy? Están impacientes por ver el potrillo, porque ella es un animal incomparable -palmeó cariñosamente el cuello de la yegua, que inclinó la cabeza.

-¿No ha pensado en venderla? -preguntó Rick; mucho deseaba poseer un caballo, o cualquier otro animal. Mantener una imitación era gradualmente desmoralizador, de algún modo. Y, sin embargo, dada la ausencia de un animal verdadero, era socialmente necesario. Por lo cual no le quedaba otra opción que seguir como hasta entonces. Aunque él mismo no se preocupara por las apariencias, estaba su esposa. Iran se preocupaba, y mucho.

Barbour respondió:

-Sería inmoral.

-Venda el potrillo, entonces. Tener dos animales es más inmoral que no tener ninguno.

-¿Cómo? -respondió Barbour, confundido-. Mucha gente posee dos animales, o tres o cuatro y, como en el caso de Fred Washborne, el dueño de la planta procesadora de algas donde trabaja mi hermano, hasta cinco. ¿No leyó ayer en el *Chronicle* el artículo acerca de su pato? Parece que es el moscovy más grande y pesado de toda la Costa Oeste -sus ojos se tornaron vidriosos al imaginar semejante riqueza. El hombre caía poco a poco en trance.

Explorando los bolsillos de su chaqueta, Rick halló su arrugado y muy leído ejemplar del suplemento de enero del «Catálogo de Aves y Animales de Sidney». Buscó «potrillos» en el

índice (véase Caballos, progenie), y halló el precio nacional vigente.

-Puedo comprar un potrillo percherón en Sidney por cinco mil dólares -dijo en voz alta.

-No -respondió Barbour-. No podrá. Vuelva a mirar la lista: está en bastardilla. Eso significa que no tienen existencias de potrillos, pero eso valdrían si los hubiera.

-¿Qué le parecería si le pagara quinientos dólares mensuales durante diez meses? -dijo Rick-. La cifra entera del catálogo.

-Deckard -repuso compasivamente Barbour-, usted no entiende de caballos. Hay una razón para que Sidney no tenga potrillos percherón. No son animales que pasen de mano en mano, por lo menos al precio del catálogo. Son demasiado raros, incluso los relativamente inferiores -se inclinó sobre la cerca común, gesticulando-. Hace tres años que tengo a Judy: en todo ese tiempo no he visto una yegua percherón de su calidad. Para comprarla tuve que volar a Canadá, y la traje aquí personalmente para asegurarme que no la robaran. Si anda usted con un animal como éste cerca de Wyoming o Colorado, le darán un golpe y se lo quitarán. ¿Sabe por qué? Porque antes de la Guerra Mundial Terminal había allí, literalmente, centenares.

-Pero si usted posee dos caballos y yo ninguno -interrumpió Rick-, eso viola toda la estructura moral y teológica del Mercerismo.

-Usted tiene su oveja, demonios. Puede seguir la ascensión en su vida individual y, cuando coge las dos asas de la empatía, puede también acercarse honorablemente. Si no tuviera usted esa vieja ovejita, vería alguna lógica en su posición. Por supuesto, si yo poseyera dos animales y usted ninguno, le impediría fundirse verdaderamente con Mercer. Pero todas las familias de este edificio... Veamos, unas cincuenta. Una por cada tres apartamentos, calculo. Todos nosotros tenemos un animal de alguna clase. Graveson tiene esa gallina -señaló hacia el norte-. Oakes y su esposa son dueños de ese gran perro colorado que ladra por las noches -meditó-. Creo que Ed Smith tiene un gato en su apartamento, por lo menos eso dice, aunque nadie lo ha visto nunca. Quizá sea mentira.

Rick se inclinó sobre su oveja, buscando algo entre la gruesa lana blanca (al menos los vellones eran auténticos), hasta que lo encontró: el panel de control oculto. Mientras Barbour miraba, abrió el panel.

-¿Ve? -le dijo a Barbour-. ¿Comprende ahora por que quiero su potrillo?

Después de una pausa, Barbour respondió:

-Lo siento mucho. ¿Siempre ha sido así?

-No -dijo Rick, cerrando nuevamente el panel de su oveja eléctrica-. Originalmente era una oveja verdadera -se enderezó, se volvió y enfrentó a su vecino-. El padre de mi mujer nos la regaló cuando emigró. Pero hace un año la llevé al veterinario. ¿Recuerda? Usted estaba aquí esa mañana que subí y la encontré echada. No se podía poner de pie.

-Usted la levantó -repuso Barbour, asintiendo-. Sí, consiguió levantarla; pero después de andar uno o dos minutos volvió a caer.

-Las ovejas tienen enfermedades extrañas -dijo Rick-. O mejor dicho, las ovejas tienen una cantidad de enfermedades, pero los síntomas son siempre los mismos. El animal no se puede poner en pie y no se sabe si es sólo una torcedura, o si se va a morir de tétanos. De eso murió la mía.

-¿Aquí? -preguntó Barbour-. ¿En el terrado?

-El heno -explicó Rick-. Esa vez no arranqué todo el alambre del fardo. Dejé un trozo y Groucho -ése era su nombre- sufrió un rasguño y contrajo el tétanos. La llevé al veterinario, y allí murió; y yo reflexioné y por fin fui a una de esas tiendas que fabrican animales artificiales y les mostré una foto de Groucho. Y aquí está su obra -señaló al sucedáneo, que continuaba rumiando y aguardando, alerta, algún indicio de avena-. Es un trabajo excelente. Y le dedico tanto tiempo y atención como a la verdadera. Pero... -se encogió de hombros.

-No es lo mismo -concluyó Barbour.

-Es casi lo mismo. Uno se siente igual. Hay que ocuparse del animal exactamente como si fuera de verdad. Además, se descompone; y todo el mundo sabe, en la casa, que lo he llevado seis veces al taller de reparación. Pequeños inconvenientes, pero si alguien los advierte... Por

ejemplo, una vez la cinta de la voz se rompió o se atascó y balaba sin cesar... Cualquiera comprende que se trata de un desperfecto mecánico. Naturalmente el camión del taller pone «Hospital de Animales Algo» -agregó-. Y el conductor viste de blanco, como un veterinario -miró de pronto su reloj-. Debo ir a trabajar. Lo veré esta noche.

Mientras se dirigía a su vehículo, Barbour lo llamó.

-Este... No le diré nada a nadie de la casa.

Rick se detuvo y empezó a darle las gracias. Pero un remanente de esa desesperación a que Iran se había referido le golpeó en el hombro y respondió:

-No sé. Quizá no haga ninguna diferencia.

-Pero le tendrán en menos. No todos; algunos. Usted sabe cómo piensa la gente de quien no cuida un animal; consideran que eso es inmoral y antiempático. Quiero decir, técnicamente. No es un crimen, como después de la GMT. Pero el sentimiento perdura.

-Por Dios -dijo Rick, gesticulando vanamente con las manos vacías-. Querría tener un animal; estoy tratando de comprar uno. Pero con mi salario, con lo que gana un funcionario municipal... -y pensó: si tan sólo volviera a tener suerte en mi trabajo, como hace dos años, cuando capturé cuatro andrillos en un mes... Si en ese momento hubiera sabido que Groucho iba a morir...

Pero eso había sido antes del tétanos, antes de ese trozo de alambre puntiagudo de cinco centímetros en el fardo de heno.

-Podría comprar un gato -sugirió Barbour-. Los gatos no son caros. Consulte su «Catálogo de Sidney».

Rick respondió tranquilamente:

-No quiero un animal doméstico. Quiero lo que tenía al comienzo, un animal grande. Una oveja, y si tengo dinero una vaca, un buey, o como usted, un caballo -con la bonificación correspondiente al retiro de cinco andrillos alcanzaría, pensó. Mil dólares por cabeza, aparte del salario. Así podría encontrar en alguna parte lo que deseo. Incluso si la mención del «Animales y Aves de Sidney» estuviera en bastardilla. Cinco mil dólares. Pero antes, los cinco andrillos deberían llegar a la Tierra desde alguno de los planetas-colonia. «No puedo controlar eso -se dijo-; no puedo hacer que los cinco vengan. Y aun si pudiera, hay otros cazadores de bonificaciones pertenecientes a otras agencias policiales de todo el mundo. Los andrillos deberían establecerse específicamente en California del Norte, y el decano de los cazadores de bonificaciones de zona, Dave Holden, debería morir o retirarse...».

-Compre un grillo -propuso ingeniosamente Barbour-. O una rata. Por veinticinco dólares puede comprar una rata adulta.

Rick respondió:

-Su yegua podría morir sin aviso previo, como Groucho. Cuando vuelva a su casa del trabajo, esta noche, podría encontrarla echada con las patas al aire, como un bicho. Como lo que usted ha dicho: un grillo -se alejó con la llave de su vehículo en la mano.

-No quería ofenderlo -dijo nerviosamente Barbour.

En silencio, Rick Deckard abrió la puerta de su coche aéreo. No tenía nada más que decir a su vecino. Su mente estaba fija en su trabajo, en el día que le aguardaba.

2

En un ruinoso edificio, vacío y gigantesco, que en su día había alojado a miles, un solitario aparato de televisión pregonaba sus mercancías en un salón deshabitado.

Esa ruina sin dueño había sido bien cuidada y mantenida antes de la Guerra Mundial Terminal. Allí estaban antes los suburbios de San Francisco, a muy poco tiempo por el monorriel rápido. Toda la Península parloteaba como un árbol lleno de pájaros, de vida, de quejas y opiniones; pero los cuidadosos propietarios habían muerto ya o emigrado a un mundo colonia. Especialmente lo primero. Había sido una guerra costosa a pesar de las

valientes predicciones del Pentágono y de su presumida criada científica, la Rand Corporation, que en efecto había tenido su sede cerca de ese lugar. Como los propietarios de los edificios, la Corporación se había marchado, evidentemente para siempre. Nadie extrañaba su ausencia.

Además, nadie recordaba hoy por qué había estallado la guerra, ni quién -si alguien- había ganado. El polvo que había contaminado la mayor parte de la superficie del planeta no se había originado en ningún país particular, y nadie lo había previsto, ni siquiera el enemigo durante la guerra. Primero habían muerto -era extraño- los búhos. Eso había parecido entonces casi divertido: esas aves gruesas, plumosas, blancas, caídas en los parques y las calles... Como no aparecían antes del crepúsculo, y así había ocurrido cuando vivían, los búhos pasaron inadvertidos. Del mismo modo se manifestaron las plagas medievales. Muchas ratas muertas. Sin embargo, esa plaga había descendido desde lo alto.

Y después de los búhos, por supuesto, todas las demás aves; pero para ese momento el misterio ya había sido comprendido. Antes de la guerra había un pequeño programa de colonización; ahora que el sol había dejado de brillar sobre la Tierra, la colonización entraba en una nueva fase. Y en relación con ella, un arma de guerra se modificó: el Luchador Sintético por la Libertad. El robot humanoide -o, expresado con propiedad, el androide orgánico-, capaz de funcionar en un mundo extraño, se convirtió en la máquina esencial del programa de colonización. Según las leyes de la ONU todo emigrante debía recibir un androide civil a su elección; y en 1990 la variedad de androides civiles excedía todo lo imaginable, como había ocurrido con los coches americanos en la década de 1960.

Ese había sido el incentivo básico de la emigración. El androide era la zanahoria, y la lluvia radiactiva el látigo. La ONU hizo que emigrar fuera fácil, y difícil -cuando no imposible- quedarse. Permanecer en la Tierra significaba la posibilidad de ser clasificado en cualquier momento como biológicamente inaceptable, una amenaza contra la herencia prístina de la estirpe humana. Una vez calificado *especial*, un ciudadano quedaba, aunque aceptara la esterilización, al margen de la historia. Cesaba de pertenecer a la humanidad. Y, sin embargo, aquí y allá había personas que se negaban a emigrar: eso constituía una irracionalidad sorprendente incluso para los propios interesados. Lógicamente, todos los normales tenían que haber emigrado ya. Quizás, a pesar de su deformación, la Tierra seguía siendo familiar e interesante. O quizá quienes permanecían imaginaban que la nube de polvo terminaría por caer. De todos modos, miles de personas se habían quedado, agrupadas en su mayoría en zonas urbanas donde podían verse físicamente, y animarse mutuamente con su presencia. Estos parecían relativamente cuerdos; pero, además -una dudosa adición- había en los suburbios, virtualmente abandonados, seres ocasionales y peculiares.

Uno de ellos era John Isidore, que se afeitaba en el cuarto de baño mientras la televisión se quejaba en el living. Simplemente había vagabundeado hasta ahí en los días que siguieron a la guerra. En esa infortunada época nadie sabía, realmente, qué estaba haciendo. La gente desquiciada por la guerra, errante, se establecía primero en una región y luego en otra. En ese momento la lluvia de polvo era esporádica y variable; algunos estados se habían visto casi libres de ella, y otros habían quedado saturados. La población desplazada se movía con el polvo. La Península, al sur de San Francisco, había estado inicialmente limpia de polvo; y mucha gente se había instalado allí. Cuando el polvo llegó, algunos murieron y otros se marcharon. J.R. Isidore se quedó.

El televisor gritaba:

«¡Nuevamente, los días felices de los estados sureños antes de la Guerra Civil! Ya sea como un criado personal, o un campesino incansable, el robot humanoide hecho a su medida, diseñado SOLAMENTE PARA USTED Y PARA SUS EXCLUSIVAS NECESIDADES, se le entrega a su llegada absolutamente gratis y completamente equipado, de acuerdo con sus propias especificaciones formuladas antes de su partida. Este compañero leal, sin problemas, ha de constituir, en la mayor y más osada aventura humana de la historia moderna...».

Y seguía.

«Me pregunto si llegaré tarde al trabajo», pensaba Isidore mientras se afeitaba. No tenía reloj; generalmente dependía de las señales horarias de la televisión, pero hoy debía ser el Día de los Horizontes Espaciales, sin duda. La TV afirmaba que era el quinto (o el sexto) aniversario de la fundación de la Nueva América, el principal establecimiento de Estados Unidos en Marte. Y su aparato de televisión, roto en parte, sólo cogía el canal que había sido nacionalizado durante la guerra y era todavía nacional. Isidore estaba obligado a escuchar únicamente al Gobierno de Washington con su programa de colonización.

-Oigamos ahora a la señora Maggie Klugman -sugirió el comentarista a John Isidore, que sólo deseaba saber la hora-. La señora Klugman acaba de llegar a Marte, y se ha instalado en Nueva Nueva York donde contesta así a nuestras preguntas: Señora Klugman: ¿cuál es la principal diferencia entre su vida en la Tierra contaminada y su nueva vida aquí, en este mundo que da todas las posibilidades imaginables?

Después de una pausa, la voz seca y fatigada de una mujer de edad mediana respondió:

-Lo que más nos ha llamado la atención a nosotros tres, me parece, es la dignidad.

-¿La dignidad, señora Klugman?

-Sí -respondió la señora Klugman, de Nueva Nueva York, Marte-. Es difícil de explicar, pero tener un criado de confianza en esta época tan turbulenta..., devuelve la seguridad.

-Y en la Tierra, señora Klugman, anteriormente, ¿no temía ser clasificada como... como especial?

-Mi marido y yo nos moríamos de miedo. Y por supuesto, una vez que emigramos ese temor desapareció, afortunadamente para siempre.

John Isidore pensó con amargura: «y también para mí, sin necesidad de emigrar». Era un especial desde el año anterior, y no sólo por sus genes afectados. No había logrado aprobar el Test de Facultades Mentales Mínimas, lo que hacía de él, según la expresión corriente, un cabeza de chorlito. Tres planetas lo menospreciaban, pero él sobrevivía a pesar de todo. Tenía un trabajo: conducía el camión de una empresa de reparación de animales de imitación, el Hospital de Animales Van Ness, cuyo jefe, el gótico y sombrío Hannibal Sloat, lo aceptaba como un ser humano, cosa que él apreciaba. *Mors certa, vita incerta*, solía decir el señor Sloat. Isidore, que había oído muchas veces la expresión, apenas tenía una oscura noción de su significado. Después de todo, si un cabeza de chorlito pudiera aprender latín dejaría de serlo. El señor Sloat reconoció la verdad de este aserto cuando lo escuchó. Y había cabezas de chorlito infinitamente más tontos que Isidore, incapaces de trabajar, recluidos en lugares que recibían el extraño nombre de Institutos de Oficios Especiales de América donde, como era habitual, se deslizaba de algún modo la palabra especial.

-Y su marido, señora Klugman, ¿se sentía seguro usando continuamente un costoso e incómodo protector genital a prueba de radiaciones?

-Mi marido... -empezó la señora Klugman...

Pero en ese punto Isidore, que había terminado de afeitarse, entró en la habitación y apagó el televisor.

Un silencio que emanaba del suelo y de las paredes y parecía generado por una vasta usina lo golpeó con tremenda energía. Brotaba de la moqueta gris en jirones, de los utensilios total o parcialmente destrozados de la cocina, de las máquinas muertas que no habían funcionado en ningún momento desde que Isidore había llegado. Rezumaba de la inútil lámpara de pie del cuarto de estar, combinándose con el que descendía, vacío y sin palabras, del cielorraso manchado por las moscas. En realidad, surgía de todos los objetos que tenía a la vista, como si él -el silencio- se propusiera reemplazar todos los objetos tangibles. Por eso no solamente afectaba sus oídos sino también sus ojos: mientras contemplaba el aparato de televisión inerte sentía el silencio como algo visible y, a su modo, vivo. ¡Vivo! Con frecuencia había percibido antes la severidad de su cercanía: cuando llegaba, irrumpía sin delicadeza, evidentemente incapaz de esperar. El silencio del mundo no podía refrenar su codicia. Y menos ahora, cuando ya virtualmente había vencido.

Se preguntó entonces si las demás personas que se habían quedado experimentaban el

vacío de la misma manera. O bien, esto podría deberse a su peculiar identidad biológica, una degeneración determinada por su inepto aparato sensorial. Vivía solo en ese ruinoso edificio de mil apartamentos deshabitados que, como todos los demás, se derrumbaba de día en día en un deterioro entrópico creciente. Finalmente, todo lo que había en su interior se fundiría, sería idéntico e irreconocible, mero desecho amorfo, kippel apilado hasta el cielorraso de cada apartamento. Y después el edificio mismo perdería su forma y quedaría sepultado bajo el polvo ubicuo. En ese momento él, naturalmente, estaría muerto. Este era otro hecho que resultaba interesante prever mientras permanecía en esa lamentable habitación, a solas con el silencio mundial que imperaba omnipresente y sin pulmones.

Quizá fuera mejor encender de nuevo la televisión. Pero los anuncios, dirigidos a los normales que quedaban, lo asustaban. Le decían en una interminable procesión de maneras que él, un especial, era indeseable. No servía. No podía emigrar aunque lo deseara. «Entonces, ¿para qué escucharlos?», se decía irritado. Al diablo con ellos y con su colonización... Espero que allá también haya una guerra -después de todo era teóricamente posible- y que todo termine como en la Tierra. Y que los emigrantes se conviertan en especiales.

«Basta -pensó-; me voy a trabajar». Buscó el picaporte para salir al pasillo a oscuras, y retrocedió al percibir la vacuidad del resto del edificio. Allí lo acechaba la fuerza que se empeñaba en penetrar en su casa. «Dios mío», pensó. Y volvió a cerrar la puerta. No estaba preparado para enfrentarse a las resonantes escaleras que conducían al terrado desierto donde no tenía un animal. El eco de sus pasos, el eco de la nada. «Es hora de empuñar las asas», se dijo. Y atravesó el living hasta la caja negra de empatía.

La encendió y surgió el suave olor habitual de los iones negativos; lo aspiró con avidez, reanimado. Luego el tubo de rayos catódicos brilló con una imagen débil de TV: se formó un dibujo de rasgos, colores y configuraciones aparentemente aleatorios que no se modificaba hasta que se empuñaban las asas gemelas. Respiró profundamente para tranquilizarse, y las cogió. Apareció una imagen. Vio un famoso paisaje: la vieja cuesta oscura y desierta, con sus matas de hierbas secas, como hechas de huesos, que hurgaban oblicuamente un cielo sombrío y sin sol. Una sola figura, de aspecto más o menos humano, subía penosamente. Era un hombre anciano con ropas oscuras y sin formas, que parecían arrancadas del hostil vacío del cielo. El hombre, Wilbur Mercer, avanzaba con dificultad y John Isidore, aferrando las asas, iba experimentando poco a poco el desvanecimiento del mundo real donde se encontraba. Los destrozados muebles y paredes se esfumaron, dejó de percibirlos. Se halló en cambio, como siempre le ocurría, en aquel paisaje de sierra y cielo parduscos. Y dejó de ver al hombre anciano que subía la cuesta. Eran ahora sus propios pies los que resbalaban y buscaban apoyo entre las familiares piedras desprendidas. Sintió aquella antigua aspereza irregular debajo de sus pies; nuevamente sintió el olor acre del cielo, pero no el cielo de la Tierra sino el de un lugar extraño, distante aunque inmediatamente alcanzable merced a la caja de empatía.

Había llegado allí de un modo habitual y asombroso. La fusión física, acompañada por la identificación mental y espiritual con Wilbur Mercer, había vuelto a producirse. Como le estaría sucediendo a todo aquel que en ese momento estuviera aferrado a las asas, en la Tierra o en los planetas-colonia. Sintió a los demás, escuchó en su mente el rumor de sus existencias individuales y el parloteo de sus pensamientos. Ellos y él se preocupaban sólo de una cosa: la fusión de sus mentes orientaba su atención hacia la cuesta, el ascenso, la necesidad de subir. Paso a paso la elevación continuaba, tan lentamente que era casi imperceptible. Pero real. Más alto, pensó mientras las piedras rodaban hacia abajo. Hoy estamos más arriba que ayer, y mañana... Él, la imagen compuesta de Wilbur Mercer, miró hacia arriba. Era imposible ver el final. Estaba demasiado lejos. Pero llegaría.

Una piedra que le arrojaron le golpeó el brazo. Sintió dolor. Se volvió a medias y otra piedra le erró y pasó a su lado: dio contra el suelo y el sonido le sorprendió. Se preguntó quién sería, y trató de ver a su atormentador. Los viejos antagonistas aparecían en la periferia de su visión: ellos -o eso- lo perseguirían todo el camino hacia arriba hasta que en la cumbre...

Recordó la cumbre. La cuesta se nivelaba de repente, la ascensión terminaba y comenzaba la otra parte. ¿Cuántas veces lo había hecho ya? Las diversas experiencias se tornaban borrosas, así como el pasado y el futuro; lo que había sentido y lo que eventualmente sentiría se fundían de modo que solamente quedaba ese momento de inmovilidad y reposo en que se tocaba la herida causada en el brazo por la piedra. «Dios mío -pensó, fatigado-; ¿cómo es esto justo? ¿Por qué estoy aquí, solo, castigado por algo que ni siquiera puedo ver?». Y luego, en su interior, el murmullo de los demás seres que participaban de la fusión rompió la impresión de soledad. «También tú participas», pensó. «Sí -respondían las voces-. Hemos sido heridos en el brazo izquierdo. Duele como el infierno». «Está bien -se dijo-. Será mejor empezar a moverse nuevamente». Avanzó, y todos los demás lo acompañaron de inmediato.

Una vez, recordó, había sido diferente. Antes de la maldición, en alguna parte de la vida anterior y más feliz. Ellos, sus padres adoptivos, Frank y Cora Mercer, lo habían encontrado a flote en una balsa inflable salvavidas, cerca de la costa de Nueva Inglaterra... ¿O había sido en México, cerca del puerto de Tampico? No recordaba las circunstancias. La infancia había sido maravillosa. Amaba todas las cosas vivas y sobre todo a los animales; y en cierta época había sido capaz de traer de vuelta, tal como habían sido, animales muertos. Vivía rodeado de bichos y conejos, dondequiera que fuese, en la Tierra o en un mundo colonia; pero hasta eso había olvidado. Recordaba a los asesinos, porque lo habían arrestado por anormal, por ser más especial que todos los demás especiales. Y debido a eso todo había cambiado.

Las leyes locales prohibían la facultad de invertir tiempo en devolver seres muertos a la vida; se lo dijeron claramente cuando tenía dieciséis años. Pero había continuado haciéndolo secretamente durante un año más, en los bosques que aún quedaban. Y entonces, una anciana a la que jamás había visto ni oído, habló. Y sin el consentimiento de sus padres, ellos -los asesinos- bombardearon aquel nódulo único que se había formado en su cerebro, lo destrozaron con cobalto radiactivo y eso lo hundió en un mundo diferente, de cuya existencia jamás había sospechado. Era un pozo de huesos y cadáveres de donde había salido tras años de esfuerzo. El burro, y en especial el sapo, las criaturas que más le importaban, habían desaparecido, se habían extinguido. Sólo quedaban fragmentos podridos, una cabeza sin ojos, parte de una mano. Por fin un ave que había ido a morir allí le dijo dónde estaba. Había caído en el mundo-tumba. No podría salir mientras los huesos dispersos a su alrededor no volvieran a ser criaturas vivientes: él estaba unido al metabolismo de otras vidas, y no volvería a vivir mientras ellas no vivieran.

No sabía cuánto había durado esa parte del ciclo. Como en general nada ocurría, era imposible medirla. Pero finalmente los huesos se recubrieron de carne; en las cuencas vacías aparecieron ojos que podían ver, y las bocas y picos restaurados eran capaces de ladrar, cloquear, maullar. Quizás él lo había hecho, quizás el nódulo extrasensorial de su cerebro había vuelto a crecer. O tal vez no hubiese sido él; bien podía tratarse de un proceso natural. De cualquier modo, ya no se estaba hundiendo, sino que comenzaba a ascender con los demás. Hacía mucho que ya no los veía; ascendía, evidentemente, solo. Pero ellos estaban allí. Todavía lo acompañaban, los sentía dentro de sí.

Isidore retenía las dos asas, y sentía que llevaba en su interior a todas las cosas vivas. De mala gana las soltó. Tenía que terminar, como siempre.

Además, le dolía y le sangraba el brazo donde la piedra lo había golpeado.

Examinó la herida, y se dirigió, vacilante, al cuarto de baño para lavarse. No era la primera que recibía durante las fusiones con Mercer, y probablemente no sería la última. Algunas personas, sobre todo ancianas, habían muerto, casi siempre en la cumbre de la colina, cuando el tormento arreciaba en su rigor. «Yo mismo no sé si podría volver a soportarlo -se dijo mientras se curaba-. Podía venir un paro cardiaco. Sería mejor si viviera en la ciudad -reflexionó-, donde cerca hubiera un médico con esas máquinas de chispas eléctricas». En un lugar aislado como ése era demasiado peligroso.

Pero sabía que correría el riesgo. Siempre lo había hecho antes. Como la mayoría de la gente, incluso ancianos físicamente frágiles.

Con un Kleenex se secó el brazo.

Y oyó, lejana y tenuemente, la televisión.

Hay alguien más en esta casa, pensó muy excitado, incrédulo. No es mí TV, no la dejé encendida y sentiría la resonancia en el suelo... Es más abajo, en otro piso. Ya no estoy solo aquí, comprendió. Otra persona ha ocupado un apartamento abandonado, bastante cerca para que pueda oír. Debe ser en el segundo o el tercer piso, no más abajo. «Veamos -pensó rápidamente-. ¿Qué se hace cuando llega un nuevo ocupante? Visitarlo, regalarle algo, ¿no es así?». No podía recordar. Esto no le había ocurrido nunca allí, ni en ningún otro lugar. La gente se iba, emigraba, pero jamás venía nadie. «Lleva algo -se dijo-. Un vaso de agua, o mejor leche... Sí, leche, o harina, o quizás un huevo». O mejor dicho, sus correspondientes sustitutos.

Buscó en la nevera. El compresor había dejado de funcionar hacía mucho. Encontró un sospechoso paquete de margarina. Y con él partió hacia abajo, excitado, con el corazón sobresaltado. «Tengo que mantener la calma -se decía-. No tiene que saber que soy un cabeza de chorlito. Si llegara a saberlo no querrá hablarme. Siempre pasa así... ¿Por qué será?». Recorrió el pasillo deprisa.

3

Camino de su trabajo, Rick Deckard, como sabe Dios cuántas otras personas solían hacer, se detuvo un momento ante una de las mayores tiendas de animales de San Francisco. En el centro del escaparate, a lo largo de toda la manzana, había un avestruz dentro de una caja de plástico transparente y calentada. Según la placa-informe de la caja, acababa de llegar del Zoológico de Cleveland. Era el único avestruz de la Costa Oeste. Después de contemplarlo, Rick permaneció unos minutos mirando el precio con expresión sombría. Luego se dirigió hacia la Corte de Justicia de la calle Lombard, adonde llegó con un cuarto de hora de retraso. Mientras abría la puerta de su despacho, su jefe, el inspector de policía Harry Bryant, lo llamó. Tenía la cara roja, orejas salientes e iba vestido descuidadamente; sus ojos revelaban perspicacia y conciencia de casi todo lo que tenía importancia.

-Lo espero a las nueve y media en el despacho de Dave Holden -el Inspector hojeaba rápidamente los papeles de copia mecanografiados que llevaba sujetos a una tablilla-. Holden está en el Hospital Mount Zion con una herida de láser en la columna. Tiene por lo menos para un mes, hasta que consigan una de esas nuevas secciones plásticas de columna.

-¿Que ocurrió? -preguntó Rick, pasmado. El día anterior el jefe de cazadores de bonificaciones del departamento estaba perfectamente. Al terminar la jornada había partido en su coche aéreo, como de costumbre, a su piso situado en Nob Hill, la populosa zona de mayor prestigio de la ciudad.

Bryant murmuró algo por encima del hombro acerca de las nueve y media en el despacho de Dave, y abandonó a Rick. Y cuando éste entró en el suyo, escuchó la voz de su secretaria, Ann Marsten, a su espalda.

-¿Sabe qué le ocurrió al señor Holden, señor Deckard? Le dispararon -siguió a su jefe al interior del despacho, encerrado y repleto, y puso en marcha la unidad de filtrado del aire.

-Sí -respondió él, ausente.

-Habrá sido uno de esos nuevos andrillos superinteligentes que está fabricando la Rosen Association -dijo la señorita Marsten-. ¿Ha leído el folleto de la Compañía y el manual de instrucciones? El cerebro Nexus-6 que emplean tiene dos trillones de elementos y puede seleccionar diez millones de caminos neurales distintos -bajó la voz-. ¿No le han dicho nada de la llamada de esta mañana? La señorita Wild me contó: exactamente a las nueve.

-¿Alguien llamó aquí? -preguntó Rick.

-No -respondió la señorita Marsten-. El señor Bryant llamó a la WPO, en Rusia, y les preguntó si estaban dispuestos a enviar una protesta formal por escrito al representante en el

este de la Rosen Association.

-¿Todavía quiere Harry que retiren del mercado la unidad cerebral Nexus? -no le extrañaba; desde la presentación de sus características y estudios de rendimiento en agosto de 1991, la mayoría de las agencias policiales que se ocupaban de androides fugados estaba protestando-. La policía soviética no puede hacer más que nosotros -dijo; legalmente, los fabricantes del Nexus-6 estaban amparados por las disposiciones coloniales, puesto que su casa matriz estaba en Marte-. Mejor sería aceptar la nueva unidad como un hecho consumado. Siempre ha ocurrido lo mismo con cada unidad cerebral mejorada. Recuerdo los aullidos de sufrimiento cuando la gente de Sudermann presentó el viejo T-14 en el 89. Todas las policías del hemisferio occidental gimieron que ningún test podía detectar su presencia en caso de entrada ilegal. Y en verdad durante un tiempo fue así.

Más de cincuenta androides T-14, según recordaba, habían conseguido llegar a la Tierra de una u otra manera, sin ser detectados durante un año entero, en algunos casos. Pero luego el Instituto Pavlov, de la Unión Soviética, creó un Test de Empatía de Voigt; y ningún androide T-14, por lo que se sabía, había logrado burlarlo.

-¿Quiere saber lo que ha dicho la policía rusa? -preguntó la señorita Marsten-. También lo sé -su cara pecosa y anaranjada resplandecía.

-Se lo preguntaré a Harry Bryant -respondió Rick, irritado. Los chismes le desagradaban porque siempre eran más precisos que la verdad. Se sentó ante su mesa y deliberadamente se puso a buscar algo en un cajón. La señorita Marsten comprendió la insinuación y se retiró.

Rick extrajo un viejo y arrugado sobre de papel de manila. Se echó atrás en su sillón de estilo importante, y hurgó en su contenido hasta que encontró lo que buscaba: los datos existentes sobre el Nexus-6.

Un momento de lectura justificó la afirmación de la señorita Marsten: el Nexus-6 poseía efectivamente los dos trillones de elementos, así como la posibilidad de optar entre diez millones de combinaciones de actividad cerebral. En 45 centésimas de segundo un androide equipado con esa estructura cerebral podía asumir una cualquiera entre catorce actitudes de reacción. En otras palabras, los androides con la nueva unidad cerebral Nexus-6 -desde un punto de vista pragmático y nada disparatado- sobrepasaban a una considerable porción de la humanidad, aunque fueran los del nivel inferior. Para bien o para mal. En algunos casos los criados superaban a los amos. Pero había nuevos criterios, por ejemplo el Test de Empatía de Voigt-Kampff. Un androide, por dotado que estuviera en cuanto a capacidad intelectual pura, no podía encontrar el menor sentido en la fusión que experimentaban rutinariamente los seguidores del Mercerismo, y que tanto él mismo como prácticamente todo el mundo, incluso los cabezas de chorlito subnormales, lograban sin dificultad.

Se había preguntado, como casi todos en un momento u otro, por qué precisamente los androides se agitaban impotentes al afrontar el Test de Medida de la Empatía. Era obvio que la empatía sólo se encontraba en la comunidad humana, en tanto que se podía hallar cierto grado de inteligencia en todas las especies, hasta en los arácnidos. Probablemente la facultad empática exigía un instinto de grupo sin cortapisas. A un organismo solitario, como una araña, de nada podía servirle. Incluso podía limitar su capacidad de supervivencia, al tornarla consciente del deseo de vivir de su presa. Y en ese caso, todos los animales de presa, incluso los mamíferos muy desarrollados, como los gatos, morirían de hambre.

En una ocasión había pensado que la empatía estaba reservada a los herbívoros o a los omnívoros capaces de prescindir de la carne. En última instancia, la empatía borraba las fronteras entre el cazador y la víctima, el vencedor y el derrotado. Como en el caso de la fusión con Mercer, todos ascendían juntos y una vez terminado el ciclo, juntos caían en el abismo del mundo-tumba. Curiosamente, esto parecía una especie de seguro biológico, aunque de doble filo. Si alguna criatura experimentaba alegría, la condición de todas las demás incluía un fragmento de alegría. Y si algún ser humano sufría, ningún otro podía eludir enteramente el dolor. De este modo, un animal gregario como el hombre podía adquirir un factor de supervivencia más elevado; un búho o una cobra sólo podían destruirse.

Librodot

Evidentemente, el robot humanoide era un cazador solitario.

A Rick le gustaba pensar así: su trabajo se tornaba más aceptable. Si retiraba -o sea, mataba- a un andrillo, no violaba la regla vital establecida por Mercer. *Sólo matarás a los asesinos*, había dicho Mercer el año en que las cajas de empatía aparecieron en la Tierra. Y en el Mercerismo, a medida que se desarrollaba hasta construir una teología completa, el concepto de los que matan, los Asesinos, había crecido insidiosamente. En el Mercerismo, un mal absoluto tironeaba el deshilachado manto del anciano que subía, vacilante; pero no se sabía quién ni qué era esa presencia maligna. Un merceriano *sentía* el mal sin comprenderlo. De otro modo, un merceriano era libre de situar la presencia nebulosa de los asesinos donde le parecía más conveniente. Para Rick Deckard, un robot humanoide fugitivo, equipado con una inteligencia superior a la de muchos seres humanos, que hubiera matado a su amo, que no tuviera consideración por los animales ni fuera capaz de sentir alegría empática por el éxito de otra forma de vida, ni dolor por su derrota, era la síntesis de los asesinos.

Pensar en los animales le trajo el recuerdo del avestruz que había visto en la tienda. Apartó por el momento la información referente a la unidad cerebral Nexus-6, tomó una pulgada de rapé del Señor Siddon, números 3 y 4, y reflexionó. Luego consultó su reloj y, viendo que tenía tiempo, cogió el videófono de su mesa y pidió a su secretaria:

-Con la tienda de animales Happy Dog, de la calle Sutter.

-Sí, señor -respondió la señorita Marsten, abriendo la agenda.

«No pueden pedir tanto por ese avestruz -se dijo Rick-. Esperan que uno regatee, como en los viejos tiempos».

-Happy Dog -declaró una voz masculina. En la pantalla apareció una diminuta cara feliz.

Se oían chillidos de animales.

-Ese avestruz que está en el escaparate -empezó Rick, que jugaba con su cenicero de cerámica-. ¿Cuál debería ser el pago inicial?

-Un segundo -dijo el vendedor de animales, buscando bloc y bolígrafo-. La tercera parte del total -reflexionó-. ¿Puedo preguntarle, señor, si piensa ofrecer algún animal como parte de pago?

Cautelosamente, Rick respondió:

-Aún no lo he decidido.

-Podríamos vender ese avestruz a treinta meses -dijo el comerciante-. Con un interés muy bajo, el seis por ciento mensual. Por lo tanto, con un pago inicial razonable, las cuotas serían de...

-Baje el precio -dijo Rick-. Si le quita dos mil no habrá pago a crédito, pagaré en efectivo. -Dave Holden está fuera de juego, pensó. Eso podría significar mucho..., según la cantidad de misiones que aparezcan el mes próximo.

-Señor -repuso el vendedor de animales-, nuestro precio está mil dólares por debajo del corriente. Consulte su Sidney. Esperaré. Deseo que vea por usted mismo que el precio es el correcto.

«Dios mío -pensó Rick-. Se mantiene firme». Sin embargo, por no dar su brazo a torcer, extrajo del bolsillo el Sidney plegado, y buscó Avestruz coma macho-hembra, joven-viejo, sano-enfermo, perfecto-con fallas, y examinó los precios.

-Perfecto, macho, joven, sano -informó el hombre-. Treinta mil dólares -también él tenía el Sidney a la vista-. Estamos exactamente mil dólares por debajo. Entonces, el pago inicial...

-Lo pensaré -interrumpió Rick-, y volveré a llamar.

-¿...su nombre, señor? -preguntó el vendedor vivamente.

-Frank Merriwell -dijo Rick.

-Y su dirección, señor Merriwell. Por si no me encontrara cuando llame...

Inventó una dirección y colgó el videófono. Cuánto dinero -pensó-. Y, sin embargo, la gente los compra. Hay quien tiene esas cantidades...». Cogió nuevamente el aparato y dijo con dureza:

-Una línea exterior, señorita Marsten. Y no escuche la conversación; es confidencial -la

miró severamente.

-Sí, señor -replicó la secretaria-. Puede llamar -se retiró del circuito y dejó que él enfrentara solo el mundo exterior.

Rick llamó de memoria al número de la tienda de animales falsos donde había comprado su falsa oveja. En la pequeña pantalla apareció un hombre vestido de veterinario.

-Doctor McRae.

-Soy Deckard. ¿Cuánto vale un avestruz eléctrico?

-Diría que algo menos de ochocientos dólares. ¿Cuándo lo quiere? Habrá que hacerlo especialmente, no tenemos muchos pedidos...

-Lo llamaré más tarde -repuso Rick, y al mirar su reloj descubrió que eran ya las nueve y media-. Hasta luego -colgó deprisa, se puso en pie y muy pronto se hallaba ante la puerta del despacho del Inspector Bryant. Pasó junto a la recepcionista, atractiva, con trenzas de pelo plateado hasta la cintura, y a la secretaria del Inspector, un antiguo monstruo de las ciénagas jurásicas, taimada y glacial, semejante a una aparición del mundo-tumba. Ninguna de las mujeres le habló, ni él a ellas. Abrió la puerta interior y saludó a su superior, que videofoneaba. Se sentó, con las informaciones sobre Nexus-6, que había llevado consigo, y las releyó.

Se sentía deprimido. Y, sin embargo, dado el descanso forzoso de Dave, lo natural habría sido que estuviese al menos secretamente complacido.

4

«Quizá me preocupa que pueda ocurrirme lo mismo que a Dave -conjeturó Rick Deckard-. Un andrillo bastante inteligente para herirlo también a mí puede vencerme». Sin embargo, no era eso.

-Veo que ha traído los datos de la nueva unidad cerebral -dijo el Inspector Bryant, colgando el videófono.

-Sí, me enteré por los rumores. ¿Cuántos son los andrillos, y hasta dónde llegó Dave?

-Ocho, por ahora -dijo Bryant, mirando sus notas-. Dave cogió a dos.

-¿Y los seis restantes están aquí, en California del Norte?

-Por lo que sabemos, Dave cree que sí, hablaba con él. Tengo sus anotaciones, estaban en su escritorio. Dice que aquí está todo lo que sabía -Bryant tocó una pila de papeles. Hasta ese momento no parecía dispuesto a entregarle las notas a Rick. Por alguna razón, continuaba hojeándolas, con el ceño fruncido, mientras se pasaba la lengua por los labios.

-No tengo nada que hacer -dijo Rick-. Estoy listo para reemplazar a Dave.

Bryant, pensativo, replicó:

-Dave utilizó la Escala Modificada de Voigt-Kampff para poner a prueba a los sospechosos. Usted comprende, debe comprender, que este test no es aplicable, específicamente, a las unidades cerebrales. Ningún test lo es. Todo lo que tenemos es la Escala de Voigt, modificada por Kampff hace tres años -hizo una pausa meditativa-. Dave la considera adecuada. Tal vez lo sea. Pero le sugeriría una cosa, antes de que empiece a perseguir a esos seis -nuevamente golpeó los papeles- Vuele a Seattle y hable con la gente de Rosen. Haga que le den una muestra representativa de los tipos de androide que emplean la nueva unidad Nexus-6.

-¿...para someterlos al Voigt-Kampff? -preguntó Rick.

-Parece tan fácil -dijo Bryant, medio para sus adentros.

-¿Cómo?

-Creo que yo mismo hablaré con la organización Rosen, mientras usted está en camino -agregó Bryant. Luego miró en silencio a Rick. Por fin gruñó, se mordió una uña, y finalmente puso en orden su decisión-. Voy a estudiar con ellos la posibilidad de mezclar a los nuevos androides con seres humanos. Todo debería estar preparado para cuando usted llegue -señaló

bruscamente a Rick, con aire severo-. Es la primera vez que va a desempeñarse como un cazador de bonificaciones *senior*. Dave sabe mucho. Tiene años de experiencia.

-También yo -respondió Rick, tenso.

-Ha tenido misiones encargadas por Dave. Él siempre resolvía qué casos confiarle. Pero ahora tiene en sus manos seis que él pensaba retirar, y uno de ellos disparó primero. Este. Max Polokov -Bryant hizo girar las notas para que Rick pudiera leer-. Al menos, ése es el nombre que se da a sí mismo. Suponiendo que Dave tuviera razón. Todo, toda esta lista, se funda en esa suposición. Y, sin embargo, la Escala Modificada de Voigt-Kampff sólo se le aplicó a los primeros tres, a los dos que Dave retiró y luego a Polokov. Este disparó contra Dave mientras le hacía el test.

-Lo que demuestra que Dave tenía razón -contestó Rick-. De otro modo, Polokov no habría tenido ningún motivo.

-Vaya a Seattle -ordenó Bryant-. No hable primero, yo me ocuparé. Y escuche -se puso en pie y encaró a Rick serenamente-. Si cuando esté probando allí la Escala Voigt-Kampff alguno de los humanos no logra pasar...

-Eso no puede ocurrir -respondió Rick.

-Un día, hace unas semanas, hablé con Dave de eso. Él pensaba lo mismo. Yo había recibido un memorándum de la policía soviética, la WPO, que ha circulado en la Tierra y en las colonias. Un grupo de psiquiatras de Leningrado pidió a la WPO que aplicara el método de perfil de la personalidad más moderno y preciso para determinar la presencia de un androide, o sea la Escala de Voigt-Kampff, a un grupo cuidadosamente seleccionado de pacientes humanos, esquizoides y esquizofrénicos. Especialmente aquellos que revelan lo que se denomina un «achatamiento del afecto». Seguramente habrá oído hablar de eso...

-Es lo que mide la escala, específicamente -dijo Rick.

-Entonces, sabe por qué están preocupados.

-El problema ha existido siempre. Desde que por primera vez encontramos androides que se hacían pasar por humanos. Usted conoce el consenso de la opinión policial por el artículo de Lurie Kampff, escrito hace ocho años: *El bloqueo de la asunción de roles en el esquizofrénico no deteriorado*. Kampff distinguía entre la facultad empática disminuida del enfermo mental humano y la superficialmente similar, pero...

-Los psiquiatras de Leningrado -interrumpió Bryant- creen que una pequeña proporción de seres humanos no podría pasar la Prueba de Voigt-Kampff. Si los sometiera usted al test en el curso de una tarea policial, quedarían clasificados como robots humanoides. Más tarde se descubriría el error, pero ya estarían muertos -calló, en espera de la respuesta de Rick.

-Pero esas personas deberían estar en...

-En Instituciones -continuó Bryant-. No podrían moverse en el mundo exterior, y ciertamente se advertiría que son psicóticos graves. Salvo si su enfermedad se hubiera manifestado reciente y bruscamente, y nadie la hubiera observado todavía. *Esto podría ocurrir*.

-Una vez en un millón -objetó Rick. Pero había comprendido.

-Lo que le preocupa a Dave -dijo Bryant- es este aspecto del tipo avanzado Nexus-6. La organización Rosen nos había asegurado, como usted sabe, que era posible distinguir un Nexus-6 con el test corriente del perfil. Les creímos. Pero ahora debemos establecerlo por nuestra cuenta, como yo me imaginaba. Y eso es lo que hará usted en Seattle. Ya comprende que esto puede salir mal de las dos maneras: si no es posible catalogar a todos los robots humanoides, no tenemos un instrumento de análisis confiable y jamás descubriremos a los que ya se han escapado. Y si clasifica como androide a un sujeto humano... Sería lamentable -Bryant lo miró con frialdad-, aunque nadie, y ciertamente tampoco la Rosen Association, publicaría la noticia. En realidad, podemos permanecer inmóviles por tiempo indefinido, aunque será necesario informar a la WPO, que a su vez avisará a Leningrado. Llegará un momento en que la cosa haga explosión, pero para entonces quizás hayamos desarrollado un test mejor -cogió el videófono-. ¿Partirá ahora mismo? Utilice un coche del departamento y el

combustible de nuestros surtidores.

-¿Puedo llevarme las notas de Dave Holden? -pidió Rick, poniéndose en pie-. Querría leerlas por el camino.

-Esperaremos hasta que haya probado el test en Seattle -respondió Bryant. Rick advirtió que el tono de su voz era curiosamente despiadado.

Cuando el coche aéreo del departamento de policía aparcó en el terrado del edificio de la Rosen Association en Seattle, una muchacha lo esperaba. Delgada, de pelo negro, con las nuevas y enormes gafas para filtrar el polvo, se acercó al coche con las manos hundidas en los bolsillos del largo abrigo a rayas de colores vivos. En su cara pequeña, de rasgos bien definidos, había una expresión de hosquedad.

-¿Qué ocurre? -preguntó Rick al descender. La chica respondió oblicuamente.

-No sé. La forma en que nos trataron, supongo. No tiene importancia -le tendió la mano, que él cogió reflexivamente-. Soy Rachael Rosen. Usted es el señor Deckard, ¿verdad?

-No ha sido idea mía.

-Bueno, es lo que nos dijo el Inspector Bryant. Pero oficialmente usted es el departamento de policía de San Francisco, y no cree que nuestra actividad sea un servicio público -lo miró por debajo de sus largas pestañas oscuras, probablemente artificiales.

-Un robot humanoide es como cualquier otra máquina -respondió Rick-. Puede oscilar entre el beneficio y el riesgo. Como beneficio no es nuestro problema.

-Pero sí como riesgo -dijo Rachael Rosen-. ¿Es verdad, señor Deckard, que usted es un cazador de bonificaciones?

De mala gana, Rick se encogió de hombros y asintió.

-Considera que un androide es una cosa inerte -continuó la chica-. Algo que se puede «retirar», como se acostumbra decir.

-¿Ya está seleccionado el grupo? Me gustaría...

Rick se interrumpió cuando de repente vio los animales.

Por supuesto que una poderosa Corporación tenía que ser capaz de permitirse una cosa semejante, comprendió. Y en el fondo, había previsto sin lugar a dudas esa colección: no sentía sorpresa sino más bien una especie de ansiedad. Se apartó de la muchacha en silencio y se dirigió a los corrales. Podía percibir los diversos olores de las criaturas que se movían o permanecían echadas, y de una que dormía, y aparentemente era un coatí. Nunca en su vida había visto un coatí. Conocía al animal por las películas 3-D que pasaba la televisión. Por alguna razón, el polvo había afectado a esa especie tanto como a las aves, de las que casi no quedaban sobrevivientes. Cogió automáticamente su gastado ejemplar del Sidney y buscó el coatí. Los precios estaban, desde luego, en bastardilla: como en el caso de los caballos percherón, no había ninguno en el mercado, a cualquier precio. El Catálogo Sidney se limitaba a reproducir la cifra de la última venta. Era astronómica.

-Se llama Bill -dijo la chica desde atrás-. Bill, el coatí. Lo compramos el año pasado a una Corporación subsidiaria -señaló algo un poco más lejos.

Rick vio entonces una compañía de guardias armados con pequeñas ametralladoras Skoda de tiro rápido. Los ojos de los guardias estaban fijos en él. «Y mi coche lleva bien a la vista las insignias de los vehículos policiales...», pensó.

-Un fabricante de androides -observó, pensativo- invierte sus excedentes en animales vivos.

-Mire el búho -dijo Rachael Rosen-. Allá. Lo voy a despertar -indicó una jaula a cierta distancia. En su centro había un árbol muerto.

Estaba a punto de decir que no había más búhos. O eso nos han dicho... Sidney los considera extinguidos en su catálogo. Llevan la E, esa letra pequeña y precisa. Mientras la muchacha se adelantaba, comprobó que estaba en lo cierto. «Sidney jamás se equivoca, se dijo. ¿En qué otra cosa podemos confiar?».

-Es artificial -exclamó de pronto con certeza. Pero su decepción era intensa y aguda.

-No -sonrió ella, y Rick vio que sus dientes pequeños y parejos eran tan blancos como negros eran el pelo y los ojos.

-Pero Sidney -objetó, tratando de mostrarle el catálogo, para probar sus palabras.

-No le compramos a Sidney -respondió Rachael-, ni a ningún vendedor de animales. Nuestras compras son privadas y no comunicamos el precio. Además, tenemos nuestros propios naturalistas. En este momento están trabajando en Canadá. Allá todavía quedan bosques relativamente grandes. Al menos, lo bastante para animales pequeños y alguna que otra ave.

Durante largo tiempo contempló al búho, que dormitaba en su rama. Mil pensamientos brotaron de su mente acerca de la guerra, de los días en que los búhos caían del cielo, muertos. Recordó que en su infancia había alcanzado a comprobar la extinción de una especie tras otra. Los periódicos anunciaban un día la desaparición de los zorros, el siguiente la de los tejones, hasta que la gente dejó por último de leer aquellos perpetuos obituarios.

Pensó también en su necesidad de un animal verdadero. Una vez más se manifestaba el odio que le inspiraba su oveja eléctrica, que debía cuidar y atender como si estuviera viva. «La tiranía de los objetos -pensó-. Ella no sabe que yo existo. Como los androides, carece de la capacidad de apreciar la existencia de otro ser». Jamás había pensado antes en la semejanza entre los animales eléctricos y los andrillos. Un animal eléctrico era una forma inferior, un robot de menor calidad. O a la inversa, un androide era una versión altamente desarrollada del seudoanimal. Las dos ideas le resultaban repulsivas.

-Si Rosen vendiera ese búho -dijo-, ¿cuánto pediría?

-Jamás venderíamos nuestro búho -Rachael lo contempló con una mezcla de placer y piedad; al menos eso le pareció a Rick-. Y aunque así fuera, nunca podría pagar el precio. ¿Qué animal tiene en su casa?

-Una oveja -respondió él-. Una Suffolk de cara negra.

-Entonces debería sentirse satisfecho.

-Lo estoy -dijo él-. Pero siempre he querido un búho, incluso antes de que todos murieran... Excepto el suyo -se corrigió.

-Nuestro programa actual prevé la obtención de otro búho -agregó ella-, para aparearlo con Scrappy -señaló al ave posada en su percha y que por un instante abrió los ojos, unas hendiduras amarillas que se desvanecieron cuando reanudó su reposo. El pecho del búho subió y bajó conspicuamente, como si el ave hubiese suspirado en su estado hipnagógico.

Apartándose de la imagen, que había agregado amargura a su anterior reacción de sorpresa y anhelo, Rick dijo:

-Querría iniciar la prueba. ¿Podemos bajar?

-Mi tío recibió la llamada de su jefe y probablemente ya...

-¿Su tío? ¿Una corporación de estas dimensiones es un negocio familiar?

Rachael continuó su frase:

-...habrá reunido un grupo de androides y uno de control. Vamos -se dirigió al ascensor sin mirar atrás, metiendo nuevamente las manos en los bolsillos de su abrigo. Rick vaciló un momento, con fastidio, antes de seguirla.

-¿Qué tiene usted contra mí? -preguntó mientras descendían.

Ella reflexionó, como si no lo hubiera pensado antes.

-Pues bien -dijo-, usted, un funcionario de un pequeño departamento policial, tiene en este momento una situación única. ¿Comprende lo que quiero decir? -lo miró de costado, maliciosamente.

-¿Qué parte de la producción actual representan los androides equipados con el Nexus-6?

-El total -respondió Rachael.

-Estoy seguro de que la Escala Voigt-Kampff puede descubrirlos.

-Y si no es así, tendremos que retirar del mercado todos los modelos de Nexus-6 -sus ojos negros ardían mientras se abrían las puertas del ascensor detenido-. Y todo porque la policía no puede resolver una cosa tan simple como la detección de una minúscula cantidad de

Nexus-6 que...

Un hombre mayor, pulcro y delgado, se acercó a ellos. Llevaba la mano extendida y una expresión de preocupación, como si todo hubiese empezado a desarrollarse con excesiva rapidez.

-Soy Eldon Rosen -dijo mientras daba un apretón de manos a Rick-. Escuche, Deckard: usted sabe que no fabricamos nada aquí en la Tierra, ¿verdad? Simplemente no podemos llamar al sector de producción y pedir una serie distinta de artículos. No es que no nos propongamos o no queramos colaborar con ustedes. Sea como fuere, he hecho todo lo posible -su mano izquierda, temblorosa, rozó su pelo, que empezaba a ralear.

Rick indicó su cartera y dijo:

-Estoy listo para comenzar.

La nerviosidad de Rosen acrecentó su confianza en sí mismo.

«Me temen -pensó con asombro-. Incluso Rachael. Probablemente podría obligarles a abandonar la producción de los modelos Nexus-6. Lo que yo haga en las próximas horas afectará el carácter de sus operaciones, y puede llegar a determinar el futuro de la Rosen Association aquí, en los Estados Unidos, en Rusia y en Marte».

Los dos miembros de la familia Rosen lo miraron aprensivamente y Rick pudo sentir la duplicidad de sus maneras. Con él habían entrado en la casa el vacío y la llamada al silencio de la ruina económica. «Poseen un poder desmesurado -pensó Rick-. Su empresa es considerada uno de los ejes del sistema industrial». En realidad, la manufactura de androides ha llegado a ligarse tanto con el desarrollo de la colonización que si aquella se derrumbara, ésta la seguiría a su vez. Naturalmente, la Rosen Association comprendía esto perfectamente. Y Eldon Rosen tenía plena conciencia de ello desde que Harry Bryant había llamado.

-No hay motivo para preocuparse -dijo Rick mientras los dos Rosen lo guiaban por un amplio corredor muy iluminado. Él mismo se sentía tranquilo. La situación le agradaba más que cualquier otra que pudiera recordar. Todos sabrían muy pronto lo que el método de prueba podía hacer, y lo que no podía-. Si ustedes no tuvieran confianza en el Test de Voigt-Kampff -observó-, probablemente su organización habría tratado de descubrir otro superior. Podría decirse que parte de la responsabilidad recae sobre la Rosen Association. Sí, gracias -le indicaron una habitación elegante, un salón alfombrado, con lámparas, divanes y mesas modernas donde estaban las últimas revistas e incluso, advirtió, el suplemento de febrero del Catálogo Sidney, que él aún no había visto. En realidad, ese suplemento sólo aparecería dentro de tres días. Era obvio que la Rosen Association tenía una relación especial con Sidney.

Irritado, cogió la publicación.

-Esto significa una violación de la confianza pública. Nadie debe tener información anticipada de los cambios de precio.

Y también, seguramente, violaba una ley federal. Pero en vano trató de recordarla.

-Me lo llevaré conmigo -dijo, y guardó el suplemento en su cartera.

Después de una pausa, Eldon Rosen dijo con hastío:

-Nuestra política jamás ha sido la de obtener anticipación de nada como...

-Yo no soy un funcionario judicial -interrumpió Rick-. Soy un cazador de bonificaciones - de su cartera extrajo el equipo Voigt-Kampff, y sentándose junto a una mesa baja de palo de rosa, empezó a preparar el sencillo instrumento poligráfico-. Puede usted enviar al primer sujeto- le dijo a Eldon Rosen, que parecía aún más inquieto.

-Me gustaría mirar -dijo Rachael, sentándose-. Nunca he visto realizar un Test de Empatía. ¿Qué mide este aparato?

-Esto -dijo Rick, sosteniendo en alto un disco chato, adhesivo, de donde partían varios cables-, mide la dilatación capilar en la región facial. Sabemos que ésta es una respuesta autónoma y primaria, lo que llamamos «vergüenza» o «rubor» ante un estímulo moralmente inquietante. Esto no se puede controlar voluntariamente, como ocurre en cambio con la conductividad de la piel, la respiración o el ritmo cardíaco -le mostró el otro elemento, de

donde brotaba un fino haz de luz-. Y esto registra la tensión en los músculos oculares. Al mismo tiempo que se produce el fenómeno del rubor hay generalmente un pequeño desplazamiento de...

-¿Y eso no se verifica en los androides?

-Aunque biológicamente podría llegar a darse, las preguntas-estímulo no generan estas respuestas.

-Hágame el test -dijo Rachael.

-¿Por qué? -dijo Rick, confundido. Eldon Rosen dijo con voz ronca:

-La hemos elegido como primer sujeto. Podría ser un androide. Esperamos que nos lo pueda decir -se sentó con varios movimientos torpes, sacó un cigarrillo, lo encendió y se quedó mirando fijamente.

5

El pequeño haz de luz blanca iluminaba el ojo izquierdo de Rachael Rosen. El disco de malla metálica estaba adherido a su mejilla. La muchacha parecía serena. Rick Deckard estaba sentado en una posición que le permitía leer los dos medidores del aparato Voigt-Kampff.

-Describiré una serie de situaciones sociales, y usted expresará su reacción lo más rápidamente que pueda. Mediré el tiempo, por supuesto.

-Y también por supuesto, lo que yo diga no tendrá importancia. Sólo valdrá la reacción capilar y la del músculo ocular. Pero igualmente responderé. Quiero pasar por esto y... Adelante, señor Deckard.

Rick eligió la pregunta número tres.

-Le regalan una billetera de piel de becerro para su cumpleaños -inmediatamente las agujas saltaron a la zona roja, y luego regresaron.

-No la aceptaría -respondió Rachael-. Y denunciaría a la policía a la persona que me la regalara.

Después de hacer una anotación, Rick pasó a la pregunta número ocho de la Escala de Perfiles del Voigt-Kampff.

-Tiene usted un niño pequeño que le muestra su colección de mariposas, y también el frasco donde las mata.

-Lo llevaría al médico -la voz de Rachael era baja pero firme. Nuevamente las agujas se movieron, pero menos.

Rick hizo la correspondiente anotación y preguntó:

-Está viendo la TV. De pronto advierte que una avispa avanza por su brazo.

-La mataría -respondió Rachael; esta vez las agujas apenas registran un débil y corto temblor.

Rick escribió su observación y eligió cuidadosamente la pregunta siguiente.

-Encuentra en una revista la foto a página entera y a todo color de una chica desnuda -se detuvo.

-¿Es un test para saber si soy androide o si soy lesbiana? -preguntó ácidamente Rachael. Las agujas no se movieron.

-A su marido le gusta la foto -continuó Rick; no hubo respuesta. Y agregó-: La chica está tendida boca abajo sobre una enorme y bellísima piel de oso -los medidores no registraron cambios, y Rick piensa: una respuesta de androide, no ha reparado en el elemento principal, la piel del animal muerto. Se concentra en otros factores-. Su marido cuelga la foto en la pared de su estudio -concluyó. Entonces la reacción se manifestó.

-Ciertamente no se lo permitiría -dijo Rachael.

-Está bien -asintió Rick-. Ahora está usted leyendo una novela escrita en los viejos tiempos, antes de la guerra. Los personajes visitan el muelle de pescadores de San Francisco. Sienten hambre, y entran en un restaurante. Uno de ellos pide langosta; el chef arroja una

langosta a una olla de agua hirviente a la vista de los personajes.

-Dios mío -dijo Rachael-. Pero eso es terrible, depravado. ¿Cómo pueden hacer eso? ¿Quiere usted decir, una langosta *viva*?

Las agujas permanecieron inmóviles. La respuesta era formalmente correcta, pero simulada.

-Ha alquilado una casita de troncos de pino en la montaña -continuó Rick-. La zona es todavía exuberante. En la casa hay un gran hogar.

-Sí -respondió Rachael, impaciente.

-Alguien ha colgado viejos mapas en las paredes, grabados por Currier e Ives. Encima del hogar hay una cabeza de ciervo con grandes astas. La gente que la acompaña admira el ambiente y entre todos deciden...

-Yo no, si es que hay una cabeza de ciervo -interrumpió Rachael. Pero los medidores no han sobrepasado la zona verde.

-Ha quedado usted embarazada -dijo Rick- de un hombre que le ha prometido casamiento. Pero él se marcha con otra, con su mejor amiga. Usted aborta y...

-Jamás lo haría -respondió Rachael-. Y por otra parte, no se puede. La condena es a perpetuidad y la policía vigila permanentemente.

Las dos agujas se desplazaron al rojo con violencia.

-¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe que es difícil obtener autorización para abortar? -preguntó Rick, con curiosidad.

-Todo el mundo lo sabe -repuso Rachael.

-Me pareció que hablaba usted por experiencia personal. -Rick miró los medidores, que mostraban intensas fluctuaciones-. Una más. Ha salido con un hombre que la invita a visitar su casa. Una vez allí le ofrece una copa. Mientras está bebiendo, de pie, ve el dormitorio: está decorado con atractivos cartelones taurinos, y se acerca a mirar. Él la sigue, cierra la puerta, la rodea con el brazo y le dice...

-¿Qué es un cartelón taurino? -interrumpió Rachael.

-Un dibujo, generalmente muy grande, de colores, que muestra a un torero con su capa y a un toro que intenta atacarlo -Rick dudó-. ¿Qué edad tiene usted? -podía ser un factor importante.

-Dieciocho años -contestó Rachael-. Está bien: él cierra la puerta y me abraza. ¿Qué dice entonces?

-¿Sabe usted cómo terminaban las corridas de toros?

-Me figuro que alguien quedaba herido...

-Siempre mataban al toro, al final -Rick esperó, observando las agujas, que apenas palpitaron con inquietud; la reacción había sido débil-. Una pregunta final, en dos partes -agregó-. Usted ve una vieja película en la TV, anterior a la guerra. Los participantes en un banquete comen ostras crudas.

-Ugh -dijo Rachael. Las agujas se movieron vivazmente.

-El entrante consiste en perro cocido, relleno de arroz -continuó Rick. El desplazamiento de las agujas fue menor-. ¿Para usted las otras son menos aceptables que la carne de perro? Evidentemente no -dejó su bolígrafo, apagó el haz de luz y le quitó de la mejilla el disco adhesivo-. Usted es una androide -dijo-. Este es el resultado del test -agregó, dirigiéndose a «ella» y a Eldon Rosen, que lo miraba con inquietud avasalladora.

La cara del anciano se contraía plásticamente de furia.

Rick prosiguió con su indagación:

-Es así, ¿verdad? -no hubo respuesta de ninguno de los Rosen-. Nuestros intereses no están en conflicto -agregó, razonablemente-. Que el Test de Voigt-Kampff funcione bien es tan importante para ustedes como para mí.

-Ella no es androide -dijo Rosen.

-No lo creo -respondió Rick.

-¿Por qué habría de mentir? -preguntó Rachael con vehemencia-. En todo caso

mentiríamos al revés.

-Quiero un análisis de médula ósea -contestó Rick-. Es posible determinar orgánicamente si alguien es o no un androide. Sé que es largo y doloroso, pero...

-En términos legales -dijo Rachael-, no puedo ser obligada a sufrir un análisis de médula. La corte no lo permite, por considerar que se trata de autoacusación. Y de todos modos, en una persona viva, no en el caso de un androide retirado, lleva largo tiempo. Usted puede aplicar ese maldito Test de Voigt-Kampff a causa de los especiales, a los que hay que vigilar constantemente. Aprovechando que el gobierno debería ocuparse de esto, la policía ha logrado introducir el Voigt-Kampff. Pero lo que dijo usted antes es verdad: éste es el fin del test -la muchacha se puso en pie, se apartó y se detuvo de espaldas a él, con las manos en las caderas.

-La cuestión no es la legalidad del análisis de médula ósea -dijo Eldon Rosen con voz ronca-, sino el fracaso del Test de Empatía en el caso de mi sobrina. Puedo explicarle por qué sus respuestas son las de un androide. Rachael creció a bordo del Salader 3. Nació en él, y durante catorce de sus dieciocho años sólo supo de la Tierra lo que encontró en la videoteca y lo que el resto de la tripulación, nueve adultos, le contó. Y después, como recordará, cuando la nave había recorrido la sexta parte del camino a Próxima, inició el retorno. De lo contrario, Rachael habría tenido que esperar hasta una edad muy mayor para conocer la Tierra.

-Y la policía podría retirarme -agregó Rachael por encima del hombro-. En una redada me matarían. Lo sé desde mi llegada, hace cuatro años. Esta no es la primera vez que me aplican el Voigt-Kampff. En verdad, rara vez salgo de casa. El peligro es enorme, a causa de los controles policiales y las pinzas voladoras para capturar especiales no clasificados.

-Y androides -terminó Eldon Rosen-. Aunque, naturalmente, eso no se le dice a la población. Se supone que debe ignorar la presencia de androides en la Tierra.

-No creo que los haya -respondió Rick-. Sin duda la policía los ha cogido a todos, tanto aquí como en la Unión Soviética. Ahora la población es pequeña. Y tarde o temprano todo el mundo ha de pasar por los puntos de control establecidos al azar.

O, por lo menos, eso era lo que cabía esperar.

-¿Cuáles son sus instrucciones en el caso de que el test clasifique como androide a un ser humano? -preguntó Eldon Rosen.

-Eso es asunto oficial -Rick empezó a guardar su equipo en la cartera, mientras ambos Rosen lo miraban en silencio-. Pero, naturalmente, debo cancelar toda prueba subsiguiente. Si hay un fracaso, de nada sirve continuar -cerró de un golpe su cartera.

-Podríamos haberlo engañado -dijo Rachael-. Nada nos obliga a admitir que el resultado ha sido incorrecto. O el resultado obtenido con los otros nueve sujetos elegidos. Nos habría bastado con dejarle seguir con las pruebas sin decir nada.

-Yo habría insistido en que me dieran una lista previa, en sobre cerrado, para comparar los resultados y obtener una confrontación concluyente.

«Pero no la habría obtenido -pensó-. Bryant tenía razón. Gracias a Dios que no he seguido cazando androides sobre la base del test».

-También nosotros pensamos que lo haría -observó Eldon Rosen mirando a Rachael, que asentía-. Habíamos estudiado esa posibilidad -reconoció.

-Este problema procede de su forma de operar, señor Rosen -dijo Rick-. Nadie obligó a su organización a desarrollar los robots humanoides hasta un punto en que...

-Nosotros producimos lo que desean los colonos -repuso Eldon Rosen-. Hemos seguido un principio, respetado por el tiempo, que ha justificado siempre el éxito comercial. Si nuestra empresa no hubiera construido modelos cada vez más humanos, otras lo habrían hecho. Conocíamos los riesgos existentes cuando desarrollamos la unidad cerebral Nexus-6. *Pero el Test de Voigt-Kampff era un fracaso antes de que distribuyéramos los nuevos androides*. Si usted hubiese fallado en clasificar a un androide Nexus-6 como androide, si lo hubiese registrado como un ser humano... Pero no es eso lo que ha ocurrido -su voz era dura y penetrante-. El departamento policial a que usted pertenece, así como otros puede haber

retirado, y es probable que lo haya hecho, a verdaderos seres humanos de capacidad empática no desarrollada, como mi sobrina. Su posición, señor Deckard, es muy grave en términos morales. La nuestra no lo es.

-En otras palabras -dijo agudamente Rick-, no me concederá usted la posibilidad de aplicar el test a un solo Nexus-6. Para anticiparse a ella ha presentado en primer término a esta chica esquizoide.

«Y mi test ha sido derrotado -pensó-. Debí haberme negado. Pero ahora es demasiado tarde».

-Le hemos ganado, señor Deckard -dijo Rachael Rosen con voz serena y razonable, y se volvió hacia él, sonriendo.

Todavía no lograba comprender cómo la Rosen Association había logrado engañarlo tan fácilmente. Una corporación gigantesca como ésa atesoraba gran experiencia, poseía en realidad una especie de mente colectiva. Eldon y Rachael Rosen eran tan sólo los portavoces de esa entidad múltiple. Su error, evidentemente, había consistido en considerarlos como meros individuos. Era un error que no volvería a cometer.

-Su jefe, el Inspector Bryant -dijo Rosen-, hallará difícil comprender cómo sucedió que nos permitiera usted anular su método de prueba antes de comenzar el test -señaló el cielorraso, y Rick vio la lente de una cámara: el error cometido con los Rosen había sido registrado-. Creo que lo más conveniente para todos -agregó Eldon- será que nos sentemos y... Podemos llegar a un acuerdo, señor Deckard -hizo un gesto afable-. No hay motivo de preocupación. El modelo de androide Nexus-6 es un hecho. Así lo reconocemos en la Rosen Association, y creo que también usted lo reconoce ahora.

Rachael se inclinó sobre Rick.

-¿Le gustaría ser dueño de un búho?

-Creo que jamás lo seré -comprendía perfectamente lo que ella había querido insinuar; sabía qué transacción se proponía realizar la Rosen Association. Sintió en su interior una tensión que no había experimentado hasta entonces, y que explotaba suavemente en todas las zonas de su cuerpo. La conciencia de lo que estaba ocurriendo se apoderó de él por completo.

-Pero eso es precisamente lo que desea: un búho -dijo Eldon Rosen, que miró interrogativamente a su sobrina-. Creo que no comprende.

-Por supuesto que comprende -repuso ella-. Sabe con toda exactitud adonde lleva esto. ¿No es así, señor Deckard? -volvió a inclinarse sobre él, tanto que Rick percibió una suave fragancia y quizá su calidez-. Pues prácticamente lo ha conseguido, señor Deckard; podríamos decir que el búho ya es suyo -y agregó, dirigiéndose a su tío-: Es un cazador de bonificaciones, ¿recuerdas? Por lo tanto, vive de las bonificaciones que gana, y no sólo del sueldo. ¿No es así, señor Deckard?

Rick asintió.

-¿Cuántos androides se han escapado esta vez? -preguntó Rachael.

-Eran ocho, originariamente. Dos ya han sido retirados. No por mí.

-¿Cuánto recibe por cada androide?

-Según -respondió Rick, encogiéndose de hombros.

Rachael continuó:

-Si no dispone de un test, no tiene forma de identificar a los androides ni, por consiguiente, de cobrar sus bonificaciones. De modo que si abandona la Escala de Voigt-Kampff...

-Otra nueva la reemplazará -dijo Rick-. Ya ha ocurrido antes -exactamente, tres veces. Pero esta vez era diferente, porque el nuevo test, el instrumento analítico más moderno, ya estaba a su disposición.

-Naturalmente, el Test de Voigt-Kampff terminará por ser anticuado -dijo Rachael-. Pero todavía no. Estamos convencidos de que es apto para distinguir a los modelos equipados con el Nexus-6 y querríamos que, en su peculiar tarea, continuara usted trabajando sobre esta base -la chica lo miraba intensamente, balanceándose y con los brazos cruzados apretados; trataba

de medir su reacción.

-Dile que puede quedarse con el búho -sugirió Eldon Rosen.

-Así es -dijo Rachael, sin dejar de mirarlo-. El que ha visto en el terrado. Scrappy. Pero si conseguimos un macho, debe permitir que se aparee con ella. Y que quede bien en claro que la descendencia será nuestra.

-Dividiremos la nidada -propuso Rick.

-No -repuso instantáneamente Rachael, y Eldon Rosen negó con la cabeza en señal de apoyo a su sobrina-. De ese modo tendría usted derecho a la única familia de búhos hasta el fin de los tiempos. Y hay otra condición: no puede cederlo en herencia. A su muerte, volverá a manos de la Rosen Association.

-Eso parece una invitación a que me maten -contestó Rick-. Bonita forma de recuperar inmediatamente el búho... No puedo aceptar. Es demasiado peligroso.

-Usted es un cazador de bonificaciones -dijo Rachael-. Sabe usar un arma láser. En este preciso instante lleva una. Si no es capaz de defenderse, ¿cómo piensa retirar a los seis andrillos Nexus-6 restantes? Son bastante más inteligentes que los viejos W-4 de la Gozzi Corporation.

-Pero yo los persigo a ellos -replicó Rick-. En cambio, si acepto la cláusula de reversión, alguien me perseguiría a mí -no le gustaba la idea de que lo persiguieran. Había visto el efecto que esto provocaba incluso en los androides.

-Está bien -dijo Rachael-. Cederemos en ese punto, y podrá legar el búho a sus descendientes. Pero insistimos en conservar la nidada completa. Si no está de acuerdo con esto, vuelva a San Francisco, reconozca ante sus superiores que el Test de Voigt-Kampff, al menos en la forma en que usted lo aplica, no puede distinguir entre un andrillo y un ser humano. Y luego búsquese otro trabajo.

-Querría un poco de tiempo para decidir -dijo Rick.

-Está bien -respondió Rachael, y miró su reloj-. Puede quedarse aquí.

-Media hora -agregó Eldon Rosen, como aclaración.

Ambos Rosen se dirigieron hacia la puerta.

«Ellos ya habían hablado», pensó Rick. Ahora le correspondía a él dar una respuesta. Cuando Rachael se disponía a cerrar la puerta, Deckard le habló con dureza:

-Estoy perfectamente atrapado. Tienen la prueba de que me he equivocado con usted. Saben que mi trabajo depende del Test de Voigt-Kampff. Y, además, está ese maldito búho.

-Es suyo, ¿recuerda? -dijo Rachael-. Le pondremos en la pata una cintila con su dirección y lo despacharemos a San Francisco. Lo recibirá en su casa cuando regrese del trabajo.

-Un momento -dijo Rick.

-¿Ya ha tomado su decisión? -preguntó Rachael, deteniéndose en la puerta.

-Querría hacerle otra pregunta del Voigt-Kampff.

Rachael miró a su tío, que asintió. De mala gana, volvió a sentarse como antes.

-¿Para qué? -preguntó con las cejas elevadas por el desagrado y también por el temor. Rick advirtió, profesionalmente, la tensión de su cuerpo.

Nuevamente dirigió el haz de luz al ojo derecho de la muchacha y puso el disco adhesivo en contacto con su mejilla. Rachael estaba rígida. Su expresión de extremo disgusto no había desaparecido.

-Bonita cartera, ¿verdad? -dijo Rick mientras buscaba los formularios impresos del test-. Es del departamento.

-Sí, ¿eh? -respondió Rachael, ausente.

-Es de piel de bebé -agregó Rick, acariciando la piel negra de la cartera-. Cien por cien genuina- vio que después de una pausa las agujas se pusieron a fluctuar con frenesí. La reacción había llegado tarde. Él conocía el tiempo exacto de reaccionar, en fracciones de segundo. Sabía que no debía haber demora-. Gracias, señorita Rosen. Eso era todo -recogió de nuevo su equipo.

-¿Se marcha? -preguntó Rachael.

-Sí. He terminado.

Cautelosamente, Rachael preguntó:

-¿...y los otros nueve?

-El test ha funcionado adecuadamente en su caso -explicó Rick-. Puedo deducir de esto que evidentemente es aún efectivo -se dirigió a Eldon Rosen, que estaba inerte, junto a la puerta-: ¿Ella lo sabe? -a veces no era así: en muchas ocasiones se los dotaba de una falsa memoria, con la errónea esperanza de que alterara las reacciones ante el test.

-No -contestó Eldon Rosen-. La hemos programado completamente. Pero creo que hacia el final ha empezado a sospechar -a la muchacha le dijo-: ¿No fue así, cuando él te pidió una nueva prueba?

Rachael, muy pálida, asintió.

-No temas -le dijo Eldon Rosen-. No eres un androide escapado ilegalmente. Eres propiedad de la Rosen Association, que te emplea como muestra para las ventas a futuros emigrantes -se acercó a la chica y apoyó la mano en su hombro. Rachael se apartó del contacto.

-Es verdad -observó Rick-. No la retiraré, señorita Rosen. Buenos días -empezó a avanzar hacia la puerta, y se detuvo-. ¿El búho es real?

Rachael dirigió una rápida mirada a su tío.

-Se marchará de todos modos -contestó Rosen-. Da lo mismo. El búho es artificial. No quedan búhos.

-Hmmm -murmuró Rick, mientras salía al pasillo. Nadie dijo nada más. No había nada que decir. «Así operan los grandes fabricantes de androides», se dijo Rick. De una manera sinuosa que jamás había observado anteriormente. Demostraban un tipo nuevo de personalidad, compleja y extraña. No era difícil comprender que la justicia tuviera dificultades con el Nexus-6.

El Nexus-6. Finalmente lo había conocido. Rachael era un Nexus-6, sin duda alguna. «El primer androide de ese tipo que he visto», se dijo. Y poco había faltado para que los Rosen minaran nuestra confianza en el Test de Voigt-Kampff, único instrumento que permite descubrirlos. Casi lo habían logrado. La Rosen Association había hecho un buen trabajo, o al menos un buen intento, para defender sus productos.

«Y yo debo enfrentar a otros seis, para terminar la tarea», reflexionó Rick. Se ganaría cada centavo de esas bonificaciones.

Suponiendo que llegara vivo al final.

6

El televisor atronaba. Mientras descendía las grandes escaleras desiertas y cubiertas de polvo hacia el nivel inferior, John Isidore distinguía la voz familiar y burbujeante del Amigo Buster, que se dirigía eufórico a su audiencia de todo el Sistema.

-Hola, hola, amigos. ¡Zip, clip, zip! Es la hora de nuestro breve comentario sobre el tiempo de mañana. Primero la costa Este de los Estados Unidos. El satélite Mungoose comunica que la radiación aumentará hacia el mediodía y disminuirá luego, gradualmente. De modo que todos los queridos amigos que deseen salir deberán esperar hasta la tarde, ¿en? Y hablando de esperar, faltan sólo diez horas para el anuncio de una gran noticia, en mi informe especial. Decid a vuestros amigos que no se pierdan el programa. Revelaré algo que os asombrará. Quizás algunos conjeturen que, como de costumbre...

Isidore golpeó la puerta y la voz cesó. No era meramente que hubiese callado; había dejado de existir, aterrorizada hasta la muerte por el golpe.

Isidore sintió, detrás de la puerta cerrada, la presencia de vida. Sus sentidos alerta percibían, o fabricaban, el miedo silencioso y terrible de alguien que se alejaba, que se apretujaba contra la pared opuesta para escapar de él.

-Eh -dijo-. Yo vivo arriba. He oído la TV. Deberíamos conocernos, ¿no le parece? -esperó mientras escuchaba; ni un sonido, ni un movimiento. Sus palabras no habían logrado tranquilizar al vecino-. Le he traído un paquete de margarina -agregó, acercándose a la puerta para que le oyeran mejor-. Mi nombre es J.R. Isidore y trabajo para el conocido veterinario, el señor Hannibal Sloat, sin duda habrá oído hablar de él. Soy una persona honorable, y tengo un trabajo: conduzco el camión del señor Sloat.

La puerta se entreabrió y vio la figura fragmentaria, torcida y encogida de una chica que al mismo tiempo trataba de alejarse y de mantenerse cogida de la puerta, como buscando apoyo físico. El miedo le daba el aire de una persona enferma, distorsionaba las líneas de su cuerpo, como si alguien lo hubiese roto y luego lo hubiera armado deliberadamente en desorden. Sus ojos, enormes, lo miraban fijamente mientras intentaba sonreír.

Isidore comprendió de repente y dijo:

-Usted creía que aquí no vivía nadie. Pensó que la casa estaba abandonada...

-Sí -susurró la muchacha.

-Pero es una suerte tener un vecino -respondió Isidore-. Hasta su llegada, yo no tenía ninguno -y eso no era nada divertido, bien lo sabía.

-¿Es usted el único? -preguntó la chica-. ¿En todo el edificio, aparte de mí? -estaba perdiendo la timidez, su cuerpo se enderezó y se alisó el pelo con la mano.

Él advirtió que tenía una bonita silueta, aunque pequeña, y bellos ojos subrayados por largas pestañas. Cogida de sorpresa, sólo tenía puestos los pantalones de un pijama. Más atrás se veía una habitación en desorden. Había maletas abiertas aquí y allá, con el contenido medio desparramado por el suelo cubierto de cosas. Era natural: acababa de llegar.

-Sí, soy el único -respondió Isidore-. Y no quiero molestarla -se sentía alicaído; su ofrenda, que tenía el carácter de un auténtico rito de preguerra, no había sido aceptada. En realidad, la chica ni siquiera se había dado cuenta. O tal vez no sabía qué era un paquete de margarina. Él tuvo esa intuición. La muchacha parecía, sobre todo, asombrada, como si acabara de emerger de las profundidades y flotara ahora a la deriva entre el oleaje menguante del miedo-. El viejo amigo Buster -agregó, tratando de deponer su actitud rígida-. ¿Le gusta? Yo lo veo todas las mañanas y también a la noche, cuando vuelvo a casa. Mientras ceno, y también el programa final. Es decir, lo veía antes de que se me rompiera el televisor.

-¿Quién...? -empezó la chica, y se interrumpió. Se mordió el labio, evidentemente furiosísima con ella misma.

-El Amigo Buster -explicó Isidore. Le parecía extraño que esa muchacha nunca hubiera oído hablar del cómico de TV más chistoso de la Tierra-. ¿De dónde ha venido usted? -preguntó.

-No me parece que eso tenga importancia -la chica alzó rápidamente la vista hacia él y vio algo que aparentemente le devolvió la serenidad pues su cuerpo se relajó-. Cuando esté más instalada, me encantará su compañía. Pero... ahora mismo, no puede ser.

-¿Por qué no puede ser? -estaba sorprendido. Todo en ella le sorprendía. «Quizás he vivido solo demasiado tiempo -pensó-, y me he vuelto raro. Dicen que eso ocurre a los cabezas de chorlito». La idea lo entristeció aún más-. Podría ayudarle a desempacar -sugirió. La puerta estaba casi cerrada-. Y con sus muebles.

-No tengo muebles -respondió ella, y agregó, señalando-: Todo eso ya estaba aquí.

-No servirá -dijo Isidore. Bastaba con una mirada. Las sillas, las mesas, la alfombra, todo estaba deteriorado, amontonado, era víctima de la fuerza despótica del tiempo. Y del abandono. Nadie había vivido en ese apartamento durante años; la ruina era casi completa. No podía imaginar cómo esa chica se proponía vivir allí-. Escuche -le dijo con seriedad-, si recorremos el edificio, probablemente encontraremos cosas en mejor estado. Una lámpara en un piso, una mesa en otro...

-Gracias -replicó ella-. Lo haré yo misma.

-¿Y va a entrar *sola* en los apartamentos? -no lo podía creer.

-¿Por qué no? -volvió a estremecerse, e hizo una mueca, consciente de haberse equivocado.

-Una vez lo hice -dijo Isidore-. Después me metí en mi casa y no volví a pensar en el resto. Apartamentos donde nadie vive..., son centenares. Están llenos de cosas de la gente; fotos de familia, ropas... Los que murieron no pudieron llevarse nada, y los que emigraban no querían... Aparte de mi piso, este edificio está completamente kippelizado.

-¿Kippelizado? -ella no entendía.

-Kippel son los objetos inútiles, las cartas de propaganda, las cajas de cerillas después de que se ha gastado la última, el envoltorio del periódico del día anterior. Cuando no hay gente, el kippel se reproduce. Por ejemplo, si se va usted a la cama y deja un poco de kippel en la casa, cuando se despierta a la mañana siguiente hay dos veces más. Cada vez hay más.

-Comprendo -la chica lo miraba con duda, no sabía si creer o no, ni siquiera si él hablaba en serio.

-Esa es la primera Ley de Kippel -dijo él-. «El kippel expulsa al no-kippel». Como la Ley de Gresham acerca de la mala moneda. Y en estos apartamentos no hay nadie para compartir el kippel.

-De modo que se ha apoderado de todo -concluyó la muchacha-. Ahora comprendo.

-Este lugar -continuó Isidore-, este apartamento que ha elegido, está demasiado kippelizado para vivir en él. Podemos rechazar el factor Kippel; podemos hacer lo que le dije, buscar en los otros apartamentos. Pero...

Se interrumpió.

-¿Pero qué?

-No podemos ganar.

-¿Por qué no? -la chica salió al pasillo cerrando la puerta tras de sí. Cruzó los brazos modestamente sobre sus senos altos y pequeños, y enfrentó a Isidore, ansiosa por comprender. Al menos eso le pareció a él. Se la notaba atenta.

-Nadie puede vencer al kippel -continuó-, salvo, quizás, en forma temporaria y en un punto determinado, como mi apartamento, donde he logrado una especie de equilibrio entre kippel y no-kippel, al menos por ahora. Pero algún día me iré, o moriré, y entonces el kippel volverá a dominarlo todo. Es un principio básico: todo el universo avanza hacia una fase final de absoluta kippelización. Con la única excepción del ascenso del Wilbur Mercer.

La muchacha lo miró.

-No veo qué tiene eso que ver...

-Pues es la base del Mercerismo -nuevamente se sintió sorprendido-. ¿No participa usted de la fusión? ¿No tiene una caja de empatía?

Después de una pausa, la chica dijo cuidadosamente:

-No la he traído. Pensé que encontraría una aquí.

-Pero una caja de empatía es... es la cosa más personal que alguien puede poseer -dijo él, tartamudeando de excitación-. Es una extensión del cuerpo, la forma de tocar a todos los demás seres humanos y dejar de estar solo. Usted lo sabe, todo el mundo lo sabe... Mercer permite que incluso gente como yo... -se interrumpió, pero era demasiado tarde. Pudo ver en la cara de la chica un destello de brusco rechazo; era evidente que había comprendido-. Casi pasé el Test de CI -continuó en voz baja y temblorosa-. No soy muy especial, sólo moderadamente, y no como otros. Pero a Mercer no le importa.

-Para mí -respondió ella-, ése es un grave defecto del Mercerismo -su voz era clara y neutra, sólo se proponía enunciar un hecho: cómo consideraba ella a los cabezas de chorlito.

-Creo que volveré arriba -dijo Isidore, y empezó a alejarse, con su paquete de margarina, que en contacto con su mano se había puesto húmedo y blando.

La chica lo miró con la misma expresión neutra, y luego lo llamó.

-Espere.

-¿Por qué? -preguntó él, volviéndose.

-Lo necesito. Para buscar muebles adecuados, en otros pisos, como usted dijo -avanzó hacia él. Su cuerpo desnudo de la cintura para arriba, delgado, perfecto, no tenía un solo gramo de grasa de más-. ¿A qué hora vuelve a su casa del trabajo? Cuando regrese me

ayudará.

-¿No podría preparar usted la cena para los dos..., si yo traigo lo necesario?

-No, tengo mucho que hacer -la chica rechazó el pedido sin esfuerzo y, como él pudo advertir, sin haberlo comprendido; ahora que el miedo había desaparecido, empezaba a brotar de ella algo más, algo extraño. Y deplorable, pensó Isidore. Cierta frialdad, semejante al hálito del vacío entre los mundos habitados, algo venido de ninguna parte. No era lo que ella decía o hacía, sino más bien lo que no hacía ni decía-. En alguna otra oportunidad -agregó la chica, retrocediendo hacia la puerta de su apartamento.

-¿Entendió mi nombre? -preguntó él-. John Isidore. Trabajo para...

-Ya me lo ha dicho -se detuvo junto a la puerta y la abrió-. Una persona llamada Hannibal Sloat, que no sé si existe fuera de su imaginación. Y mi nombre es -lo miró sin calidez, vacilando, mientras entraba- Rachael Rosen.

-¿...de la Rosen Association? -preguntó él-. Es el mayor fabricante en todo el sistema, de los robots humanoides que se emplean en nuestro programa de colonización -una complicada expresión pasó fugazmente por su rostro y desapareció enseguida.

-No -respondió ella-. Nunca he oído hablar de ellos. No sé nada de eso. Me figuro que serán sólo fantasías de un cabeza de chorlito. John Isidore y su caja de empatía privada, pobre señor Isidore.

-Pero su nombre...

-Mi nombre es Pris Stratton -dijo la chica-. Es mi nombre de casada, el que siempre uso. Puede llamarme Pris -reflexionó-. No. Será mejor que me llame señora Stratton, porque en realidad no nos conocemos. Al menos yo no lo conozco -la puerta se cerró e Isidore se encontró solo en el pasillo oscuro y cubierto de polvo.

7

Pues bien, así será, pensó J.R. Isidore, con su blando paquete de margarina aferrado en la mano. Aunque quizá cambie de idea y me permita que la llame Pris. Y también acerca de la cena, si puedo conseguir un bote de hortalizas de antes de la guerra. «Puede ser que no sepa cocinar -se dijo de pronto-. Está bien, pero yo puedo. Prepararé la cena para los dos. Y le enseñaré, para que ella también pueda hacerlo en el futuro si lo desea. Y sin duda querrá, cuando haya aprendido. Por lo que sé, a la mayoría de las mujeres, incluso las jóvenes como ella, le agrada cocinar. Es un instinto».

Subió las escaleras oscuras y regresó a su apartamento.

«Verdaderamente ella no sabe nada», pensó mientras se ponía su blanco uniforme de trabajo. Incluso si se daba prisa llegaría tarde a su trabajo y el señor Sloat se enfadaría, pero ¿qué importaba? Por ejemplo, no había oído hablar del Amigo Buster. Eso era imposible: Buster era la persona viva más importante, a excepción, por supuesto de Wilbur Mercer... Pero Mercer no era humano, reflexionó; evidentemente se trataba de una entidad arquetípica de las estrellas, impresa en nuestra cultura por un troquel cósmico... Al menos eso es lo que he oído decir a algunas personas, al señor Sloat, por ejemplo. Y Hannibal Sloat tenía que saberlo. También era extraño que ella no hubiese podido ponerse de acuerdo acerca de su propio nombre. Quizá necesitaba ayuda. «¿Podré ayudarla de alguna manera? -se preguntó-. Un especial, un cabeza de chorlito, ¿qué puede hacer? No puedo casarme, no puedo emigrar y el polvo terminará por matarme. No tengo nada que ofrecer».

Ya vestido y listo para marcharse salió de su apartamento y subió al terrado, donde estaba el desvencijado coche aéreo.

Una hora más tarde, en el camión de la compañía, recogía el primer animal averiado del día: un gato eléctrico. Lo había dejado en la parte posterior del camión, una caja plástica a prueba de polvo. Y allí estaba jadeando en forma extraña. Cualquiera pensaría que es real, se

dijo Isidore mientras regresaba al Hospital de Animales Van Ness, esa pequeña empresa de nombre cuidadosamente simulado que apenas lograba sobrevivir en el duro y competitivo sector de la reparación de animales falsos.

El gato gemía.

«Por Dios -se dijo Isidore-. Verdaderamente, parece que se está muriendo. Quizá su batería de diez años ha sufrido un corto circuito y se le están quemando todas las conexiones». Un trabajo importante: Milt Borogrove, el encargado de reparaciones del hospital, tendría mucho que hacer. «Y yo no pude hacerle un presupuesto al propietario -recordó Isidore, preocupado-. El hombre simplemente me arrojó el animal: dijo que había empezado a fallar durante la noche, y luego se fue a trabajar». Bruscamente, el momentáneo intercambio verbal había cesado; el dueño del gato había desaparecido en el cielo, en su hermoso coche aéreo a la medida, de último modelo. Y era un cliente nuevo.

-¿Puedes aguantar hasta que lleguemos? -le dijo al gato, que seguía jadeando-. Te recargaré en el camino -Isidore, después de adoptar esta decisión, aparcó el camión aéreo en el primer terrado que vio, lo dejó con el motor en marcha, fue a la parte posterior, y abrió la caja plástica a prueba de polvo, que junto con su traje blanco y con el nombre del hospital impreso en el camión daban perfectamente la impresión de un verdadero veterinario que estaba curando a un verdadero animal.

El gato eléctrico, con su piel de estilo auténtico, echaba espuma por sus fauces metálicas apretadas, y tenía los ojos vidriosos. Siempre le habían sorprendido los circuitos de «enfermedad» que les ponían a los animales falsos: el aparato que tenía en el regazo había sido construido de tal manera que si un elemento esencial fallaba, la cosa parecía no estar rota sino orgánicamente enferma. Él mismo habría podido confundirse. Buscó en el estómago el panel oculto del control (muy pequeño en ese tipo de seudoanimal), y los terminales de carga rápida de la batería; no los encontró. Y no podía perder mucho tiempo, porque el mecanismo estaba a punto de detenerse. «Si realmente es un cortocircuito -pensó-, debería arrancar uno de los cables de la batería. Se detendrá, pero no seguirá deteriorándose. Y luego, en la tienda, Milt volverá a cargarlo».

Pasó diestramente los dedos por la columna vertebral. Allí tendrían que estar los cables, pero ni siquiera tras un minucioso examen logró descubrirlos. Una obra maestra, una imitación absolutamente perfecta. Debía de ser de Wheelright & Carpenter; eran más caros, pero estaba a la vista la calidad del trabajo.

Se dio por vencido. El falso gato había dejado de funcionar; sin duda el cortocircuito -si de eso se trataba- había agotado la reserva de energía y dañado el mecanismo básico. «Eso significaba dinero», pensó. Pero el dueño evidentemente no había procedido al lavado y engrasado preventivo, tres veces por año, que era esencial. Tal vez ahora aprendería, por las malas.

Isidore retornó al asiento del conductor, llevó los mandos a la posición de ascenso y el aparato zumbó nuevamente hacia el cielo, para continuar el viaje hasta la tienda de reparaciones.

Ya no tenía que oír el estertor del gato eléctrico, y podía relajarse. «Es curioso -pensó-; sé racionalmente que es falso, pero con todo, los ruidos que hace un animal eléctrico cuando se le quema el motor me producen un nudo en el estómago. Me gustaría conseguir otro empleo. Si no hubiera fracasado en el Test del CI no estaría obligado a cumplir esta vergonzosa tarea, con todas sus secuelas emocionales». Por otra parte, los sufrimientos sintéticos de los seudoanimales en nada afectan a Milt Borogrove ni a su jefe Hannibal Sloat. «Así que quizá sea todo cosa mía -se dijo John Isidore-. Tal vez, cuando uno retrocede en la escala de la evolución, como yo he hecho; cuando uno se hunde en el pantanoso mundo-tumba de ser un especial...», lo mejor es no preocuparse por ese tipo de inquietudes. Nada le deprimía más que las evocaciones de la capacidad mental que una vez había poseído, en comparación con su estado presente. Cada día era menos fuerte y sagaz, así como miles de otros especiales que, en toda la Tierra, se dirigían hacia el montoncito final de cenizas hasta convertirse en kippel

viviente.

En busca de compañía, encendió la radio y buscó el «Show del Amigo Buster» que, como la versión de TV, duraba veintitrés horas continuadas por día. La hora restante era ocupada por una señal religiosa de ajuste, diez minutos de silencio, y otra señal religiosa que indicaba el comienzo del programa siguiente.

-...felices de que vuelva a estar con nosotros -decía el Amigo Buster-. Veamos, Amanda: hace dos días que no vienes. ¿Has iniciado una huelga, querida?

-Vien, yo estó por hacer una velga aier, pero me iamarron a las siete...

-¿A las siete AM? -preguntó el Amigo Buster.

-Sí, a las siete «am», Vuster -Amanda Werner soltó esa famosa risa, tan falsa como la del mismo Buster.

Amanda Werner y varias otras damas extranjeras, hermosas, elegantes, de senos cónicos, provenientes de países no especificados ni bien definidos, junto con unos pocos presuntos humoristas rurales, constituían el perpetuo grupo del Amigo Buster. Las mujeres como Amanda Werner nunca aparecían en películas ni obras de teatro: vivían sus extrañas y alegres vidas como huéspedes del interminable «Show del Buster», donde aparecían unas setenta horas semanales, según lo que una vez había calculado Isidore.

¿Cómo hacía el Amigo Buster para realizar sus dos shows, el de radio y el de TV? ¿Y cómo encontraba tiempo Amanda Werner para participar día por medio en el show, mes tras mes y año tras año? ¿Cómo hacían para hablar todo el tiempo? Porque jamás se repetían. Sus réplicas, siempre nuevas e ingeniosas, no podían haber sido ensayadas. Amanda tenía el pelo, los ojos, los dientes brillantes. Nunca estaba decaída o cansada, nunca dejaba de hallar una respuesta graciosa para el tiroteo de chistes y agudezas del Amigo Buster. El «Show del Amigo Buster», transmitido y televisado a toda la Tierra vía satélite, llegaba también a los emigrantes en los planetas-colonia. Se habían hecho transmisiones de prueba a Próxima, por si la colonización humana se extendía hasta allá. Si el Salader 3 hubiese llegado a su destino, sus pasajeros habrían de encontrar ahí el «Show del Amigo Buster». Y se alegrarían.

Pero había algo de Buster que irritaba a Isidore, una cosa muy particular. De un modo sutil, casi imperceptiblemente, ridiculizaba a las cajas de empatía. Lo había hecho muchas veces, y lo estaba haciendo precisamente en ese momento.

-...Nada de rocas para mí -le decía a Amanda Werner-. Y si tengo que trepar a una montaña, me llevaré un par de botellas de cerveza Budweiser -el público se rió y aplaudió-. Y allí *en la cima*, revelaré una gran noticia cuidadosamente documentada. ¡Faltan exactamente diez horas para el informe especial!

-¿Y yo, querrido? -exclamó Amanda-. ¡Llévame consigo! Yo protejo ti si nos tirran piedra.

El público volvió a aullar de risa y John Isidore sintió una furia sorda e impotente que le subía por la nuca. ¿Por qué el Amigo Buster siempre atacaba al Mercerismo? A nadie más parecía molestarle. Hasta las Naciones Unidas aprobaban. Y eso que la policía soviética y la americana habían declarado públicamente que el Mercerismo reducía la delincuencia al tornar a los ciudadanos más conscientes de sus vecinos. Titus Corning, el Secretario General de las Naciones Unidas, había repetido varias veces: «La humanidad necesita más empatía». Quizá Buster esté celoso -pensó Isidore-. Eso sería una explicación. Wilbur Mercer y él competían. Pero, ¿por qué competían?.

Por nuestras mentes -se respondió Isidore-. Luchan por el control de nuestro yo psíquico; por una parte la caja de empatía y por otra las burlas y risotadas del Amigo Buster. Debo decirle esto a Hannibal Sloat y preguntarle si es cierto -pensó-. Él ha de saberlo.

Aparcó su camión en el terrado del Hospital de Animales Van Ness y llevó rápidamente la caja plástica con el seudogato inerte al despacho de Hannibal Sloat. Apenas entró, el señor Sloat despegó la vista de un catálogo de repuestos. Su cara gris parecía ondulada como el mar. Hannibal Sloat, aunque no era un especial, era demasiado viejo para emigrar y estaba condenado a pasar el resto de su vida en la Tierra. A lo largo de los años, el polvo radiactivo

lo había desgastado. Había tornado grises sus facciones y sus pensamientos, débiles sus piernas e incierto su andar. Veía el mundo a través de unas gafas literalmente cubiertas de polvo. Por alguna razón jamás las limpiaba, era como si estuviese resignado: se había sometido al polvo que, mucho antes, había emprendido la tarea de sepultarlo. Ya oscurecía su visión, y durante los pocos años que le restaban corrompería sus otros sentidos hasta que sólo quedara su voz de pájaro, y ella también terminaría por desaparecer.

-¿Qué es eso? -preguntó el señor Sloat.

-Un gato con un cortocircuito en la batería -respondió Isidore, depositando la caja sobre la mesa cubierta de papeles de su jefe.

-¿Y por qué me lo traes a mí? -preguntó Sloat-. Llévaselo abajo a Milt.

A pesar de lo que había dicho, Sloat abrió la caja y sacó el gato. En un tiempo se había ocupado de las reparaciones. Y por cierto que muy bien.

Isidore dijo:

-Se me ha ocurrido que el Amigo Buster y el Mercerismo están en pugna por el control de nuestro yo psíquico.

-Si es así -repuso Sloat mientras examinaba al gato-, Buster está ganando.

-Por ahora sí -dijo Isidore-, pero finalmente perderá.

Sloat alzó la cabeza y lo miró fijamente.

-¿Por qué?

-Porque Wilbur Mercer se renueva continuamente. Es eterno. En la cima de la colina cae derribado; se hunde en el mundo-tumba, y luego, inevitablemente, vuelve a elevarse. Y nosotros con él. Así que también nosotros somos eternos -se sentía bien, y hablaba claramente. Normalmente, en presencia del señor Sloat tartamudeaba.

Sloat respondió:

-Buster es inmortal, como Mercer. No hay ninguna diferencia.

-Pero ¿cómo puede ser? Si es un hombre...

-No sé -dijo Sloat-. Pero es cierto. Por supuesto, jamás han dicho nada.

-¿Será por eso entonces que Buster puede hacer cuarenta y seis horas de show por día?

-Así es -respondió Sloat.

-¿Y Amanda Werner, y las demás mujeres?

-También son inmortales.

-¿Son alguna forma superior de vida, de otro sistema?

-Nunca he podido determinarlo con seguridad -dijo el señor Sloat, que continuaba examinando al animal-, como lo he hecho de modo concluyente en el caso de Wilbur Mercer - se quitó las gafas cubiertas de polvo y miró sin ellas la boca entreabierta del gato. Luego soltó una maldición, una larga retahíla de improperios que duró, a juicio de Isidore, un minuto completo-. Este gato no es falso -dijo finalmente-. Siempre supe que podía ocurrir una cosa así. Y está muerto -miró el cadáver del gato y volvió a maldecir.

En la puerta del despacho apareció Milt Borogrove, corpulento, de piel granulada, con la sucia bata de lona azul.

-¿Qué ocurre? -preguntó. Al ver al gato, entró en el despacho y lo alzó.

-Lo acaba de traer el cabeza de chorlito -respondió Sloat. Nunca había usado esa expresión en presencia de Isidore.

-Si viviera -dijo Milt-, podríamos llevarlo a un verdadero veterinario. Me pregunto cuánto valdrá... ¿No hay un ejemplar del Sidney?

-¿Sss-ssu ss-sseg-gugugu seguro lo cucucucubre? -le preguntó Isidore al señor Sloat. Le temblaban las piernas, y sentía que la habitación se tornaba castaño oscuro con manchitas verdes.

-Sí -respondió finalmente Sloat-. Pero me duele la pérdida, la pérdida de otra criatura viviente. ¿No te diste cuenta, Isidore? ¿No veías la diferencia?

-Yo creí que era una imitación de primera -logró articular Isidore-, tan buena que me engañó. Quiero decir, que parecía vivo y que...

-No creo que Isidore pudiera ver la diferencia -dijo bonachonamente Milt-. Para él, todos están vivos, incluso los seudoanimales. Y seguramente intentó salvarlo. ¿Qué hiciste? Trataste de recargar la batería..., ¿verdad? -preguntó a Isidore-. ¿O de localizar el cortocircuito?

-Sí -admitió Isidore.

-Probablemente ya era tarde para salvarlo -agregó Milt-. Deja en paz a Isidore, Han. No le falta razón: los seudo-animales están empezando a ser casi reales, con esos circuitos de enfermedad que les ponen a los últimos modelos. Y los animales de verdad se mueren: ése es el riesgo de tener uno. Lo que sucede es que nosotros no estamos acostumbrados porque sólo nos ocupamos de los falsos.

-Una maldita pérdida -insistió Sloat.

-Pero según Mmemercer -observó Isidore-, to-toda vida retorna. Y los animales ta-también cucumplen el ciclo. Quiero decir, todos ascendemos con él, morimos y...

-Eso se lo dirás al dueño del gato -repuso Sloat.

Sin saber si su jefe hablaba seriamente, Isidore dijo:

-¿Quiere decir que yo debo hacerlo? Pero siempre se ocupa usted mismo del videófono -le tenía fobia al videófono; y hacer una llamada, sobre todo a un desconocido, le resultaba virtualmente imposible. Y el señor Sloat, naturalmente, lo sabía.

-No lo obligues -dijo Milt-. Yo lo haré. ¿Cuál es el número?

-Lo he metido en alguna parte -replicó Isidore, buscando en los bolsillos de su bata.

-Quiero que llame el cabeza de chorlito -ordenó Sloat.

-Pero no puedo usar el videófono -protestó Isidore, angustiado-. Porque soy feo, agachado, peludo, ceniciento y de dientes separados. Y, además, me siento mal a causa de la radiación. Creo que me voy a morir.

Milt sonrió y dijo:

-Creo que si yo me sintiera así tampoco usaría el videófono. Vamos, Isidore; si no me dices el número del dueño no podré llamar y tendrás que hacerlo tú.

-O llama el cabeza de chorlito, o está despedido -Sloat no se dirigía a Milt ni a Isidore, sólo miraba al frente.

-Vamos -protestó Milt.

-Nonono quiero queque me llame ca-cabeza de chor chorlito. El pol polvo le ha hecho daño a us usted también. Aunque no en el cerebro, como a mí -«estoy despedido -pensó-. No puedo hacer esa llamada». Pero entonces recordó que el dueño del gato se había marchado a trabajar. No habría nadie en la casa-. Bue-bueno, llamaré -dijo, sacando la tarjeta con el número.

-¿Ves? -le dijo el señor Sloat a Milt-. Si tiene que hacerlo, lo hace.

Sentado ante el videófono, con el receptor en la mano, Isidore llamó.

-Sí -respondió Milt-. Pero no deberías exigírselo. Y tiene razón: también a ti te ha afectado el polvo. Estás casi ciego y dentro de un par de años no oirás nada.

-Y tu cara parece alimento para perros -le recordó Sloat. En la pantalla apareció una cara de mujer centroeuropea, de aire ansioso, con el pelo atado en un rodete alto.

-¿Sí? -dijo.

-¿Ss-señora Pilsen? -dijo Isidore, presa del pánico. No había previsto que el propietario del gato pudiera tener una esposa que estaba en su casa-. Le hablo por el g-g-g-g-... -se interrumpió y se frotó el mentón para reprimir el tic-. Por su gato.

-Ah, sí. Usted se llevó a Horace -dijo la señora Pilsen-. ¿Era finalmente neumonitis? Eso es lo que pensaba el señor Pilsen.

-Su gato se murió -dijo Isidore.

-Oh, no, por Dios.

-Lo reemplazaremos. Tenemos seguro -miró al señor Sloat, que parecía estar de acuerdo-. El Director de nuestra firma, señor Hannibal Sloat, se ocupará personalmente de...

-No -objetó Sloat-. Le daremos un talón. Por el precio del Catálogo de Sidney.

-...de elegir un nuevo animal para usted -después de comenzar una conversación que no

podía soportar, tampoco podía retroceder. Lo que decía estaba dotado de una lógica intrínseca que no podía interrumpir, y que debía llegar hasta su propia conclusión. Tanto el señor Sloat como Milt Borogrove lo miraban mientras continuaba-: Por favor, dígame que clase de gato desea. El color, el sexo, el tipo, como persa, siamés, abisinio...

-Horace ha muerto -dijo la señora Pilsen.

-Padecía de neumonitis -dijo Isidore-. Murió durante el viaje al hospital. Nuestro médico jefe, el doctor Hannibal Sloat, expresó la opinión de que, dado su estado, nada habría podido salvarlo. Pero, ¿no es afortunado, señora Pilsen, que lo podamos reemplazar? ¿No cree usted?

Con lágrimas en los ojos, la señora Pilsen respondió:

-No hay otro gato como Horace. Cuando era un gatito, solía pararse y miramos como si preguntara algo. Nunca supimos cuál era la pregunta. Quizás ahora sepa la respuesta -brotaron más lágrimas-. Y finalmente a todos nos ocurrirá lo mismo.

Isidore tuvo una inspiración.

-¿No querría un duplicado exacto de su gato, eléctrico? Podríamos ofrecerle un magnífico trabajo artesanal de Wheelright & Carpenter en que cada detalle del animal desaparecido sea fielmente...

-Pero eso es terrible -protestó la señora Pilsen-. ¿Qué me dice usted? No se lo proponga a mi esposo; si Ed se enterara se enfurecería. Amaba a Horace más que a cualquier otro gato de los que ha tenido, y ha tenido gatos desde su infancia...

Cogiendo el videófono, Milt dijo:

-Podemos entregarle un talón por la cantidad estipulada en el Catálogo de Sidney, o como ha sugerido el señor Isidore, elegir un gato nuevo para usted. Lamentamos mucho la muerte de su gato, pero como le ha dicho el señor Isidore, el animal tenía neumonitis, que es casi siempre fatal -su tono era profesional. De los tres miembros del Hospital de Animales Van Ness, Milt era el mejor cuando de llamadas videofónicas se trataba.

-No me atreveré a contárselo a mi marido -respondió la señora Pilsen.

-Muy bien, señora -dijo Milt, con un mohín-. Nosotros lo llamaremos. ¿Quiere decirme el número de su despacho? -buscó papel y un bolígrafo, que el señor Sloat le alcanzó.

-Escuche -dijo la señora Pilsen, que parecía más compuesta-. Tal vez el otro señor tuviera razón. Tal vez debería pedir un sustituto eléctrico de Horace. Pero Ed no debería saberlo nunca. ¿Es posible una reproducción tan fiel que mi marido no se de cuenta?

-Si usted lo desea -respondió Milt, dudando-. Pero según nuestra experiencia, el propietario del animal nunca se engaña. Observadores casuales, como los vecinos, sí; pero si uno se acerca mucho a un animal falso...

-Ed nunca se acercaba físicamente a Horace, aunque lo quería. Yo me he ocupado siempre de todas las necesidades materiales de Horace, incluso de su caja de arena. Creo que me gustaría hacer la prueba con un animal falso. Si eso no diera resultado, pediría un gato verdadero... No quiero que mi esposo se entere, no podría soportarlo. Por eso no se acercaba nunca a Horace. Le daba miedo. Y cuando se enfermó, de neumonitis, como me han dicho, Ed se aterrorizó. Simplemente, no quería reconocer el hecho. Por eso esperamos tanto antes de llamar. Demasiado... Y yo lo sabía..., antes de que me llamaran. Lo sabía -ahora sus lágrimas estaban dominadas-. ¿Cuánto tiempo le llevaría?

-Podríamos tenerlo listo en diez días -calculó Milt-. Se lo entregaremos de día, mientras su marido está en el trabajo.

Se despidió, colgó, y luego le dijo al señor Sloat:

-El marido se dará cuenta en cinco segundos. Pero eso es lo que ella quiere.

-Los propietarios de animales, cuando los quieren -observó sombríamente el señor Sloat - quedan destrozados en estos casos. Me alegro de no tener nada que ver con animales reales. ¿Comprendéis que los veterinarios se vean obligados a hacer llamados como éste todo el tiempo? -miró a John Isidore-. Después de todo, en algunos aspectos no eres tan estúpido. Has llevado el asunto bastante bien. Aunque Milt tuviera que intervenir.

-Lo estaba haciendo muy bien -dijo Milt-. Ha sido terrible, por Dios -recogió el cadáver de

Horace-. Lo llevaré abajo. Han, llama a Wheelright & Carpenter y haz que venga el constructor a fotografiarlo y tomar las medidas. No les permitiré que se lo lleven a su taller; quiero comparar personalmente el resultado.

-Será mejor que llame Isidore -resolvió el señor Sloat-. Él empezó con este asunto. Si pudo arreglarse con la señora Pilsen podrá también tratar con Wheelright & Carpenter.

-Haz que no se lleven el cuerpo original -dijo Milt, alzando a Horace-. Querrán hacerlo porque les facilitaría la tarea. Tendrás que ser firme.

-Está bien -respondió Isidore, parpadeando-. Quizá será mejor que llame ahora mismo, antes de que empiece a decaer. ¿No decaen, o algo así, los cuerpos muertos?

Estaba feliz.

8

Después de aparcar el veloz coche aéreo del departamento en el terrado de la Corte de Justicia de San Francisco, en la calle Lombard, el cazador de bonificaciones Rick Deckard, con su cartera en la mano, bajó al despacho de Harry Bryant.

-Vuelve usted muy pronto -dijo su jefe, echándose atrás en su sillón y cogiendo una pizca de rapé Specific Nº 1.

-He logrado hacer lo que usted me ha pedido -Rick se sentó ante la mesa y en ella puso la cartera. «Estoy cansado» se dijo; ya de regreso, la fatiga había caído sobre él. Se preguntó si podría recobrarse para afrontar la tarea que le aguardaba-. ¿Cómo está Dave? ¿Podré hablar con él? Querría hacerlo antes de empezar con los andrillos.

-Antes tendrá que ocuparse de Polokov, el que disparó contra Dave. Conviene hacerlo ahora mismo, porque sabe que lo estamos siguiendo.

-¿Antes de hablar con Dave?

Bryant cogió una hoja de papel muy fino, una borrosa tercera o cuarta copia.

-Polokov ha conseguido un empleo oficial como recolector de basuras.

-¿Pero no son solamente los especiales quienes hacen ese tipo de trabajo?

-Polokov imita a un especial muy deteriorado. Eso engañó a Dave. Creo que Polokov es tan parecido a un cabeza de chorlito que por eso Dave no lo tomó en consideración. ¿Está usted seguro del Test de Voigt-Kampff? ¿Le consta absolutamente, por lo ocurrido en Seattle, que...

-Sí -respondió Rick, sin dar más explicaciones.

-Acepto su palabra -dijo Bryant-. Pero no debe haber el menor error.

-Como siempre en la caza de andrillos. Este caso no es distinto.

-El Nexus-6 es distinto.

-Ya he conocido uno -dijo Rick-. Y Dave ya ha visto a dos. Tres, si contamos a Polokov. Está bien. Retiraré hoy a Polokov, y quizás esta noche o mañana hable con Dave.

Cogió la copia borrosa, el informe sobre el androide Polokov.

-Otra cosa -agregó Bryant-. Un policía soviético de la WPO viene hacia aquí. Llamó mientras usted estaba en Seattle; viaja en un cohete de Aeroflot que ha de llegar dentro de una hora. Su nombre es Sandor Kadalyi.

-¿Qué quiere? -los policías de la WPO no venían con frecuencia a San Francisco.

-La WPO está bastante interesada en los nuevos modelos Nexus-6, tanto como para enviar un observador. Además, si es que puede, le ayudará. Usted decidirá si acepta o no su ayuda, y en qué momento. Yo ya le he dado permiso.

-¿Y la bonificación? -preguntó Rick.

-No tendrá usted que dividirla -respondió Bryant, con una sonrisa arrugada.

-No me parecería justo -Rick no tenía la menor intención de compartir sus ganancias con un bandido de la WPO. Estudió el informe sobre Polokov: daba una descripción del hombre (del andrillo) y el nombre y dirección de la empresa en que trabajaba: la Bay Area Scavengers

Librodot

Company, de Geary.

-¿Prefiere esperar al policía soviético antes de retirar a Polokov? -preguntó Bryant.

-Siempre he trabajado solo -respondió Rick, irritado-. Por supuesto, la decisión es suya y haré lo que me diga. Pero me gustaría coger ahora mismo a Polokov, sin esperar a Kadalyi.

-Adelante, entonces -aprobó Bryant-. Podrá trabajar con Kadalyi en el caso siguiente, un tal Luba Luft... Aquí está el informe.

Rick guardó los papeles en su cartera, abandonó el despacho de su jefe y regresó al terrado, donde estaba aparcado su coche aéreo.

«Ahora -se dijo-, a visitar al señor Polokov».

Acarició su tubo láser y subió.

Como primer paso en su cacería del androide Polokov, Rick descendió en la Bay Area Scavengers Company.

-Estoy buscando a uno de sus empleados -dijo a la mujer, severa y de pelo gris, que atendía la recepción.

El edificio le impresionó: era grande, moderno, y en su interior trabajaba gran cantidad de personal administrativo de alta categoría. Las gruesas alfombras y los costosos escritorios de auténtica madera le recordaron que la recogida y eliminación de basura era, después de la guerra, una de las industrias más importantes. Todo el planeta había empezado a desintegrarse, y para mantenerlo habitable era preciso limpiarlo de vez en cuando, o bien, como solía decir el Amigo Buster, la Tierra desaparecería bajo una capa de kippel, y no de polvo radiactivo..., como sería de esperar.

-El señor Ackers es el jefe de personal -dijo la mujer de la recepción, indicándole un impresionante escritorio de roble (aunque de imitación), donde un individuo pequeño, estirado, de gafas, aparecía hundido entre pilas de papeles.

Rick presentó al jefe de personal su carnet policial.

-¿Dónde se encuentra en este momento el empleado Polokov? ¿En su casa o en el trabajo?

Después de consultar de mala gana sus registros, el señor Ackers respondió:

-Polokov debe de estar trabajando en este momento. Se ocupa de prensar viejos coches aéreos en nuestra desguazadora de Daly City, y de arrojar los restos a la bahía. Sin embargo... -el hombre consultó otro documento, cogió el videófono y llamó a otra persona del edificio-. Entonces, no está -dijo, después de una breve consulta; y dirigiéndose a Rick, agregó-: Polokov no ha venido hoy, ni ha dado aviso. ¿Qué ha hecho?

-Si aparece -ordenó Rick-, no le diga que he estado aquí. ¿Comprendido?

-Sí -dijo Ackers, resentido porque sus profundos conocimientos en materia policial no eran demasiado apreciados.

Con el coche aéreo del departamento, Rick se dirigió luego a la casa de Polokov, en el Tenderloin. «Nunca lo cogeremos -pensó-. Los dos -Bryant y Holden- han perdido tiempo. En lugar de enviarme a Seattle, Bryant debió de haberme ordenado que persiguiera a Polokov. Anoche mismo, apenas Dave fue herido».

«Qué lugar inmundo», se dijo mientras se dirigía por el terrado hacia el ascensor. Corrales abandonados, cubiertos por una capa de polvo de meses. En una jaula, un seudoanimal, una gallina que no funcionaba... El ascensor descendió hasta el piso de Polokov, halló el pasillo sin luz, como una galería subterránea. Utilizando su linterna policial sellada, de energía A, iluminó el lugar y releyó su copia al carbón. A Polokov se le había hecho el Test de Voigt-Kampff; por lo tanto, podía ahorrarse ese punto y abocarse directamente a la tarea de destruirlo.

Lo mejor era atacar desde fuera, resolvió. Abrió su equipo de armas, sacó un transmisor nodireccional de ondas Penfield, y marcó el código de catalepsia protegiéndose contra la emanación de ánimo correspondiente por medio de una contratransmisión dirigida a sí mismo.

«Ahora deben estar todos congelados -se dijo mientras cerraba el transmisor-, todos los humanos y andrillos que se encuentren cerca. No corre el menor peligro. Sólo debo entrar y

atacar con el láser. Suponiendo, desde luego, que esté en casa, lo cual no es probable».

Con una llave infinita, capaz de analizar y abrir todas las cerraduras conocidas, entró en el apartamento de Polokov, con su arma láser en la mano.

Polokov no estaba. Solamente muebles semiarruinados, un lugar habitado por la decadencia y el kippel. No había artículos personales: sólo los restos sin dueño heredados por Polokov al instalarse, y legados a su partida al próximo ocupante, si lo había.

«Era obvio -se dijo-. La primera bonificación de mil dólares se había esfumado; Polokov estaría ahora en el círculo antártico, fuera de su jurisdicción, y otro cazador de bonificaciones de otra agencia policial se ocuparía de retirarlo y de recibir el dinero».

«Habrá que continuar con los androides que no estén sobre aviso, como Luba Luft».

De regreso en el terrado, llamó desde el coche aéreo a Harry Bryant.

-No tuve suerte con Polokov. Probablemente, se ha marchado después de atacar a Dave -consultó su reloj-. ¿Quiere que busque a Kadalyi en el aeropuerto? Ganaré tiempo, y estoy ansioso por comenzar con la señorita Luft -ya tenía el informe a la vista, y empezaba a estudiarlo.

-Buena idea -respondió Bryant-. Sólo que el señor Kadalyi ya está aquí. El cohete de Aeroflot llegó temprano, como de costumbre, según Kadalyi. Un momento -hubo un diálogo invisible-. Dice que irá a buscarlo a donde usted se encuentra ahora -agregó Bryant cuando reapareció en la pantalla-. Mientras tanto, infórmese sobre la señorita Luft.

-Cantante de ópera, procedente de Alemania, al parecer. Actualmente pertenece a la ópera de San Francisco -asintió reflexivamente, abstraído en el informe-. Debe tener buena voz, para haber conseguido una conexión tan rápida. Está bien, esperaré aquí a Kadalyi -dio su situación a Bryant y cortó.

«Me presentaré como un amante de la ópera -resolvió Rick-. Me encantaría verla como Doña Ana en *Don Giovanni*. Tengo en mi colección registros de antiguas divas como Elisabeth Schwarzkopf, Lotte Lehmann y Lisa della Casa; eso me dará tema mientras preparo el equipo Voigt-Kampff».

Sonó el videófono del coche y cogió la llamada. La telefonista policial dijo:

-Señor Deckard, hay una llamada de Seattle para usted. El señor Bryant me pidió que se la pasara. Es de la Rosen Association.

-Está bien -respondió Rick. ¿Qué querrán? Hasta el momento, de los Rosen, sólo malas noticias. Y nada hacía presumir que eso cambiaría en adelante, sea como fuese lo que le propusieran.

En la pequeña pantalla apareció la cara de Rachael Rosen.

-Hola, agente Deckard -el tono parecía conciliatorio, lo cual le llamó la atención-. ¿Está ocupado o podemos hablar?

-Continúe.

-En la compañía hemos estado pensando en usted y en los modelos Nexus-6 fugitivos. Creemos que tendría usted mejores probabilidades si uno de nosotros, que los conocemos bien, trabajara con usted.

-¿De qué manera?

-Pues, si le acompañara durante la persecución.

-¿Por qué? ¿Qué cambiaría con eso?

-Un Nexus-6 se asustaría si un ser humano se acercara -dijo Rachael-. Pero si fuera otro Nexus-6...

-Se refiere usted a sí misma, ¿no?

-Sí -asintió ella, gravemente.

-Ya tengo suficiente ayuda.

-Pero de verdad, creo que me necesita.

-Lo dudo. Lo pensaré y volveré a llamarla.

«En algún momento remoto e indeterminado -se dijo-. O quizá nunca. Eso es lo que me faltaba: Rachael Rosen brotando del polvo de cada paso».

-No piensa hacerlo -replicó Rachael-. No me llamará. Y no comprende todo lo eficiente que es un Nexus-6 ilegal y fugitivo. Usted solo no podrá. Y nosotros pensamos que se lo debemos a causa de... usted sabe..., de lo que hicimos.

-Tendré en cuenta el consejo -se dispuso a cortar.

-Sin mí -agregó Rachael-, uno de ellos se le adelantará.

-Adiós -dijo Rick, y colgó. ¿Adónde hemos llegado? ¿Es posible que un androide le ofrezca ayuda a un cazador de bonificaciones? Llamó a la telefonista policial.

-No me pase más comunicaciones de Seattle -ordenó.

-Está bien, señor Deckard. ¿Ha llegado el señor Kadalyi?

-Aún lo estoy esperando. Y será mejor que se dé prisa, no pienso estar mucho tiempo aquí...

Colgó, y mientras continuaba su lectura del informe sobre Luba Luft, un taxi aéreo descendió en el terrado a pocos metros. Descendió un hombre de cara roja y angelical, de unos cincuenta y tantos años, con un pesado e imponente abrigo ruso. Se acercó con la mano tendida.

-¿El señor Deckard? -preguntó con acento eslavo-. ¿El cazador de bonificaciones del departamento de policía de San Francisco? -el taxi se elevó y el ruso lo miró partir, con aire ausente-. Yo soy Sandor Kadalyi- se presentó, al tiempo que abría la puerta para sentarse al lado de Rick.

Mientras ambos cambiaban un apretón de manos, Rick advirtió que el representante de la WPO llevaba un tipo de arma láser que jamás había visto hasta ese momento.

-Ah, ¿esto? -dijo Kadalyi-. Interesante, ¿verdad? -la extrajo de la funda-. Lo conseguí en Marte.

-Pensé que ya conocía todas las armas cortas -se lamentó Rick-. Incluso las fabricadas en las colonias.

-Esta la hacemos nosotros -dijo Kadalyi, resplandeciente como un Santa Claus eslavo, con su cara rubicunda llena de orgullo-. ¿Le gusta? La única diferencia funcional es que... Tome, examínela.

Le entregó el arma a Rick, que la estudió con la pericia de años de experiencia.

-¿Cuál es la diferencia? -preguntó Rick, con un marcado interés.

-Apriete el gatillo.

Apuntando hacia fuera, por la ventanilla, Rick lo hizo. No ocurrió nada. Sorprendido, miró a Kadalyi.

-El circuito disparador no está en el arma -explicó alegremente el ruso-. Lo tengo conmigo, ¿ve? -abrió la mano y dejó ver una minúscula unidad-. Y, además, puedo dirigir el rayo, dentro de ciertos límites, aunque el arma apunte a otro lado.

-Usted no es Polokov, sino Kadalyi -dijo Rick.

-¿No será al revés? Parece usted confundido...

-Quiero decir que usted es Polokov, el androide, y no un hombre de la policía soviética -Rick oprimió con el pie el botón de emergencia que había en el suelo del coche.

-¿Por qué no funciona mi tubo láser? -preguntaba Kadalyi-Polokov mientras oprimía reiteradamente el aparato miniaturizado de disparo y puntería que tenía en la palma de la mano.

-Por la onda sinusoidal -explicó Rick-. Una onda sinusoidal desfasa el rayo láser y lo convierte en luz ordinaria.

-Entonces tendré que romperle el cuello -el androide soltó el aparato y se lanzó contra Rick, gruñendo.

Mientras las manos del androide buscaban su garganta, Rick disparó desde la pistolera su revólver de reglamento de estilo antiguo; la bala de calibre 38 magnum atravesó la cabeza de Polokov y destrozó su caja cerebral. La unidad Nexus-6 voló hecha añicos, causando una furiosa corriente de aire en el interior del coche: Rick se vio rodeado de un torbellino de minúsculos elementos y polvo radiactivo. Los restos del androide retirado cayeron hacia atrás,

rebotaron en la puerta, lo golpearon y Rick tuvo que luchar para quitarse de encima el cuerpo, que se sacudía con movimientos espasmódicos. Tembloroso, llamó por fin a la Corte de Justicia.

-Deseo elevar un informe. Avise a Harry Bryant que he retirado a Polokov.

-El señor Bryant sabrá de qué se trata, ¿verdad?

-Sí.

Rick cortó la comunicación. Por Dios, había faltado poco. «Ante la advertencia de Rachael Rosen, pasé al otro extremo. Me descuidé y el androide casi termina conmigo -se dijo, recapitulando-. Pero he vencido». Sus glándulas adrenales dejaron gradualmente de secretar en el torrente sanguíneo; sus latidos ya retornaban a la normalidad, así como su respiración. Pero aún temblaba.

«De cualquier modo -se recordó-, acabo de ganar mil dólares. Valía la pena. Y he reaccionado con mayor velocidad que Dave Holden. Aunque, naturalmente, estaba preparado por lo que le había ocurrido a él. Dave, debo admitirlo, no tuvo ningún aviso».

Nuevamente cogió el videófono y llamó a su casa, a Iran. Logró encender un cigarrillo: el temblor había empezado a desvanecerse.

La cara de su mujer, agotada por las seis horas de depresión culposa que se había programado, apareció en la pantalla.

-Oh, hola, Rick.

-¿Qué ocurrió con el 594 que marqué antes de salir..., reconocimiento satisfecho de...?

-Volvía discar apenas te marchaste. ¿Qué quieres? -su voz se convirtió en un monótono ronroneo abatido-. Estoy tan cansada... No me quedan esperanzas; ni en nuestro matrimonio ni en ti, que en cualquier momento puedes ser víctima de un andrillo... ¿Qué quieres decirme, Rick? ¿...que te ha disparado un andrillo? -en el fondo se oía, borrando casi las palabras de Iran, la barahúnda del Amigo Buster.

Rick veía el movimiento de los labios de Iran, pero oía solamente la TV.

-Escucha -dijo-. ¿Me oyes? Tengo una misión: un nuevo tipo de androide que nadie más puede manejar. Ya he retirado uno, lo que significa mil dólares para empezar. ¿Sabes lo que nos compraremos?

Iran lo miró sin verlo.

-Ah -dijo.

-Aún no te lo he dicho -esta vez su depresión era tanta que ni siquiera podía oír, era como hablar en el vacío-. Te veré por la noche -concluyó amargamente Rick, y dejó caer con violencia el receptor. «Maldito sea -se dijo-. ¿De qué sirve que arriesgue mi vida? No le importa que tengamos o no un avestruz. Nada le interesa. Habría sido mejor que nos separáramos hace dos años, cuando lo habíamos resuelto. Y todavía estoy a tiempo».

Se inclinó, recogió los papeles caídos, incluido el informe sobre Luba Luft. «No tengo apoyo -pensó-. La mayoría de los androides que he conocido tenían más deseo de vivir que mi esposa. Iran no tiene nada que ofrecerme».

Eso le hizo recordar a Rachael Rosen. Su advertencia acerca de los Nexus-6 era justificada. Si no le interesaba la bonificación, quizá podría aceptar su ofrecimiento.

El encuentro con Kadalyi-Polokov había modificado decisivamente sus puntos de vista.

Rick encendió el motor del coche aéreo y se elevó rápidamente en dirección a la ópera, construida en memoria de la guerra, donde, según las notas de Dave Holden, podía encontrar a esa hora a Luba Luft.

Se preguntó cómo sería. Ciertos androides femeninos no le disgustaban: en varios casos se había sentido atraído físicamente. Era una sensación curiosa la de saber intelectualmente que eran máquinas, y experimentar, sin embargo, reacciones emocionales.

¿Y Rachael Rosen? «No, es demasiado delgada -pensó-. No está bien desarrollada, no tiene senos. Una figura como la de un chico, lisa y suave. Podía encontrar algo mejor». ¿Cuántos años tenía Luba Luft según el informe? Alzó los arrugados folios y buscó «edad»: veintiocho años, decía el informe, que también agregaba como aclaración, «en apariencia»; no había otra

Librodot

forma de juzgar a los androides.

«Es una suerte saber algo de ópera -reflexionó Rick-. Esa es otra ventaja que tengo sobre Dave; sentir más interés por la cultura».

«Probaré con otro andrillo antes de pedir ayuda a Rachael -decidió-. Si la señorita Luft resulta demasiado competente...». Pero tenía la intuición de que no sería así. El más peligroso era Polokov. Los demás, sin saber que alguien los perseguía, se derrumbarían uno tras otro. Mientras descendía hacia el amplio y adornado terrado de la ópera cantó en voz alta un potpourri de arias con palabras seudoitalianas improvisadas en el momento. Incluso sin un órgano de ánimos Penfield a mano su espíritu estaba lleno de optimismo, de ávida y jubilosa anticipación.

9

En el inmenso vientre de ballena de piedra y metal que era el interior de la ópera, Rick Deckard veía que se estaba desarrollando un ensayo ruidoso, resonante y no del todo logrado. Inmediatamente reconoció la música: *La flauta mágica*, de Mozart. Las últimas escenas del primer acto. Los esclavos, es decir el coro, se habían adelantado un compás, estropeando así el ritmo sencillo de las campanas milagrosas.

Un placer. Le encantaba *La flauta mágica*. Se sentó en una butaca de la platea (nadie parecía reparar en él) y se instaló allí cómodamente. En ese momento, Papageno, con su fantástica pelliza de plumas, se unía a Pamina para cantar un dúo que a Rick le llenaba los ojos de lágrimas cada vez que lo evocaba.

Könnte jeder brave Mann
solche Glöckchen finden,
seine Feinde würden dann
ohne Mühe schwinden.

En la vida real, pensaba Rick, no hay campanillas mágicas como ésas para hacer que el enemigo desapareciera sin el menor esfuerzo. Era una lástima.

Mozart había muerto poco después de terminar *La flauta mágica*, a causa de una enfermedad renal. Y había sido enterrado en la fosa común, sin identificación.

Al recordarlo, se preguntó si Mozart habría tenido la intuición de que el futuro no existía, de que ya había utilizado todo su breve tiempo. «Quizá también yo lo haya hecho -pensó Rick mientras contemplaba el ensayo-. Este ensayo terminará, la representación también, los cantantes morirán y finalmente la última partitura de la música será destruida de un modo u otro, el nombre de Mozart se desvanecerá y el polvo habrá vencido, si no en este planeta en otro cualquiera. Sólo podemos escapar por un rato. Y los andrillos pueden escapar de mí, y sobrevivir un rato más. Pero los alcanzaré, o lo hará algún otro cazador de bonificaciones. En cierto modo, observó, yo soy una parte del proceso de destrucción entrópica de las formas. La Rosen Association crea y yo destruyo. O al menos, eso debe parecerle a los androides».

En el escenario, Papageno y Pamina dialogaban; interrumpió sus reflexiones para escuchar.

Papageno: *Hija mía, ¿qué debemos decir ahora?*
Pamina: *La verdad. Eso es lo que diremos.*

Rick se inclinó hacia delante y estudió a Pamina. Un pesado manto la envolvía, y el velo que caía de su tocado cubría su cara y sus hombros. Volvió a examinar el informe y se echó atrás, satisfecho. «Este es el tercer androide Nexus-6 que veo -pensó-: Luba Luft». El sentimiento que exige su rol parece levemente irónico. Un androide fugitivo puede parecer una mujer vital, activa y hermosa; pero difícilmente puede decir la verdad acerca de sí mismo.

Librodot

Luba Luft cantaba, y a Rick le asombró la calidad de su voz. Estaba a la altura de las mejores de su colección de antiguos registros. No se podía negar que la Rosen Association la había construido maravillosamente. Y una vez más se vio a sí mismo *Sub Especie Aeternitatis* como un destructor de formas obligado a actuar por lo que allí oía y veía. «Tal vez soy tanto más necesario cuanto mejor cantante sea -se dijo-, cuanto mejor funcione. Si los androides se hubiesen mantenido en el nivel discreto del antiguo Q-40, de Derain Associates, por ejemplo, entonces no habría ningún problema ni sería necesaria mi habilidad. Me pregunto cuándo atacaré. Lo antes posible, supongo. Al final del ensayo, cuando ella vuelva a su camarín».

El ensayo quedó interrumpido al final del primer acto. El director dijo en inglés, francés y alemán que continuarían una hora y media más tarde, y se marchó. Los músicos abandonaron sus instrumentos y también salieron. Rick se puso de pie y se dirigió a los camarines por detrás del escenario, siguiendo a los últimos miembros del elenco, y tomándose tiempo para reflexionar. «Lo mejor es resolverlo de inmediato -se dijo-. Me demoraré lo menos posible en hablar con ella y aplicarle el test. Apenas esté seguro...». Pero, técnicamente, no podía estar seguro mientras no hiciera el test. Dave podía haberse equivocado. Ojalá. Pero lo dudaba. Su sentido profesional le decía que estaba en lo cierto. Y en los años que llevaba en el departamento jamás había cometido un error...

Detuvo a un comparsa y le preguntó por el camarín de la señorita Luft. El hombre, maquillado y vestido como un lancero egipcio, se lo indicó. Rick llegó a la puerta señalada y vio una tarjeta escrita con tinta que ponía: MISS LUFT. PRIVATE. Golpeó.

-Adelante.

Entró. La muchacha estaba sentada ante su tocador, con una usada partitura abierta sobre las rodillas haciendo señales aquí y allá con un bolígrafo. Todavía conservaba su maquillaje y su ropa, excepto su toca, colocada en una percha.

-¿Sí? -dijo ella, alzando la vista. La pintura facial agrandaba sus ojos; castaños, enormes, se clavaron en él sin vacilar-. Estoy trabajando, como usted puede ver -su inglés no tenía el menor acento extranjero.

-Usted es superior a la Schwarzkopf -dijo Rick.

-Y usted, ¿quién es? -su tono expresaba una fría reserva, y también ese otro frío que había encontrado en tantos androides. Siempre lo mismo. Un intelecto maravilloso, la capacidad de hacer muchas cosas, pero también esa frialdad. Lo lamentaba. Y, sin embargo, sin ella no le habría sido posible rastrearlos.

-Pertenezco al departamento de policía de San Francisco -respondió.

-¿Sí? ¿Y qué desea aquí? -los intensos ojos no parpadearon en la respuesta. La voz, curiosamente, parecía cortés. Rick se sentó en una silla y abrió su cartera.

-He venido a hacerle un Test de Perfil de Personalidad. No llevará más de unos minutos.

-¿Es necesario? -señaló su partitura-. Tengo mucho que hacer -comenzaba a mostrarse aprensiva.

-Es necesario -Rick extrajo los instrumentos de Voigt-Kampff y empezó a prepararlos.

-¿Un Test de CI?

-No. De Empatía.

-Tengo que ponerme las gafas -se movió para abrir una gaveta de su tocador.

-Si puede anotar su partitura sin las gafas también puede hacer sin ellas el test. Le mostraré algunas figuras y le haré unas preguntas. Mientras tanto... -se puso de pie, se acercó a ella e inclinándose, ajustó el disco adhesivo de malla metálica sensible a su mejilla-. Y esta luz -agregó, ajustando el ángulo del haz de luz-, y ya está.

-¿Cree que soy una androide? ¿Es por eso? -su voz parecía desvanecida-. No lo soy. Jamás he estado en Marte, jamás he visto siquiera un androide -sus pestañas alargadas temblaron involuntariamente; él advirtió que trataba de mostrarse tranquila-. ¿Ha recibido usted la información de que hay un androide en el elenco? Me gustaría ayudarle. Si fuera una androide no querría hacerlo.

-A un androide no le importa lo que le ocurra a otro androide -respondió él-. Esa es una de

las señales que buscamos.

-Entonces -dijo la Luft-, usted debe ser un androide.

Eso lo detuvo. La miró.

-Puesto que su trabajo consiste en matarlos, ¿no es verdad? Es usted lo que llaman... -trató de recordar.

-Un cazador de bonificaciones. Pero no un androide.

-Y el test que quiere aplicarme -dijo, recuperando la voz-, ¿se lo han hecho a usted?

-Sí. Hace mucho, mucho tiempo. Cuando empecé a trabajar en el departamento.

-Podría ser una falsa memoria. ¿No se implantan, a veces, falsas memorias en los androides?

-Mis superiores conocen mi test -dijo Rick-. Es obligatorio.

-Pero quizás había una persona que se le parecía, y de algún modo usted lo mató y ocupó su lugar. Y sus jefes no tendrían por qué saberlo -sonrió, como invitándolo a estar de acuerdo.

-Continuemos con el test -dijo él, sacando los folios de preguntas.

-Haré el test -dijo Luba Luft-, si antes lo hace usted.

Nuevamente la miró. Se detuvo en seco.

-¿No sería eso más justo? -preguntó ella-. Así también yo estaría segura de usted. No sé. Me parece un hombre tan duro y extraño... -se estremeció y volvió a sonreír, con esperanza.

-No podría usted hacerme el Test de Voigt-Kampff; exige una experiencia considerable. Ahora escuche atentamente. Las preguntas se refieren a situaciones sociales en que usted podría verse; deseo que me conteste usted qué haría en ese caso. Y que la respuesta sea lo más rápida posible. Uno de los factores que tenemos en cuenta es la demora, cuando la hay -eligió la pregunta inicial-. Está usted mirando la TV y repentinamente descubre que una avispa trepa por su brazo -miró el reloj para contar los segundos, y también los medidores gemelos.

-¿Qué es una avispa? -preguntó Luba Luft.

-Un bicho volador que pica.

-¡Qué extraño! -sus ojos inmensos se llenaron de reconocimiento infantil, como si le hubieran revelado el misterio cardinal de la creación-. ¿Todavía existen? Jamás he visto una.

-Murieron a causa del polvo. ¿No sabe, realmente, qué es una avispa? Sin embargo, usted nació cuando todavía había avispas; sólo desaparecieron en...

-Dígame cómo se llaman en alemán.

Trató en vano de recordar la palabra, y dijo irritado:

-Su inglés es perfecto.

-Mi acento es perfecto -corrigió ella-. Es necesario; de otro modo no podría cantar Purcell, Walton o Vaughan Williams. Pero mi vocabulario no es muy extenso -miró a Rick con modestia.

-*Wespe* -recordó él, de repente.

-*Ach,* sí, *eine Wespe* -se rió-. Pero, ¿cuál era la pregunta?

-Probaremos con otra -era imposible obtener una respuesta significativa-. Usted ve una vieja película, anterior a la guerra, en la TV. El entrante -omitió la primera parte- consiste en perro cocido, relleno de arroz.

-Nadie mataría ni comería un perro -dijo Luba Luft-. Valen una fortuna. Pero sería un perro de imitación, un *ersatz*, ¿verdad? Aunque entonces estaría hecho de cables y motores y no se podría comer.

-Antes de la guerra -subrayó él.

-Pero yo no había nacido.

-Ha visto viejas películas en TV.

-¿Esa estaba filmada en las Filipinas?

-¿Por qué?

-La gente comía perro cocido relleno de arroz en las Filipinas. Recuerdo haberlo leído.

-Pero su respuesta -insistió Rick-. Quiero su reacción social, emocional, moral...

-¿A la película? -Luba reflexionó-. Cambiaría de programa y vería el del Amigo Buster.

-¿Por qué?

-¿A quién puede interesarle una vieja película filmada en las Filipinas? -dijo ella vivamente-. Sólo una cosa recuerdo que haya ocurrido allá: la Marcha de Bataán. ¿Vería usted eso? -lo miró irritada; las agujas giraban en todas direcciones.

Después de una pausa, él dijo cuidadosamente:

-Ha alquilado una casita en la montaña.

-*Ja*. Continúe. Estoy esperando.

-La zona es todavía exuberante.

-¿Cómo? -ahuecó la mano en torno del oído-. Perdón, no conozco el término.

-Todavía crecen árboles y arbustos. La casita es de nudosos troncos de pino y hay un gran hogar. Alguien ha colgado viejos mapas en las paredes, grabados por Currier e Ives. Encima del hogar hay una cabeza de ciervo con grandes astas. La gente que la acompaña admira el ambiente y...

-No comprendo «Currier», «Ives» ni «ambiente» -respondió Luba Luft, que parecía esforzarse por localizar las palabras-. Un momento -alzó la mano, con gravedad-. Con arroz, como el perro... Currier es lo que hace, del arroz, arroz con currier... Pero se dice *curry* en alemán.

Rick no podía determinar si la niebla semántica de Luba Luft era deliberada. Después de consultarlo consigo mismo decidió intentar un nuevo punto del cuestionario. ¿Qué otra cosa podía hacer?

-Ha salido con un hombre que la invita a visitar su casa. Una vez allí...

-Oh, *nein* -estalló Luba-. Jamás iría. Eso es fácil de responder.

-¡Pero no es ésa la pregunta!

-¿Se ha equivocado de pregunta? ¡Si ésa yo la comprendía...! ¿Por qué cuando yo comprendo una pregunta dice usted que ésa no es? ¿Acaso se trata de que yo no comprenda? -agitada, nerviosa, se frotó la mejilla y arrancó el disco adhesivo, que cayó al suelo, rodó y se metió debajo del tocador-. *Ach Gott* -murmuró, inclinándose para recogerlo.

Se oyó un ruido de tela rasgada, su elaborado traje...

-Yo lo buscaré -dijo Rick. La ayudó a incorporarse, y se arrodilló. Hurgaba a ciegas debajo del mueble, y por fin sus dedos encontraron el disco. Cuando se puso de pie, estaba frente a un tubo láser.

-Sus preguntas estaban empezando a referirse al sexo -dijo Luba Luft en voz frágil y formal-. Ya lo veía venir. Usted no es un policía; es un maniático sexual.

-Puede mirar mi carnet -llevó la mano al bolsillo de la chaqueta; era una mano temblorosa, como cuando había enfrentado a Polokov.

-Si toca el bolsillo lo mataré -dijo Luba Luft.

-Lo hará de todos modos -se preguntó qué habría ocurrido si hubiera esperado a que Rachael Rosen se reuniera con él. Pero de nada valía pensar en eso ahora.

-Quiero ver el resto del cuestionario -ella tendió la mano y él, de mala gana, le alcanzó los folios-. «Encuentra en una revista la foto a página entera y a todo color de una chica desnuda». Está bien claro. «Ha quedado usted embarazada de un hombre que le ha prometido casamiento. El hombre se marcha con otra mujer, su mejor amiga. Usted aborta». La intención de su cuestionario es obvia. Voy a llamar a la policía.

Sin dejar de apuntarle con el tubo láser, atravesó la habitación, cogió el videófono y pidió a la operadora:

-Llame al departamento de policía de San Francisco. Necesito que venga un agente.

-Ha tenido usted una excelente idea -dijo Rick, con alivio. Sin embargo, le parecía extraño que Luba hubiera adoptado esa decisión. ¿Por qué no lo mataba directamente? Una vez que el policía de la patrulla estuviese allí, ella no tendría ninguna posibilidad y él triunfaría. «Debe creer que es humana», se dijo. Obviamente no sabía.

Unos minutos más tarde -Luba lo mantuvo cuidadosamente encañonado con el tubo láser- llegó un agente de policía. Era de gran corpulencia, y llevaba el arcaico uniforme azul con la

Librodot

estrella y la pistola.

-Muy bien -dijo al llegar-. Aparte eso -Luba depositó el tubo láser, que el policía examinó para ver si tenía carga-. ¿Qué ha ocurrido aquí? -le preguntó a ella, y antes de que pudiera contestarle se volvió hacia Rick y le preguntó-: ¿Quién es usted?

Luba Luft respondió:

-Entró en mi camarín; no lo había visto en mi vida. Dijo que venía a hacer una encuesta y que deseaba hacerme unas preguntas. Pensé que era normal y le dije que sí. Y entonces empezó a hacerme preguntas obscenas.

-Documentos -dijo el agente, con la mano extendida. Mientras extraía su carnet, Rick dijo:

-Soy cazador de bonificaciones del departamento.

-Conozco a todos los cazadores de bonificaciones -dijo el policía mientras examinaba los papeles de Rick-. ¿Del departamento de San Francisco?

-Mi jefe es el Inspector Bryant -respondió Rick-. He tomado a mi cargo la misión de Dave Holden, ahora que Dave está en el hospital.

-Como le he dicho, conozco a todos los cazadores de bonificaciones -dijo el hombre-. Y jamás he oído hablar de usted -le devolvió el carnet.

-Llame al Inspector Bryant -pidió Rick.

-No hay ningún Inspector Bryant -repuso el agente. Rick comprendió bruscamente qué ocurría.

-Usted es un androide -le dijo al agente-. Igual que la señorita Luft -se dirigió al videófono y cogió el receptor-. Voy a llamar al departamento -se preguntaba hasta dónde llegaría antes de que los dos androides lo detuvieran.

-El número es... -dijo el policía.

-Lo conozco -replicó Rick mientras llamaba. Cuando apareció la telefonista, pidió-: Con el Inspector Bryant.

-¿Quién habla, por favor?

-Rick Deckard -se quedó esperando mientras el policía le tomaba declaración a Luba Luft.

Ninguno de ambos le prestaba atención. Después de una pausa apareció en la pantalla la cara de Harry Bryant.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-Hay algunas complicaciones -repuso Rick-. Uno de los que estaba en la lista de Dave logró llamar para que viniera un supuesto patrullero. No puedo probarle quién soy; dice que conoce a todos los cazadores de bonificaciones del departamento, pero que jamás ha oído hablar de mí. Y tampoco de usted.

-¿No puedo hablar con él? -dijo Bryant.

-El Inspector Bryant desea hablar con usted -Rick extendió el receptor del videófono al hombre, que se acercó después de interrumpir su interrogatorio a Luba Luft.

-Agente Crams -dijo el hombre, hubo una pausa-. ¿Hola? -escuchó, dijo «hola» varias veces, aguardó y luego se volvió hacia Rick-. No hay nadie en la línea. Y tampoco en la pantalla -señaló.

Rick comprobó que era cierto, y cogiendo el receptor de sus manos, dijo:

-¿Señor Bryant? -escuchó y esperó, pero sin resultados-. Volveré a llamar -colgó y luego marcó el número familiar. La campanilla sonaba, pero nadie atendía. Sonó largamente.

-Permítame hacer la prueba -dijo el agente Crams-. Debe haber marcado mal. El número es 842...

-Conozco el número -interrumpió Rick.

-Agente Crams -dijo el policía-. ¿Hay en el departamento un Inspector Bryant? -una breve pausa-. ¿Y un cazador de bonificaciones llamado Rick Deckard? -otra pausa-. ¿No hay ninguna duda? ¿No podría ser que hubiera ingresado hace poco? Ah, está bien. Perfecto. Gracias. No, está bajo mi control -el policía colgó y miró a Rick.

-El Inspector estaba en la línea -dijo Rick-. Yo hablé con él, y pidió hablar con usted.

Debe de haber un desperfecto en el videófono. Por algún motivo se habrá cortado la

conexión. ¿No vio usted a...? La cara de Bryant apareció en la pantalla y luego desapareció -se sentía confundido.

-Aquí tengo la declaración de la señorita Luft, Deckard. Acompáñeme a la Corte de Justicia.

-Está bien -respondió Rick. Y agregó, dirigiéndose a Luba Luft-: Volveré dentro de un rato. Aún no he terminado con el test.

-Es un obseso -le dijo Luba Luft al agente Crams-. Me da miedo.

-¿Qué ópera está ensayando? -preguntó Crams.

-*La flauta mágica* -contestó Rick.

-Se lo he preguntado a ella, no a usted -el policía lo miró con disgusto.

-Estoy ansioso por llegar a la Corte de Justicia -dijo Rick-, y porque este asunto se resuelva de una vez -se dirigió hacia la puerta del camarín con su cartera.

-Antes lo voy a examinar -Crams procedió a hacerlo, diestramente, y se apoderó del revólver y del tubo láser de Rick. Olió el caño del arma reglamentaria y afirmó-: Ha sido disparado hace poco.

-Acabo de retirar un andrillo -reconoció Rick-. Los restos se encuentran todavía en mi coche, en el terrado.

-Muy bien. Iremos a ver.

Mientras los dos hombres salían del camarín, la Luft los siguió hasta la puerta.

-No volverá, ¿verdad, agente? Tengo verdaderamente miedo de él. Es una persona muy extraña.

-Si tiene en su coche el cadáver de un ser humano, no volverá -respondió Crams. Empujó con el codo a Rick y ambos se dirigieron al ascensor.

Subieron al terrado de la ópera. El agente Crams abrió la puerta del coche de Rick e inspeccionó silenciosamente el cuerpo de Polokov.

-Un androide -explicó Rick-. Me enviaron a abatirlo. Estuvo a punto de matarme.

Pretendía ser...

-Ya le tomarán declaración en la Corte de Justicia -interrumpió Crams, y condujo a Rick a su propio coche policial. Desde allí llamó para pedir que vinieran a recoger el cuerpo de Polokov-. Pues bien, Deckard -dijo, poniendo en marcha el coche-. Vamos.

El patrullero aéreo se elevó del terrado y se dirigió al sur.

Rick advirtió que algo no marchaba como debía. Crams no llevaba la dirección correcta.

-La Corte de Justicia está hacia el norte -dijo-, en la calle Lombard.

-Esa era la vieja Corte de Justicia -repuso Crams-. La nueva está en la calle Mission. Ese antiguo edificio se está desintegrando; nadie lo usa desde hace años. ¿Tanto tiempo ha pasado desde la última vez que estuvo en la cárcel?

-Lléveme allá -insistió Rick-, a la calle Lombard -ahora lo comprendía todo; esto era obra de los androides, que trabajaban conjuntamente. No sobreviviría a este viaje. Era el fin. A Dave casi le había ocurrido, y probablemente terminaría por morir así.

-Esa chica no está mal -comentó Crams-. Por supuesto, con esa ropa no se puede apreciar su figura. Pero yo diría que está muy bien.

-¿Por qué no reconoce que es usted un androide? -preguntó Rick.

-No veo por qué. Yo no soy un androide. ¿Así que usted anda por ahí, matando gente, convencido de que son androides? Ya veo por qué estaba asustada la señorita Luft. Ha sido un acierto que nos llamara.

-Entonces lléveme a la calle Lombard.

-Como le he dicho...

-Nos llevará tres minutos -continuó Rick-. Quiero ver la Corte. Voy a trabajar allá todas las mañanas. Me gustaría ver si está abandonada hace años, como usted dice.

-Quizá sea usted un androide -contestó Crams-, con una falsa memoria, como los hacen ahora. ¿Nunca se le ha ocurrido? -sonrió fríamente mientras continuaba rumbo al sur. Consciente de su derrota y su fracaso, Rick se echó atrás en el asiento, y esperó los

acontecimientos. Cualquiera que fuese el plan de los androides, estaba físicamente en poder de ellos.

«Pero he logrado matar a uno -se dijo-. A Polokov».

Y Dave mató a dos...

Sobre la calle Mission, el coche aéreo policial se preparó para el descenso.

10

El edificio de la Corte de Justicia de la calle Mission, en cuyo terrado se aprestaba a aterrizar, estaba coronado por una serie de ornamentadas y barrocas agujas. La hermosa estructura, moderna y compleja, atrajo a Rick, excepto por un detalle. Jamás la había visto antes. El patrullero se posó. Pocos minutos después le tomaban los datos.

-Artículo 304 -dijo Crams al sargento sentado detrás del alto escritorio-. Y también 612,4 y, además..., veamos: hacerse pasar por policía...

-406,7 -dijo el sargento, llenando un formulario. Escribía lentamente, con cierto aire de aburrimiento. Su expresión parecía decir «asunto de rutina, nada importante».

-Venga aquí -ordenó Crams, llevando a Rick hasta una pequeña mesa blanca donde un técnico manipulaba un equipo conocido-. El registro cefálico -explicó-. Para su identificación.

-Ya lo sé -respondió Rick, con brusquedad. En los viejos tiempos, cuando él era un mero agente, había conducido a numerosos sospechosos a una mesa semejante. Pero no a esta misma. Una vez obtenido el registro cefálico lo llevaron a una habitación igualmente familiar. Con filosofía empezó a reunir los objetos de valor que llevaba para entregarlos. «No tiene sentido -se repetía-. ¿Quién es esta gente? Y si este lugar ha existido siempre, ¿cómo no sabíamos nada? ¿Y por qué ellos no nos conocen? Dos agencias policiales paralelas -se dijo-. La nuestra y esta otra. Y por lo que sé, jamás han estado en contacto. Hasta ahora. O quizás haya sido así, y no sea ésta la primera vez. Pero es difícil creer que eso no hubiera ocurrido antes. Siempre que esto realmente sea una institución policial, como pretende ser». Un hombre en traje de paisano se acercó a Rick Deckard con paso sereno y medido.

-¿Y éste? -preguntó a Crams.

-Sospechoso de homicidio -respondió el nombrado-. Encontramos un cuerpo en su coche, y él afirma que es un androide. Hemos pedido el análisis de médula al laboratorio. Se hacía pasar por un policía, un cazador de bonificaciones. Y así logró penetrar en el camarín de una actriz para hacerle preguntas inmorales. Ella sintió dudas y nos llamó -Crams retrocedió un paso y agregó-: ¿Quiere usted ocuparse de él, señor?

-Sí, está bien -el oficial de paisano tenía ojos azules, nariz fina y boca inexpresiva; miró a Rick y luego cogió su cartera-. ¿Qué tiene usted aquí, señor Deckard?

-El equipo necesario para el Test de Personalidad de Voigt-Kampff -respondió Rick-. Aplicaba el test a una persona sospechosa cuando fui arrestado -miró cómo el oficial revisaba el contenido de la cartera, examinando cada objeto-. Las preguntas que le hice a la señorita Luba Luft son el cuestionario corriente del Test de Voigt-Kampff, impreso en...

-¿Conoce usted a George Gleason y a Phil Resch? -preguntó el funcionario.

-No -replicó Rick. No conocía ninguno de esos dos nombres.

-Son los cazadores de bonificaciones de California del Norte. Ambos pertenecen a nuestro departamento. Quizá los conocerá aquí. ¿Es usted un androide, señor Deckard? Se lo pregunto porque en varias ocasiones hemos visto andrillos fugitivos que se hacían pasar por cazadores de bonificaciones de otro estado. Decían haber venido aquí en busca de un sospechoso.

-No soy un androide -dijo Rick-. Puede aplicarme el Test de Voigt-Kampff. Ya me lo han hecho y no me importa repetirlo. Pero sé cuál será el resultado. ¿Puedo telefonear a mi esposa?

-Está autorizado para hacer una sola llamada. ¿Prefiere hablar con ella y no con un abogado?

Librodot

-Llamaré a mi esposa -respondió Rick-. Ella me conseguirá un abogado.

El oficial de paisano le alcanzó una moneda de cincuenta céntimos y le indicó:

-Ahí está el videófono -siguió a Rick con la mirada y continuó examinando el contenido de la cartera.

Rick metió la moneda y llamó a su casa. Esperó lo que le pareció una eternidad.

-Hola -dijo una cara de mujer que apareció en la pantalla. No era Iran.

Colgó y retornó lentamente al lado del funcionario.

-¿No ha tenido suerte? -preguntó éste-. Puede hacer otra llamada. Tenemos una política abierta en ese sentido. No puedo ofrecerle la oportunidad de llamar a un fiador, porque su delito no es excarcelable, por ahora. Sin embargo, cuando se inicie el proceso...

-Lo sé -dijo secamente Rick-. Estoy familiarizado con los procedimientos policiales.

-Aquí está su cartera -dijo el oficial, extendiéndosela-. Venga a mi despacho... Me gustaría hablar más con usted -se dirigió a un pasillo lateral, seguido por Rick. En el despacho, se volvió-. Mi nombre es Garland -le tendió la mano y cambiaron un apretón-. Siéntese -dijo Garland, dirigiéndose hacia el lado opuesto de un gran escritorio muy ordenado.

Rick se sentó.

-Este Test de Voigt-Kampff a que usted se refiere, y el material que trae -Garland indicó la cartera de Rick mientras llenaba y encendía una pipa-, ¿es un instrumento analítico para detectar androides? -echó una bocanada.

-Es nuestro método básico -respondió Rick-. El único que empleamos normalmente, y el único que puede distinguir la nueva unidad cerebral Nexus-6. ¿No ha oído hablar de él?

-Conozco varios métodos de análisis de perfil aplicables a los androides. Pero éste no -continuó estudiando a Rick con interés. Su rostro inexpresivo no permitía que Rick adivinara sus pensamientos-. Y esas copias al carbón que tiene usted en la cartera -continuó Garland-, Polokov, señorita Luft... Sus misiones como cazador... Según esa lista, el próximo soy yo.

Rick lo miró y cogió su cartera.

En un momento las copias estuvieron desplegadas ante sus ojos. Garland había dicho la verdad. Rick examinó la hoja. Ningún hombre, o al menos ni él ni Garland, habló durante un tiempo. Finalmente, Garland carraspeó y tosió nerviosamente.

-No es una sensación agradable encontrar de repente que uno se cuenta entre las personas que debe retirar un cazador de bonificaciones. O lo que sea usted, Deckard -oprimió una tecla en su intercomunicador y habló-: Envíeme a alguno de los cazadores de bonificaciones, no me importa cuál. Está bien, gracias -soltó la tecla-. Phil Resch estará aquí dentro de un momento. Me gustaría ver su lista antes de proseguir.

-¿Cree usted que yo podría figurar en la lista de él? -preguntó Rick.

-Es posible. Pronto lo sabremos. En un asunto crítico, como éste, es mejor asegurarse y no dejar nada librado a la casualidad. Ese informe -señaló la copia al carbón- no me cita como inspector de policía. Erróneamente afirma que mi profesión es la de vendedor de pólizas de seguro. En otros aspectos la descripción física, la edad, los hábitos personales, la dirección personal, es correcta. Sin duda se trata de mí. Examínelo usted mismo -le extendió el folio a Rick, que lo cogió y lo leyó.

Se abrió la puerta y entró un hombre alto, delgado, de rasgos duros, con gafas de asta y una enmarañada barba a lo Van Dick. Garland se puso de pie y presentó a Rick.

-Phil Resch, Rick Deckard. Por ser ambos cazadores de bonificaciones, conviene que os conozcáis.

Mientras apretaba la mano de Rick, Phil Resch dijo:

-¿En qué ciudad trabaja?

Garland respondió por Rick:

-En San Francisco. Mire las instrucciones que tiene, y el próximo caso que se le encomienda -alcanzó a Phil Resch el folio que Rick había estado examinando.

-Pero ¿cómo Gar? -dijo Phil Resch-. Es usted.

-Y hay más -continuó Garland-. También está Luba Luft, la cantante de ópera, y Polokov.

¿Recuerda a Polokov? Ahora está muerto. Este cazador de bonificaciones o androide o lo que sea lo ha matado, y en este momento están haciendo el análisis de médula en el laboratorio, para ver si hay algún motivo de...

-He hablado con Polokov -recordó Phil Resch-. Es esa especie de Santa Claus de la policía soviética, ¿verdad? -reflexionó, tironeando de su barba-. No me parece mala idea hacerle un análisis de médula.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Garland, visiblemente fastidiado-. Lo hacemos solamente para eliminar toda posible base legal del crimen. De otro modo este hombre, Deckard, podría afirmar que no ha matado a nadie, que se ha limitado a «retirar un androide».

-Polokov me pareció un hombre muy frío -dijo Resch-. Extremadamente cerebral, calculador, distante...

-Muchos policías soviéticos son así -repuso Garland con irritación.

-A Luba Luft no la he visto nunca -continuó Resch-, pero he oído sus grabaciones. ¿Le hizo el test? -preguntó a Rick.

-Había empezado -respondió éste-, pero no pude obtener resultados concluyentes. Llamó a un policía que me detuvo.

-¿Y a Polokov?

-No tuve la posibilidad.

-Y supongo que tampoco la ha tenido para hacerle el test al Inspector Garland -dijo Resch, casi para sí mismo.

-Por supuesto que no -exclamó Garland, con la cara contraída de indignación, en tono amargo y cortante.

-¿Qué test emplea?

-El de Voigt-Kampff.

-No lo conozco -tanto Resch como Garland parecían sumidos en rápidas y profundas reflexiones profesionales, aunque muy distintas-. Pero siempre he creído que el lugar más seguro para un androide era una gran organización policial como la WPO. Desde que lo conocí, siempre quise aplicarle el test a Polokov, pero no había un pretexto válido. Y jamás habría existido. Por eso digo que un lugar así sería ideal para un androide emprendedor.

Poniéndose lentamente de pie, Garland encaró a Phil Resch.

-Y ha pensado también en aplicarme el test a mí, ¿verdad?

En la cara de Resch apareció una discreta sonrisa. Empezó a responder, luego se encogió de hombros y guardó silencio. No parecía temer a su superior, a pesar de la evidente furia de Garland.

-Este hombre -dijo Garland-, o este androide, Rick Deckard, dice venir de una Institución policial fantasmagórica, alucinatoria, inexistente, que funciona en el viejo cuartel de la calle Lombard. Emplea un test del que nadie ha oído hablar. No tiene una lista de androides, sino de seres humanos. Ya ha matado a uno. Y si la Luft no hubiese logrado adelantarse, probablemente la habría matado, para venir luego a olisquear a mi alrededor.

-Hm -dijo Resch.

-Hm -imitó Garland, enfadado. Parecía estar al borde de la apoplejía-. ¿Eso es todo lo que se le ocurre?

Una voz de mujer dijo por el intercomunicador:

-Inspector Garland: ha llegado el informe del laboratorio acerca del cadáver del señor Polokov.

-Deberíamos enterarnos -dijo Resch.

Garland lo miró indignado. Luego se inclinó y tocó la tecla.

-Díganos, señorita French.

-El análisis de médula revela que el señor Polokov era un robot humanoide -dijo la señorita French-. ¿Desea usted el informe detallado?

-No, es suficiente -Garland se sentó en su sillón mirando hacia la pared opuesta, en silencio.

Resch preguntó:

-¿Cuál es el fundamento del Test de Voigt-Kampff, señor Deckard?

-La respuesta empática en varias situaciones sociales. En su mayoría relacionadas con animales.

-El nuestro es probablemente más sencillo -dijo Resch-. El arco reflejo que se produce en los ganglios superiores de la columna vertebral demora varios microsegundos más en el robot humanoide que en el sistema nervioso humano -se inclinó sobre el escritorio del Inspector Garland y cogió un bloc de papel, en el que trazó un esbozo con un bolígrafo-. Utilizamos una señal sonora o un flash luminoso. El entrevistado oprime un botón y se mide el tiempo transcurrido. Por supuesto, hay que hacer varias medidas, porque ese tiempo varía tanto en el andrillo como en el ser humano. Pero después de diez ensayos el resultado puede considerarse digno de confianza. Y como le ha ocurrido a usted en el caso de Polokov, el análisis de médula confirma ese resultado.

Hubo un intervalo de silencio. Luego, Rick dijo:

-Puede aplicarme su test. Estoy listo. Y naturalmente, me agradaría ponerlo a usted a prueba, si está de acuerdo.

-Naturalmente -respondió Resch, mientras miraba a Garland-. Durante años he sostenido que el Test del Arco Reflejo de Boneli debería ser aplicado rutinariamente al personal policial, y de modo especial en el personal de alta graduación. ¿No es así, Inspector?

-Así es -reconoció Garland-. Y yo me he opuesto siempre por considerar que afectaría la moral del departamento.

-Pues se me ocurre que ahora debería usted reconsiderarlo -dijo Rick-, en vista del informe de su laboratorio acerca de Polokov.

11

-Supongo que sí -dijo Garland. Señaló con el dedo al cazador de bonificaciones Phil Resch-. Pero le advierto una cosa: no le gustará a usted el resultado del test.

-¿Acaso sabe cuál será? -preguntó Resch, visiblemente sorprendido y algo disgustado.

-Con absoluta seguridad -contestó el Inspector Garland.

-Está bien. Subiré a buscar el equipo del Test de Boneli -se dirigió a la puerta, la abrió y dijo-: Volveré en unos minutos.

Desapareció en el pasillo y la puerta se cerró.

El Inspector Garland abrió el cajón derecho de su escritorio, buscó algo, y sacó un tubo láser que hizo girar hasta que apuntó a Rick.

-Eso no cambiará las cosas -dijo Rick-. Resch ordenará un análisis post-mortem de mi cuerpo, como el que le han hecho a Polokov. Y seguirá insistiendo en que usted y él mismo se sometan al... ¿Cómo es que se llama? Test de Arco Reflejo de Boneli. El tubo láser no cambió de posición.

-Hoy ha sido un mal día -dijo Garland-. Especialmente desde que entró Crams con usted. Tuve una intuición, y por eso intervine -bajó el arma poco a poco; por fin se encogió de hombros, la guardó nuevamente en el cajón, lo cerró y se puso la llave en el bolsillo.

-¿Qué demostrarán los tests? -preguntó Rick.

-Resch es un maldito idiota -dijo Garland.

-Realmente, ¿no lo sabe?

-No, no lo sabe. No tiene la menor idea. De otro modo no podría trabajar como un cazador de bonificaciones. Es una profesión para seres humanos, no para androides -Garland señaló la cartera de Rick-. Conozco a todos los demás sospechosos a quienes usted debía someter al test y retirar -hizo una pausa y continuó-: Todos vinimos de Marte en la misma nave. Resch no. Se quedó allá una semana más, mientras le ajustaban la memoria sintética.

Él -o mejor, esa cosa- guardó silencio.

Librodot

-¿Y qué hará cuando lo sepa? -preguntó Rick.

-No tengo la menor idea -respondió Garland-. Desde el punto de vista intelectual, será interesante saberlo. Puede matarme, matarse, o quizá lo mate a usted. Puede matar a cualquiera, humano o androide. He oído decir que esas cosas ocurren cuando un androide posee una memoria sintética y cree que es un ser humano.

-Pero usted está dispuesto a correr el riesgo...

-Escapar ya era un riesgo. Y también venir a la Tierra, donde ni siquiera se nos considera animales, donde un gusano es más deseable que todos nosotros juntos -Garland, irritado, tironeaba de su labio inferior-. Usted se encontraría en mejor posición si Resch lograra aprobar el test. Entonces el resultado sería predecible: para él yo sería un andrillo que es preciso retirar cuanto antes. Pero no será así, y usted correrá tanto peligro como yo, Deckard. ¿Sabe usted por qué me equivoqué? No sabía que Polokov era un androide. Debe de haber llegado antes. Sin duda ha sido así. En otro grupo, sin el menor contacto con el nuestro. Ya estaba cómodamente instalado en la WPO cuando nosotros llegamos. Y yo pedí un análisis que no tendría que haber pedido. Desde luego, Crams cometió el mismo error.

-Polokov estuvo a punto de liquidarme -observó Rick.

-Sí, tenía algo especial. No creo que hubiera poseído el mismo modelo de unidad cerebral que nosotros. O tal vez ésta ha sido manipulada o mejorada, de modo que era desconocida hasta para nosotros. Sea como fuere, el resultado era muy bueno. Casi demasiado bueno.

-Cuando llamé a mi casa -dijo Rick-, no conseguí comunicación. ¿Por qué?

-Todas las líneas de videófono son internas, y están conectadas con varios despachos dentro del edificio. Esta es una empresa homeostática, Deckard; un sistema cerrado separado del resto de San Francisco. Conocemos a los demás, pero ellos no nos conocen. A veces alguna persona aislada llega hasta aquí, o traemos a alguien, como hicimos con usted, para protegernos -señaló convulsivamente la puerta-. Aquí viene Phil Resch, muy contento con su equipo Boneli portátil. ¿No es un encanto? Y sólo conseguirá destruir su propia vida, la mía y posiblemente también la suya.

-Los androides no parecen capaces de ampararse unos a otros en momentos difíciles.

-Tiene usted razón. Aparentemente carecemos de un don específico de los humanos. Creo que se llama empatía.

Se abrió la puerta. Apareció Phil Resch con un objeto del que pendían cables.

-Aquí está -dijo, cerrando la puerta. Luego se inclinó y conectó el aparato.

La mano derecha de Garland apuntó a Resch, quien junto con Rick Deckard se dejó caer. Mientras lo hacía. Resch disparó su tubo láser contra Garland.

El rayo láser, dirigido con una precisión que era fruto de años de adiestramiento, partió la cabeza de Garland, que cayó sobre su escritorio. Su láser miniaturizado rodó de su mano. El cuerpo resbaló del sillón y cayó de lado al suelo pesadamente.

-No tuvo en cuenta que éste es mi trabajo -dijo Resch, poniéndose de pie-. Puedo prever lo que se propone hacer un androide. Supongo que a usted también le ocurre -dejó su arma, se inclinó y examinó con curiosidad el cuerpo del Inspector-. ¿Qué le dijo mientras yo no estaba?

-Que era un androide. Y que usted -Rick se interrumpió, mientras su mente calculaba, seleccionaba posibilidades y resolvía decir otra cosa- se daría cuenta en unos minutos.

-¿Nada más?

-Que este edificio está infestado de androides.

-Eso hará difícil que usted y yo podamos salir de aquí. Por supuesto, yo tengo autoridad para salir cuando quiero, incluso llevando un prisionero -escuchó: no llegaba ningún ruido del exterior-. Creo que nadie ha oído nada. Y no hay micrófonos ni monitores, como tendría que haber -rozó cuidadosamente el cuerpo caído con la punta del pie-. Es notable la capacidad psiónica que se desarrolla con este trabajo: yo sabía que estaba decidido a disparar antes de abrir la puerta. Y me sorprende que no lo haya matado a usted.

-Estuvo a punto de hacerlo -dijo Rick-. Me apuntó con un gran tubo láser utilitario; pero

era usted quien le preocupaba, y no yo.

-El androide huye cuando el cazador de bonificaciones persigue -dijo Resch sin el más leve humor-. A propósito, usted debería volver a la ópera y sorprender a Luba Luft antes que nadie de aquí tenga la oportunidad de ponerla sobre aviso. Tal vez debería decir ponerlo sobre aviso. ¿Los considera usted objetos?

-Lo hacía, antes -respondió Rick-. Cuando tenía problemas de conciencia con mi trabajo. Me preservaba pensando que eran objetos. Pero ya no es necesario. Está bien. Iré directamente a la ópera, suponiendo que usted pueda sacarme de aquí.

-Deberíamos poner a Garland en su sillón -dijo Resch, y alzó el cuerpo. Lo colocó ante el escritorio en una postura razonablemente natural, si no se miraba de cerca. Apretó la tecla correspondiente del intercomunicador y dijo-: El Inspector Garland ordena que no se le pasen llamadas durante media hora. Está realizando una tarea que no admite interrupciones.

-Muy bien, señor Resch.

Phil Resch soltó la tecla y dijo:

-Voy a esposarlo. Naturalmente, será sólo mientras estamos en el edificio: cuando estemos en el coche aéreo quedará libre -extrajo unas esposas y las cerró sobre la muñeca de Rick y sobre la propia-. Vamos ahora. Terminemos con esto -cuadró los hombros, respiró hondo y abrió la puerta del despacho.

En todas partes había policías uniformados; ninguno prestó particular atención a Phil Resch ni a Rick mientras atravesaban el pasillo hacia el ascensor.

-Lo que temo es que Garland tenga en el cuello una de esas piezas que advierten de la muerte -dijo Resch mientras esperaban-. Pero -se encogió de hombros- la alarma ya debería de haber sonado... Esas cosas no valen de nada.

El ascensor llegó: varios hombres y mujeres de aire vagamente policial descendieron y se dirigieron ruidosamente por los pasillos a sus diversas ocupaciones sin prestar atención a Rick ni a Resch.

-¿Cree que su departamento policial me aceptaría? -preguntó Resch mientras las puertas del ascensor se cerraban y ambos quedaban aislados. Oprimió el botón del terrado y el ascensor subió silenciosamente-. Después de todo, me he quedado sin trabajo, para decir lo menos.

Con cautela, Rick respondió:

-No veo inconveniente, aunque ya tenemos dos cazadores de bonificaciones -y pensó que debería decírselo, que no hacerlo era cruel y poco ético. «Señor Resch: usted es un androide. Me saca de este lugar, y ésta es su recompensa. Enterarse de que es usted lo que para nosotros dos es una abominación, la esencia misma de lo que nos hemos comprometido a destruir».

-No logro recobrarme -dijo Phil Resch-. Me parece imposible. Durante tres años he estado trabajando a las órdenes de un androide. ¿Cómo no tuve una sospecha y no hice algo antes?

-Quizá no haya sido tanto tiempo. Tal vez se han infiltrado recientemente.

-Han estado aquí todo el tiempo. Garland es mi jefe desde el comienzo, hace ya tres años.

-Por lo que él me dijo, llegaron juntos, en grupo, a la Tierra. Y eso no fue hace tres años, sino unos pocos meses.

-Entonces en algún momento existió un Garland auténtico -respondió Phil Resch-, que fue reemplazado -su rostro delgado se torció, esforzándose por comprender-. En caso contrario, debo pensar que me han colocado un sistema de falsa memoria, y que mi idea de tres años con Garland es un recuerdo impreso -su cara estaba convulsionada por el creciente sufrimiento-. Pero sólo a los androides les ponen memorias sintéticas; el método se ha revelado ineficaz en los seres humanos.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron. Al frente se encontraba el mínimo aeropuerto del departamento policial. La única presencia era la de los coches aéreos aparcados.

-Este es mi coche -dijo Phil Resch abriendo la puerta y urgiendo a Rick a entrar. Sentado ante los mandos encendió el motor y un momento más tarde se elevaban con dirección al

norte, hacia la ópera. Resch, preocupado, conducía impulsado por sus reflejos. Su atención estaba centrada en una serie de reflexiones cada vez más sombrías.

-Escuche, Deckard -dijo de repente-. Después de retirar a Luba Luft querría que usted... usted sabe -su voz ronca y atormentada estalló-: Que me aplique el Test de Boneli o el de Empatía. Tengo necesidad de saber.

-Podemos ocuparnos de eso más tarde -respondió evasivamente Rick.

-No quiere hacerlo, ¿verdad? -Phil Resch lo miró con perspicacia-. Pienso que usted sabe cuál será el resultado. Algo le ha dicho Garland, algún hecho que yo ignoro.

-Va a ser difícil incluso para los dos juntos resolver el caso de Luba Luft. Yo solo jamás podría. Deberíamos atender a eso antes que nada.

-No es solamente una falsa memoria -dijo Resch-. Yo tengo un animal, no un seudoanimal sino uno verdadero, una ardilla. Y quiero a esa ardilla, Deckard. Todas las mañanas le doy de comer y limpio su jaula. Y por la noche, cuando vuelvo del trabajo, la dejo en libertad en mi piso y ella corre por todas partes. Tiene una rueda en la jaula. ¿Alguna vez ha visto correr una ardilla dentro de una rueda? Corre y corre, y la rueda gira, pero la ardilla siempre está en el mismo lugar. Y, sin embargo, a Buffy eso le gusta.

-Supongo que las ardillas no son muy inteligentes -dijo Rick.

Continuaron el viaje en silencio.

12

En la ópera les informaron que el ensayo había terminado, y que la señorita Luft se había marchado.

-¿Dijo a donde pensaba ir? -preguntó Phil Resch, mostrando su carnet policial.

El hombre, un tramoyista, lo examinó.

-Fue al museo. Dijo que deseaba ver la exposición de Eduard Munch, que termina mañana.

«Pero Luba Luft termina hoy», pensó Rick.

Mientras ambos caminaban por la acera hacia el museo, Phil Resch dijo:

-¿Qué quiere usted apostar? Seguro que ha huido. No la encontraremos.

-Tal vez -respondió Rick.

Llegaron al museo, averiguaron en qué piso estaba la exposición de Munch y subieron. Muy pronto se encontraron vagando entre pinturas y grabados. Había mucha gente, incluso un grupo de escolares. La voz aguda de la maestra se escuchaba por todas las salas, y Rick pensó: «Esa es la voz, y la figura, que debería tener un andrillo. Y no las de Rachael Rosen o Luba Luft. O el hombre -o la cosa- que iba a su lado».

-¿Ha visto alguna vez un andrillo que tuviera un animal? -preguntó Phil Resch.

Por alguna razón oscura Rick sentía la necesidad de ser brutalmente sincero. Quizás había empezado a prepararse para la tarea que le esperaba.

-En dos casos que he conocido, los androides tenían y cuidaban animales. Pero es muy raro. Por lo que sé, suele fallar. El andrillo es incapaz de mantener al animal con vida. Los animales exigen un ambiente de cariño, excepto los reptiles y los insectos.

-¿Y una ardilla necesita una atmósfera de amor? Porque Buffy está espléndida y lustrosa como una nutria. La peino día sí, día no.

Phil Resch se detuvo ante un cuadro al óleo; mostraba a una criatura pelada y oprimida, con una cabeza semejante a una pera invertida, que apretaba sus manos horrorizadas contra sus oídos, con la boca abierta en un vasto grito mudo. Las olas encrespadas de su dolor, los ecos del grito, ocupaban el espacio que la rodeaba. El hombre, o la mujer, estaba encerrado dentro de su propio aullido. Se cubría los oídos para protegerse de su propia voz. La criatura estaba de pie en un puente, y no había nadie más. Gritaba a solas. Aislada por el grito o a pesar de él.

-También hay un grabado con este tema -observó Rick, leyendo la tarjeta colocada debajo

de la pintura.

-Se me ocurre que así deben sentirse los androides -dijo Phil Resch, y trazó en el aire los ecos, visibles en la pintura, del grito de la criatura-. Yo no me siento así, por lo tanto quizá no sea un...

Se interrumpió porque varias personas se acercaban a ver el cuadro.

-*Allí está Luba Luft* -Rick la señaló, y Phil Resch abandonó sus oscuros pensamientos y defensas. Ambos avanzaron hacia ella a paso mesurado, tomándose su tiempo, como si nada. Era vital, en todo caso, que mantuvieran un aire trivial. Había que proteger a cualquier precio, incluso el de perder la presa, a los seres humanos inconscientes de la presencia de androides.

Luba Luft sostenía un catálogo impreso; vestía unos brillantes pantalones que se afinaban hacia los tobillos, y un chaleco dorado y pintado. Parecía absorta en un cuadro, el dibujo de una jovencita sentada al borde de una cama, con las manos unidas y expresión de asombro y de un pánico nuevo y creciente.

-¿Quiere que se lo compre? -le preguntó Rick a Luba Luft, cogiéndole suavemente el brazo. Le expresaba así que se había apoderado de ella, y que no le era preciso esforzarse para detenerla. Del otro lado, Phil Resch le apoyó en el hombro una mano en la que resaltaba el bulto de un tubo láser. Resch no pensaba correr riesgos, después de lo sucedido con Garland.

-No está en venta -Luba Luft lo miró distraída, luego intensamente, cuando lo reconoció. Su mirada se torno opaca y los colores abandonaron su rostro, que adoptó un tono cadavérico, como si ya hubiera empezado a pudrirse, como si su vida se hubiese retirado a un recóndito lugar en su interior, dejando su cuerpo abandonado a la ruina.

-Señorita Luft -respondió Rick-, éste es el señor Resch. Phil Resch, le presento a la célebre cantante de ópera Luba Luft. El policía que me arrestó es un androide, como su jefe. ¿Conocía usted al Inspector Garland? Me dijo que habían venido juntos en la misma nave, en grupo.

-El departamento policial adonde usted llamó -explicó Phil Resch- y que funciona en un edificio de la calle Mission, es aparentemente el centro orgánico que utiliza su grupo para mantenerse en contacto. Y hasta se sienten suficientemente confiados para contratar a un cazador de bonificaciones humano. Es evidente...

-¿Usted? -dijo Luba Luft-. Usted no es humano. No más que yo: también es un androide.

Hubo una pausa y Phil Resch dijo en voz grave y controlada:

-Ya nos ocuparemos de eso a su debido tiempo -luego se dirigió a Rick-. Llevémosla a mi coche.

Los tres, con Luba en el centro, se dirigieron hacia el ascensor. Luba Luft no se movía por su propia voluntad, pero tampoco se resistía de un modo activo. Parecía resignada. Rick había visto esto en otros androides, en situaciones graves. La energía artificial que los animaba declinaba cuando se les exigía demasiado. En algunos casos, pues en otros, esa energía estallaba con furia.

Los androides tenían, como él sabía, el deseo innato de pasar inadvertidos. En el museo, rodeada de gente, Luba Luft probablemente no intentaría nada. El verdadero encuentro, sin duda el último para ella, ocurriría en el coche, donde nadie pudiera verla. Allí era posible que se liberara violentamente de sus inhibiciones. Rick se preparó, sin pensar por el momento en Phil Resch. Tal como él mismo había dicho, ya habría que ocuparse de eso a su tiempo.

Al final del pasillo, junto a los ascensores, había un pequeño puesto donde vendían copias y libros de arte. Luba se detuvo.

-Un momento -le dijo a Rick; el color había retornado a su rostro, en parte, y una vez más parecía vivir..., al menos momentáneamente-. Cómpreme una reproducción de la obra que estaba mirando cuando me encontraron; la de la chica sentada en la cama.

Después de una pausa. Rick se dirigió a la vendedora, una mujer de mediana edad, con la quijada prominente y el pelo gris sujeto por una redecilla.

-¿Tiene una reproducción de *Pubertad*, de Munch?

-Sólo en el libro de la obra completa -respondió la vendedora, cogiendo el hermoso volumen satinado-. Veinticinco dólares, señor.

Librodot

-Lo llevaré.

-Mi sueldo no alcanza para... -dijo Phil Resch.

-Yo lo compraré -respondió Rick. Pagó a la mujer y dio el libro a Luba-. Vamos.

-Se lo agradezco mucho -dijo Luba mientras entraban en el ascensor-. Hay algo misterioso y conmovedor en los seres humanos. Un androide jamás habría hecho eso -miró glacialmente a Phil Resch-. A él no se le habría ocurrido -su mirada era de verdadera hostilidad y aversión-. La verdad es que no me gustan los androides. Desde que llegué de Marte, mi vida ha consistido en imitar a los seres humanos, en hacer lo que hacen las mujeres humanas, imaginando que tenía sus impulsos y pensamientos, tratando de asemejarme a lo que considero una forma de vida superior. A usted, Resch, ¿no le ocurre lo mismo? ¿No trata de...?

-No puedo tolerarlo -dijo Phil Resch, buscando algo en su abrigo.

-No -dijo Rick. Trató de cogerle la mano, pero Resch retrocedió y lo evitó. «El Test de Boneli», recordó Rick.

-Ha admitido que es una androide -dijo Resch-. No tenemos por qué esperar.

-Pero retirarla sólo porque lo ha agredido... Déme eso mismo -dijo Rick, tratando de apoderarse del tubo láser, que siguió en la mano de Resch, quien se desplazó en el pequeño ascensor para eludirlo, y con la atención concentrada exclusivamente en Luba Luft-. Está bien -agregó-. Retírela, mátela. Demuéstrele así que ella ha dicho la verdad -se interrumpió al advertir que Resch pensaba realmente hacerlo-. ¡Espere!

Phil Resch disparó, mientras Luba Luft, en un gesto de frenético terror, giraba, trataba de apartarse, caía. El rayo erró, pero cuando Resch bajó su arma perforó silenciosamente un pequeño agujero en el estómago de la cantante. Luba empezó a gritar, agazapada contra la pared del ascensor. «Como la chica del dibujo», pensó Rick. Y la remató con su propio tubo láser. El cuerpo cayó hacia delante, boca abajo, en montón. Ni siquiera se estremeció.

-Podría haberse quedado con el libro -dijo Resch-. Le ha costado...

-¿Cree usted que los androides tienen alma? -interrumpió Rick, viendo que Phil Resch lo miraba aún más asombrado y con la cabeza ladeada. Luego continuó-: Puedo permitirme comprar ese libro. Hoy he ganado tres mil dólares, y aún no he terminado.

-Pero a Garland lo maté yo, no usted -dijo Phil Resch-. Usted simplemente estaba allí. Y a Luba también le disparé.

-Pero no podrá cobrar el dinero, ni en su departamento policial ni en el nuestro. Cuando lleguemos a su coche le haré el Test de Boneli o el de Voigt-Kampff, y entonces veremos. Pese a no estar incluido en mi lista -con manos temblorosas abrió su cartera, y buscó en las arrugadas copias al carbón-. No, no está. Así que legalmente no puedo perseguirlo. En todo caso reivindicaré el retiro de Garland y el de Luba Luft.

-¿Está seguro de que soy un androide? ¿Es eso realmente lo que Garland le dijo?

-Eso es lo que Garland me dijo.

-Quizá mentía -observó Phil Resch-. Para separarnos. Para que estuviéramos como ahora. Es una tontería permitir que algo nos distancie. Y usted tiene razón acerca de Luba Luft: no debí de haber perdido la serenidad. Debo ser demasiado sensitivo... O quizás, eso es natural en un cazador de bonificaciones. Tal vez usted reacciona del mismo modo. Por otra parte, tendríamos que haber retirado a Luba Luft de todas maneras, media hora más tarde. Sólo media hora. Y no habría tenido tiempo de mirar el libro que usted le regaló. Y que no debió destruir. Eso fue un despilfarro. No comprendo, no es razonable.

-Abandonaré este oficio -dijo Rick.

-¿Para hacer... qué?

-Cualquier cosa. Seguros, como Garland, según el informe. O emigraré. Sí -afirmó-. Me iré a Marte.

-Pero alguien tiene que hacer esto.

-Pueden emplear androides. Sería mucho mejor. Yo ya no puedo, he hecho demasiado. Luba era una cantante maravillosa, todo el planeta podía disfrutar de sus dotes. Esto es una

locura.

-Es necesario. Recuerde que han matado a seres humanos para escapar. Recuerde que si yo no lo hubiera sacado del departamento policial de la calle Mission, lo habrían matado. Por eso me llamó Garland, por eso hizo que fuera a su despacho. Y Polokov, ¿no estuvo a punto de matarlo? ¿Y Luba Luft? Estamos actuando para defendernos. Ellos están en nuestro planeta, son extranjeros ilegales, criminales que se disfrazan de...

-De policías -dijo Rick-. De cazadores de bonificaciones.

-Pues..., aplíqueme el Test de Boneli. Quizá Garland haya mentido. Yo creo que lo ha hecho; una memoria falsa no puede ser tan buena. ¿Y mi ardilla?

-Sí, su ardilla. Me había olvidado.

-Si soy un andrillo y usted me mata -dijo Phil Resch-, puede quedarse con mi ardilla. Se la dejaré en herencia, con un documento firmado.

-Los andrillos no pueden dejar nada en herencia. No poseen cosa alguna.

-Entonces quédesela -dijo Resch.

-Quizás acepte -respondió Rick. El ascensor había llegado a la planta baja y las puertas se abrieron-. Llamaré a un patrullero para que lleven el cuerpo al laboratorio. Le harán el análisis de médula. Quédese aquí, con Luba -buscó una cabina, entró, puso una moneda con las manos temblorosas y marcó el número. Mientras tanto, la gente que esperaba el ascensor se reunía curiosa en torno de Phil Resch y del cuerpo de Luba Luft.

«Había sido una cantante maravillosa -se dijo después de llamar-. No comprendo cómo un don semejante puede ser un riesgo para la sociedad. Pero no era su don; era ella misma el riesgo. Como Phil Resch. Él representa la misma amenaza y por las mismas razones. De modo que no puedo marcharme ahora», concluyó Rick.

Salió de la cabina, se abrió paso entre la gente hasta el ascensor, donde estaban Phil y la figura caída de la muchacha. Alguien la había cubierto con un abrigo. No era el de Resch. Él estaba a un lado, fumando vigorosamente un pequeño cigarro gris.

-Espero de todo corazón que sea usted un androide -dijo Rick.

-Me odia, de verdad -dijo Phil Resch, sorprendido-. Y es ahora, repentinamente; no me odiaba en la calle Mission, cuando le salvé la vida.

-Veo una estructura. La manera en que mató a Garland, la manera en que mató a Luba. Usted no mata como yo, no trata de -ya sé por qué-. A usted le gusta matar, lo único que necesita es un pretexto. Si tuviera un pretexto me mataría a mí. Por eso le gustó la posibilidad de que Garland fuera un androide: así podía matarlo. Me pregunto qué hará si fracasa en el Test de Boneli. ¿Se matará? A veces, los androides lo hacen.

Era una situación extraña.

-Sí, yo me encargaré de hacerlo -repuso Phil Resch-. Usted sólo tendrá que hacerme el test.

Llegó un patrullero. Dos policías descendieron, vieron la multitud reunida y se abrieron camino. Uno de ellos reconoció y saludó a Rick. «Ahora podemos irnos -pensó él-. Finalmente, nuestra tarea aquí está terminada».

Volvió con Resch a la ópera, en cuyo terrado se encontraba el coche aéreo.

-Le daré mi tubo láser -dijo Resch-. Así no tendrá que preocuparse por mis reacciones, ni por su seguridad personal -entregó el arma a Rick, quien la aceptó.

-¿Y cómo se mataría? -preguntó Rick.

-Conteniendo la respiración.

-Por Dios -dijo Rick-. No es posible.

-En los androides, el nervio vago no puede actuar automáticamente, como en los seres humanos. ¿No se lo enseñaron durante su instrucción? Yo lo aprendí hace años.

-Pero... morir de esa... manera -protestó Rick.

-Es indolora. ¿Qué tiene de particular?

-Es...

Rick hizo un gesto vago, incapaz de hallar palabras.

-Y, además, no creo que lo necesite.

Subieron al terrado de la ópera y al coche aéreo de Phil Resch.

-Me gustaría que empleara el Test de Boneli -dijo Resch, ya sentado ante los mandos, cerrando la puerta.

-No puedo. No sé cómo se hace el cómputo -en verdad, pensó Rick, tendría que confiar en él para interpretar los datos. Y eso estaba fuera de la cuestión.

-¿Me dirá la verdad? -preguntó Phil Resch-. Si soy un androide, ¿me lo dirá?

-Por supuesto.

-Porque realmente quiero saberlo. Debo saberlo -Phil Resch volvió a encender su cigarro, y cambió de posición en su asiento, tratando de acomodarse. Pero no podía-. ¿Le gustaba de verdad el dibujo de Munch que Luba Luft estaba mirando? -preguntó-. A mí no me interesa el realismo en el arte. Me gusta Picasso y...

-*Pubertad* es una obra de 1894 -respondió brevemente Rick-. En esa época sólo se conocía el realismo, conviene tenerlo en cuenta.

-Pero el otro, el del hombre que se cubría las orejas y gritaba... Ese no es figurativo.

Rick abrió su cartera y empezó a preparar su equipo.

-Complicado -observó Phil Resch-. ¿Cuántas preguntas tiene que hacer para obtener resultados?

-Seis o siete -le dio el disco adhesivo a Phil Resch-. Póngaselo en la mejilla. Que quede firme. Y esta luz -dirigió el haz-. Debe quedar enfocada en el ojo. Trate de no mover la pupila.

-Movimientos reflejos -dijo Resch-. Pero usted no mide la dilatación, por ejemplo. Es decir, no tiene en cuenta la reacción a un estímulo físico. Sólo a las preguntas. Es lo que llamamos, respuesta de titubeo.

-¿Cree que podría controlarla?

-No. En algún momento, podría ser. Pero no la amplitud inicial: eso está fuera de control consciente. Si no fuera así... -se interrumpió-. Adelante. Perdone que hable demasiado. Estoy nervioso.

-Hable todo lo que quiera -repuso Rick. «Hasta la muerte. Si eso le agrada», se dijo. A él no le importaba.

-Si soy un androide -continuó Phil Resch-, recuperará usted la fe en la raza humana. Pero como no lo creo, le sugiero que empiece a definir una ideología capaz de justificar que...

-La primera pregunta -dijo Rick. Todo estaba en orden; las agujas de ambos medidores temblaban-. El tiempo de reacción es un factor, así que conteste lo antes que pueda.

Eligió de memoria una pregunta para comenzar. El test estaba en marcha.

Al concluir, Rick permaneció un momento en silencio. Luego reunió su equipo y lo metió de nuevo en la cartera.

-Puedo leer el resultado en su cara -dijo Phil Resch, con absoluto y crispado alivio-. Está bien. Puede devolverme el arma -extendió la mano con la palma hacia arriba.

-Es evidente que tenía usted razón acerca de los motivos de Garland -dijo Rick-. Deseaba distanciarnos, como usted dijo -se sentía física y psicológicamente agotado.

-¿Ha logrado establecer una ideología que me incluya como miembro de la especie humana? -preguntó Resch.

-Hay un defecto en su capacidad empática -dijo Rick-, pero no hace al test. Se refiere a sus sentimientos hacia los androides.

-Por supuesto que no hace al test.

-Tal vez deberíamos incluirlo -jamás había pensado en ello anteriormente. Nunca había sentido empatía hacia los androides que mataba. Suponía que, para su mente, un androide era una máquina inteligente. Igual que para su conciencia. Y, sin embargo, observaba una diferencia en Phil Resch, y sentía instintivamente que él tenía razón. ¿Empatía hacia un aparato artificial? ¿Hacia algo que meramente pretende estar vivo? Sin embargo, Luba Luft parecía auténticamente viva. No tenía aire de simulación.

-Ya se imaginará usted el resultado -observó calmosamente Phil Resch-. Si incluyéramos a los androides entre los objetos de identificación empática, como hacemos con los animales...

-No podríamos defendemos.

-Es obvio. Los modelos Nexus-6..., caerían sobre nosotros y nos aplastarían. Usted, yo, y todos los cazadores de bonificaciones estamos entre los Nexus-6 y la humanidad, somos la barrera que los mantiene apartados. Además... -se interrumpió al advertir que Rick volvía a extraer su equipo-. Creí que el test había terminado.

-Quiero formularme una pregunta a mí mismo -dijo Rick-. Usted me leerá el registro de las agujas. Sólo la medida, yo puedo interpretarla -colocó el disco adhesivo en su mejilla, y dispuso el haz de luz de modo que cayera sobre su ojo-. ¿Está preparado? Mire los medidores. No tendré en cuenta el tiempo transcurrido, sólo me interesa la magnitud.

-Muy bien, Rick.

Rick dijo en voz alta:

-Desciendo en un ascensor con un androide que he capturado. De repente, sin aviso, alguien lo mata.

-No hay respuesta notable -dijo Phil Resch.

-¿Qué indican las agujas?

-La izquierda 2,8 y la derecha 3,3.

Rick continuó:

-Un androide hembra.

-Ahora están en 4,0 y 6,0 respectivamente.

-Es bastante significativo -dijo Rick; se quitó el disco adhesivo y apagó el haz de luz-. Es una respuesta claramente empática. Aproximadamente la misma que muestran los seres humanos ante la mayoría de las preguntas, con la única excepción de las más exageradas..., las que se refieren a pieles humanas usadas como adorno, por ejemplo, y que exponen situaciones verdaderamente patológicas.

-Y eso, ¿qué significa?

-Soy capaz de sentir empatía por ciertos androides -respondió-. No por todos, sino específicamente por... uno, o dos -«por Luba Luft, desde luego -se dijo-. En definitiva, me he equivocado. No hay nada de antinatural ni de inhumano en las reacciones de Phil Resch. El problema soy yo».

«Me pregunto si algún ser humano ha experimentado esto con un androide. Naturalmente, quizá no vuelva a ocurrir. Es posible que sea una anomalía vinculada con mis sentimientos, por ejemplo, acerca de *La flauta mágica*. O de la voz de Luba, o de su profesión». Lo cierto es que jamás le había ocurrido, al menos conscientemente. Ni con Polokov, ni con Garland, por ejemplo. Y si Phil Resch hubiese sido un androide, habría podido matarlo sin la menor emoción, especialmente después de la muerte de Luba.

Estaba en juego la diferencia entre los verdaderos seres humanos y los objetos humanoides. «Pero en el ascensor del museo -se dijo Rick-, yo estaba entre dos criaturas, una humana y otra androide... Y mis sentimientos eran exactamente opuestos a lo previsto, a lo que estoy acostumbrado a experimentar. A lo que *debo* sentir».

-Está en un aprieto, Deckard -dijo Phil Resch. Parecía divertido.

-¿Qué es esto? -preguntó Rick.

-Sexo -respondió Phil Resch.

-¿Sexo?

-Luba Luft era físicamente atractiva. ¿Nunca le había ocurrido antes? -Phil Resch rió-. Me han enseñado que es un problema básico para los cazadores de bonificaciones. ¿No sabe, Deckard, que los hombres de las colonias suelen tener amantes androides?

-Eso no es legal -replicó Rick, que conocía las normas al respecto.

-Por supuesto que no. Muchas variaciones de la sexualidad no lo son. Y la gente las practica igual.

-¿Y si se trata de amor, y no de sexo?

Librodot

-El amor es un nombre del sexo.

-Como el amor al país -insistió Rick-, o a la música.

-Si es amor a una mujer, o a una imitación androide, es sexo. Despierte y enfréntese con usted mismo, Deckard. Lo que quería era irse a la cama con un tipo femenino de androide. Ni más ni menos. Yo también he sentido eso en cierta ocasión, cuando acababa de iniciarme en el oficio. No se preocupe: curará. Sólo que en esta ocasión ha invertido usted el orden. No tendría que matarla, o estar presente cuando la mataban, y sentirse físicamente atraído después. Trate de que sea al revés.

Rick lo miró.

-Que me acueste con ella primero...

-Y la mate después -dijo lacónicamente Phil Resch, siempre con su sonrisa dura.

«Es un buen cazador de bonificaciones -se dijo Rick-. Su actitud lo demuestra. Pero..., ¿lo soy yo?».

Por primera vez en su vida empezaba a dudarlo.

13

Como un arco de puro fuego, John R. Isidore atravesaba el cielo de la tarde mientras retornaba a su casa. «Me pregunto si todavía estará allí -se dijo-. En ese viejo piso de kippel, mirando al Amigo Buster en la TV, y temblando de miedo cada vez que creía oír pasos en el pasillo. Incluso los míos».

Había pasado por una tienda de mercado negro. A su lado en el asiento había una bolsa llena de cosas deliciosas como queso de soja, melocotones maduros, queso blando y maloliente, que se mecían cuando aceleraba o frenaba con su coche aéreo. Como esa tarde estaba nervioso, conducía algo erráticamente. Y su coche recientemente reparado tosía y trastabillaba como antes de enviarlo a componer. «Maldición», pensó Isidore.

El olor de los melocotones y el queso fluctuaba en el interior del coche y llenaba de placer su nariz. En esos raros productos había invertido dos semanas de salario, que había pedido adelantadas al señor Sloat. Además, debajo del asiento, donde no podía rodar ni romperse, había una botella de Chablis. Isidore la había tenido guardada en un depósito de seguridad del Bank of América, sin venderla pese a las ventajosas ofertas recibidas para el caso de que alguna vez apareciese una chica. Lo cual no había ocurrido hasta el momento.

El terrado de su edificio, desierto, lleno de desperdicios, le deprimió como de costumbre. Mientras descendía y entraba en el ascensor limitó su visión periférica, para concentrarse en los valiosos objetos que llevaba: la bolsa y la botella, para no resbalar y precipitarse en un abismo económico. Cuando el ascensor llegó, crujiendo, no bajó hasta su piso sino al nivel inferior donde residía ahora la nueva ocupante, Pris Stratton. Llamó a su puerta golpeando con el borde de la botella de vino, mientras su corazón latía locamente.

-¿Quién es? -a pesar de que la puerta la amortiguaba, la voz era clara. Y su tono asustado era, sin embargo, agudo como una navaja.

-Quien le habla es J.R. Isidore -dijo, con la nueva autoridad que había adquirido recientemente merced al videófono del señor Sloat-. Traigo algunas cosas buenas, y pienso que podríamos organizar juntos una cena bastante razonable.

La puerta se entreabrió un poco. No había luces en el interior. Pris examinó el oscuro pasillo.

-Parece usted diferente -dijo-. Más adulto.

-He tenido que realizar algunos asuntos de rutina durante mis horas de trabajo. Lo normal. Si me permite usted pasar...

-Igual puede hablar -sin embargo, dejó la puerta suficientemente abierta para que él pudiera entrar. Y al ver lo que él traía, dejó escapar una exclamación. En su rostro se encendió una traviesa y exuberante alegría que, casi de inmediato, fue reemplazada por una letal

amargura. Sus facciones parecían vaciadas en concreto y la alegría se desvaneció.

-¿Qué ocurre? -preguntó Isidore. Dejó bolsa y botella en la cocina y regresó deprisa al lado de la chica.

En tono monocorde, Pris respondió:

-No puedo apreciar esto.

-¿Por qué?

-Oh -se encogió de hombros, con las manos metidas en los bolsillos de su falda pesada y bastante anticuada-. Algún día se lo diré -alzó la mirada-. De cualquier modo, ha sido usted muy amable. Ahora me gustaría que se marchara; no estoy de ánimos para ver a nadie -se movió hacia la puerta de la sala de modo casual; arrastraba los pies y parecía agotada, como si sus reservas de energía se hubieran terminado.

-Yo sé qué le ocurre -dijo él.

-¿Sí? -abrió la puerta; su voz iba tornándose aún más gastada, seca y estéril.

-No tiene amigos. Está mucho peor que cuando la vi más temprano; y eso es porque...

-Tengo amigos -en su voz surgió una súbita autoridad. Recobró la energía-. O al menos los tenía. Siete. Era suficiente para empezar, pero ahora los cazadores de bonificaciones han tenido tiempo de iniciar su tarea. De modo que algunos de ellos, quizá todos, estarán muertos -fue hacia la ventana, miró la oscuridad y las pocas luces diseminadas aquí y allá-. Tal vez sea la única sobreviviente de nosotros ocho.

-¿Qué es un cazador de bonificaciones?

-Ah, sí. Se supone que la gente lo ignora. Un cazador de bonificaciones es un asesino profesional al que se le da una lista de personas que debe matar. Se le paga una suma: tengo entendido que la tarifa corriente es de mil dólares por cada una. Y normalmente trabaja para el ayuntamiento, de modo que recibe también un salario, que se mantiene bajo para que el hombre tenga un incentivo.

-¿Está usted segura? -preguntó Isidore.

-Sí.

-¿...quiere decir, de que tiene un incentivo?

-Pues sí, lo tiene. *Le gusta* hacer lo que hace.

-Eso no es posible -respondió Isidore. Jamás había oído hablar de una cosa semejante. Por ejemplo, el Amigo Buster nunca lo había mencionado-. No concuerda con la actual ética merceriana -señaló-. Todas las vidas son una; «ningún hombre es una isla», como dijo Shakespeare una vez.

-No; John Donne.

Isidore hizo agitadamente un gesto.

-Es lo peor que he oído decir. ¿No puede llamar a la policía?

-No.

-¿Y la están siguiendo? ¿Alguien puede venir aquí, a matarla? -estaba comprendiendo por qué la chica se mostraba tan reservada-. No me extraña que tenga miedo y que no desee ver a nadie -pero pensó: «debe ser una alucinada, una psicótica con delirios de persecución. Daño cerebral provocado por el polvo radiactivo... Quizá sea una especial»-. Yo los atacaré primero -dijo.

-¿Con qué? -la muchacha sonrió suavemente, mostrando sus dientes suaves, blancos, parejos.

-Conseguiré una licencia para usar un rayo láser. No es difícil cuando uno vive aquí, donde no hay nadie. La policía no patrulla y se supone que todo el mundo debe defenderse solo.

-¿Y cuando esté en su trabajo?

-Pediré vacaciones.

-Muchas gracias, J.R. Isidore. Pero si los cazadores de bonificaciones han cogido a los demás, a Max Polokov, a Garland, a Luba, a Hasking y a Roy Baty -se interrumpió-, Roy e Irmgard Baty... Si ellos han muerto, ya nada me importa. Son mis mejores amigos. ¿Por qué no he recibido noticias de ellos? -dejó escapar una furiosa maldición.

En la cocina, Isidore encontró fuentes, boles, vasos polvorientos, sin uso desde hacía largo tiempo. Empezó a lavarlos en el fregadero dejando correr el agua caliente coloreada por la herrumbre, hasta que se aclaró. Pris apareció y se acercó a la mesa. Él abrió la botella de Chablis, y repartió los melocotones, el queso, el tofu.

-¿Qué es eso? -dijo ella, señalando.

-Está hecho de soja. Me gustaría tener un poco de... -se interrumpió, ruborizado-. Antes se comía con salsa de carne.

-Esos son los errores que cometen los androides -murmuró Pris-. Por eso se delatan -se acercó a Isidore, se detuvo a su lado y le pasó el brazo por la cintura sorpresivamente, oprimiéndose contra él por un segundo-. Quiero un poco de melocotón -dijo, y cogió delicadamente con sus largos dedos una tajada mórbida y resbalosa de color entre naranja y rosado. Mientras se la comía empezó a llorar; frías lágrimas bajaban por sus mejillas y caían sobre su pecho. Como Isidore no sabía qué hacer, continuó en la repartición de los alimentos-. Al diablo con todo -agregó Pris, apartándose de él y empezando a caminar lentamente, a pasos medidos, por la habitación-, le contaré. Nosotros vivíamos en Marte. Por eso he podido conocer a los androides -su voz temblaba, pero logró continuar. Obviamente era muy importante para ella tener alguien con quien conversar.

-Y las únicas personas que usted conoce en la Tierra -dijo Isidore-, son sus amigos inmigrantes.

-Nos conocíamos antes del viaje; vivíamos todos cerca de Nueva Nueva York. Roy Baty e Irmgard tenían una farmacia; él es farmacéutico y ella se ocupa de cremas y cosméticos. Las mujeres de Marte están obligadas a usar una cantidad de acondicionadores de la piel. Y yo -vaciló-, tomaba las drogas que me daba Roy. Al principio las necesitaba porque... De todos modos es un lugar horrible -con un gesto violento indicó sus habitaciones-. Usted piensa que yo sufro porque me siento sola. Pero esto no es nada: todo Marte es un lugar solitario. Mucho peor.

-Y los androides, ¿no son una compañía? He oído un anuncio... Yo creía que los androides ayudaban -Isidore se sentó y comió, ella alzó su vaso de vino y bebió inexpresivamente.

-Los androides también se sienten solos -respondió Pris.

-¿Le gusta el vino?

-Es muy bueno -Pris apoyó el vaso sobre la mesa.

-Es la primera botella que veo en tres años.

-Volvimos -continuó ella-, porque nadie debería vivir allá. No ha sido nunca un lugar habitable, al menos durante el último billón de años. Es tan viejo..., uno siente esa terrible vejez en las mismas piedras. Al principio, Roy me daba drogas. Yo lograba sobrevivir merced a un nuevo analgésico sintético, la silenicina. Y conocí entonces a Horst Hartman, que tenía una tienda de sellos, de viejos sellos de correo. Hay mucho tiempo disponible y uno necesita un hobby, algo que ocupe infinitamente la atención. Y Horst logró que yo me interesara por la ficción precolonial.

-¿Quiere decir, libros antiguos?

-Narraciones de viajes espaciales, escritas antes de los viajes espaciales.

-¿Y cómo podía haber narraciones antes de...?

-Los escritores sabían.

-Pero, ¿en qué se fundaban?

-En la imaginación. Muchas veces se equivocaban. Por ejemplo, contaban que Venus era una jungla paradisíaca con enormes monstruos y mujeres con corazas brillantes -Pris lo miró-. ¿No le gusta la idea? ¿Mujeres de largas trenzas rubias y refulgentes placas pectorales del tamaño de melones?

-No -respondió Isidore.

-Irmgard es rubia, pero pequeña -continuó Pris-. Pues bien, sea como fuere, es posible ganar fortunas con el contrabando de ficción precolonial, de revistas, libros y películas, a Marte. No hay cosa más excitante que leer historias de ciudades y empresas industriales

inmensas o de una colonización verdaderamente lograda. Uno se imagina cómo podría haber sido todo. Cómo habría tenido que ser Marte. Los canales...

-¿Canales? -Isidore recordaba oscuramente haber leído algo al respecto. Antiguamente se creía que había canales en Marte.

-Cruzaban el planeta en todas direcciones -siguió Pris-. Y otros cuentos hablan de seres infinitamente sabios, de otras estrellas. Y otros de la Tierra en el futuro, en nuestra época, y más adelante. Cuando ya no haya más polvo radiactivo.

-Y leer eso, ¿no hace que uno se sienta peor? -preguntó Isidore.

-No -respondió sencillamente Pris.

-¿Ha traído algún material de lectura precolonial? -pensó que podía leer algo.

-Aquí no tiene valor, no está de moda. Y de todas maneras, las bibliotecas están repletas. Nosotros lo conseguimos así; se roba en las bibliotecas de la Tierra y se envía por cohete automático a Marte. Y una está vagando por el espacio, a la noche, y ve de improviso un destello, y un cohete llega y se abre y de su interior se derraman las viejas revistas de ficción precolonial. Una fortuna. Y por supuesto, las leemos antes de venderlas -cada vez le entusiasmaba más el tema-. Y de todas...

Un golpe en la puerta.

Palideciendo, Pris susurró:

-No puedo abrir. No haga ruido, no se mueva -intentó escuchar-. Me pregunto si cerré la puerta -dijo en voz casi inaudible-. Espero que sí -sus ojos, muy grandes, se fijaron en él, como si le rogaran que convirtiera su deseo en realidad.

Una voz distante dijo:

-Pris, ¿estás aquí?

-Somos Irmgard y Roy -dijo una voz de hombre-. Recibimos tu mensaje.

Pris se puso de pie, fue hasta el dormitorio, y reapareció con papel y lápiz. Volvió a sentarse y rasguñó unas palabras:

VAYA A LA PUERTA.

Isidore, nerviosamente, cogió el lápiz y escribió:

¿QUE LES DIGO?

Pris respondió:

VEA SI DE VERDAD SON ELLOS.

Isidore se dirigió a la sala. ¿Cómo haré para saber si son ellos? Abrió la puerta.

Había dos personas. Una mujer pequeña, de ojos azules y pelo rubio claro, con un encanto que evocaba el de Greta Garbo. El hombre era más alto; sus ojos eran inteligentes pero sus achatados rasgos mongólicos le daban un aire brutal. La mujer vestía un abrigo a la moda, altas botas brillantes y pantalones; el hombre llevaba una camisa arrugada y unos pantalones manchados, como si buscara deliberadamente un aspecto vulgar. Le sonrió a Isidore, pero sus ojos pequeños, brillantes, eran huidizos.

-Estamos buscando... -dijo la rubia pequeña, y en ese momento miró más allá de Isidore y su rostro se iluminó de felicidad. Pasó velozmente al lado del hombre, exclamando-: ¡Pris! ¿Cómo estás?

Isidore se volvió. Las dos mujeres se abrazaban. Se hizo a un lado, y entró el sombrío y corpulento Roy Baty, con su sonrisa torcida e inexpresiva.

14

-¿Podemos hablar? -dijo Roy, señalando a Isidore.

Pris, vibrante de júbilo, respondió:

-Sí. Hasta cierto punto -luego se dirigió a Isidore-: Perdón -se apartó con los Baty para decirles algo en voz baja. Luego los tres regresaron y se acercaron a J.R. Isidore, que se sentía incómodo y fuera de lugar-. Os presento al señor Isidore -dijo Pris-, que ha estado

cuidándome -las palabras estaban teñidas de una ironía casi maliciosa, que hizo parpadear a Isidore-. ¿Veis? Me ha traído comida natural.

-Comida -repitió Irmgard Baty mientras trotaba ágilmente hacia la cocina para averiguar de qué se trataba-. Melocotones -dijo, mientras cogía un bol y una cuchara. Dedicó una sonrisa a Isidore y comió a pequeños bocados, voraces y animales. Su sonrisa era distinta de la de Pris. Contenía una sencilla calidez y carecía de connotaciones veladas.

Isidore la siguió a la cocina, atraído.

-Viene de Marte..., ¿no?

-Sí, abandonamos la partida -su voz subía y bajaba de tono; sus ojos azules, perspicaces, como de pájaro, centelleaban-. Este edificio es horrible. No vive nadie más, ¿verdad? No hemos visto otras luces.

-Vivo arriba -dijo Isidore.

-Ah, pensé que vivía con Pris -no había desaprobación en la voz de Irmgard Baty. Sólo enunciaba un hecho.

-Cogieron a Polokov -dijo Roy Baty con amargura, pero sin dejar de sonreír. E inmediatamente en el rostro de Pris se desvaneció la alegría de haber encontrado a sus amigos.

-¿Ya alguien más?

-A Garland -continuó Roy Baty-. Y a Anders y a Gitchel y hoy mismo, hace un rato, a Luba -dejaba caer las noticias como si perversamente le complaciera hacerlo-. No creía que pudieran sorprender a Luba. ¿Recuerdas que te lo dije en la nave?

-De modo que quedamos...

-Sólo nosotros tres -agregó Irmgard, como urgida.

-Y por eso hemos venido -dijo Roy Baty en voz cálida y sonora. Cuanto peor era la situación, más a gusto parecía sentirse. Isidore no comprendía por qué.

-Dios mío -respondió Pris, afligida.

-Primero fue un investigador, un cazador de bonificaciones llamado Dave Holden -dijo Irmgard, y su boca parecía escupir veneno-. Polokov estuvo a punto de matarlo.

-A punto -repitió Roy. Su sonrisa era inmensa.

-Y ahora está en el hospital -continuó Irmgard-, ese Holden. Pero sin duda le dieron su lista a otro cazador de bonificaciones, a quien Polokov también atacó, pero la cosa terminó con la muerte de Polokov. Y después el nuevo cazador persiguió a Luba. Esto lo sabemos porque ella logró comunicarse con Garland; él envió a una persona que capturó al cazador de bonificaciones y lo llevó al edificio de la calle Mission. Luba nos llamó después de que el hombre de Garland se llevara al cazador. Estaba segura de que todo marcharía bien y de que Garland lo mataría. Pero es evidente que algo anduvo mal en Mission. No sabemos qué, y tal vez jamás lo sabremos.

-Y el nuevo cazador de bonificaciones, ¿tiene nuestros nombres? -preguntó Pris.

-Lo más probable es que sí, querida -respondió Irmgard-. Pero no sabe dónde estamos. Roy y yo no volveremos a nuestro apartamento. Tenemos en el coche todo lo que pudimos meter, y estamos decididos a instalarnos en uno de los pisos abandonados de este inmundo edificio.

-¿Y eso será lo mejor? -preguntó Isidore, reuniendo su valor-. ¿Estar todos en el mismo lu-lugar?

-Bueno, han atrapado a todos los demás -dijo Irmgard, con serenidad. También ella parecía resignada a pesar de su agitación superficial.

«Todos eran extraños», pensó Isidore. Lo sentía, pero no podía explicárselo. Como si sus procesos mentales estuvieran afectados por un peculiar y maligno carácter abstracto. Excepto Pris, en todo caso, que estaba verdaderamente asustada. Pris parecía casi natural, pero...

-¿Por qué no te quedas con él? -dijo Roy-. Podría darte alguna protección.

-¿Un cabeza de chorlito? -exclamó Pris-. Yo no voy a vivir con un cabeza de chorlito.

-Me parece una tontería que te pongas snob en un momento como éste -respondió rápidamente Irmgard-. Los cazadores de bonificaciones se mueven velozmente. Quizá trate de

atacar esta noche, quizá le den un premio especial si termina con nosotros antes de...

-Por Dios, cerremos la puerta -dijo Roy, al tiempo que lo hacía con un golpe de la mano. Luego dio vuelta la llave-. Pris, lo mejor es que te instales con Isidore, y que Irm y yo nos quedemos en el mismo edificio. Así podremos ayudarnos mutuamente. Tengo en el coche algún equipo electrónico que traje de la nave. Instalaré un par de micrófonos para que tú puedas oírnos, y nosotros a ti, y un sistema de alarma que cualquiera de los cuatro pueda poner en marcha. Es evidente que las identidades sintéticas no han funcionado, ni siquiera la de Garland. Desde luego, Garland metió la cabeza en el lazo cuando llevó a ese cazador de bonificaciones al edificio de la calle Mission. Fue un error. Y Polokov, en lugar de permanecer lo más lejos posible del cazador, fue a su encuentro. Nosotros no haremos nada de eso: nos quedaremos escondidos.

Parecía que no sentía la menor preocupación. El angustioso aprieto sólo excitaba en él una crepitante energía casi maníaca.

-Pienso... -continuó. Inspiró con fuerza, y atrajo la atención de todo el mundo, incluso de Isidore-. Pienso que si estamos vivos es por una razón. Porque si él tuviera alguna idea de dónde estamos, ya habría aparecido. Para cazar bonificaciones hay que trabajar rápido. En eso radica la eficacia.

-Si se demora -continuó Irmgard, acordando-, podemos escapar, como hemos hecho ahora. Creo que Roy tiene razón. Debe saber nuestros nombres, pero no nuestra situación. Pobre Luba... En la ópera, totalmente en descubierto, no era difícil atraparla.

-Ella lo quiso así -observó Roy-. Pensaba que estaría más segura si se convertía en una figura pública.

-Tú le dijiste lo contrario.

-Sí -reconoció Roy-. Y también le aconsejé a Polokov que no adoptara el rol de un hombre de la WPO. Y le dije a Garland que uno de sus cazadores de bonificaciones lo descubriría, como es muy probable que haya ocurrido -se mecía sobre sus talones; su rostro tenía expresión de profundidad.

-Entiendo po-por lo que ha dicho, señor Baty -dijo Isidore-, que usted es el lí-líder natural del grupo.

-Sí, es nuestro líder -dijo Irmgard.

-Él organizó el viaje de Marte a la Tierra -explicó Pris.

-Entonces -continuó Isidore-, será mejor hacer lo que él sugiere -su voz estaba llena de tensión y de esperanza-. Sería espléndido, Pris, que viniera a vivir conmigo. Yo podría dejar de ir a trabajar durante un par de días, para estar seguro de que todo marcha bien -y tal vez Milt, que era muy hábil, podría construir un arma. Algo ingenioso, capaz de matar a los cazadores de bonificaciones, sean como fueran. Él tenía una impresión distinta, oscuramente vislumbrada, de un ser despiadado que llevaba un arma y una lista impresa, y desempeñaba mecánica, burocráticamente la tarea de matar. Un ser sin emociones y ni siquiera un rostro. Y que cuando moría era inmediatamente reemplazado por otro similar. Y así sucesivamente, hasta que murieran todas las personas vivas y reales.

«Es increíble que la policía no pueda hacer nada -pensó-. No puedo creerlo. Esta gente tiene que haber hecho algo. Quizás han regresado ilegalmente a la Tierra. La TV pide que denunciemos cualquier nave que aterrice fuera de los aeropuertos aprobados. Seguramente la policía los busca por algo como eso». Pero, aún así, ya no se mataba deliberadamente a nadie. Era contrario al Mercerismo.

-Creo que le gusto al cabeza de chorlito -dijo Pris.

-No lo llames así, Pris -reprochó Irmgard, mirando compasivamente a Isidore-. Piensa cómo podría llamarte él a ti.

Pris no respondió. Su expresión se tornó enigmática.

-Empezaré a colocar los micrófonos -dijo Roy-. Irmgard y yo nos quedaremos aquí. Tú, Pris, te instalarás con... el señor Isidore -se dirigió a la puerta, con movimientos sorprendentemente veloces para un hombre de tal corpulencia. La abrió con violencia y en ese

Librodot

instante Isidore tuvo una extraña y breve alucinación: vio una estructura de metal, una caja de poleas, circuitos, baterías, engranajes, y luego la desaliñada figura de Roy Baty reapareció. Isidore estuvo a punto de reír, sofocó nerviosamente el impulso y se sintió aturdido.

-Un hombre de acción -observó Pris, abstraída-. Es una lástima que no tenga más habilidad manual con las cosas mecánicas.

-Si nos salvamos -contestó Irmgard en tono severo-, será gracias a Roy.

«¿Valdrá la pena?», dijo Pris para sí misma. Luego se encogió de hombros y se dirigió a Isidore-: Está bien, J.R. Me iré a su casa y podrá protegerme.

-A todos vosotros -respondió Isidore de inmediato.

En tono formal y solemne, Irmgard le dijo:

-Quiero que sepa, señor Isidore, que se lo agradecemos mucho. Pienso que es usted el primer amigo que hemos encontrado en la Tierra. Su actitud es muy noble, y ojalá podamos pagarle algún día -se acercó a él y lo cogió del brazo.

-¿No tiene alguna novela precolonial que pueda leer?

-¿Eh? -Irmgard Baty miró inquisitivamente a Pris.

-Esas revistas viejas -respondió Pris. Había reunido algunas cosas para llevarse e Isidore las cogió en sus brazos, con la peculiar alegría de haber alcanzado una meta.

-No, J.R. No trajimos ninguna, por las razones que le expliqué.

-Ma-mañana iré a una bi-biblioteca -dijo, mientras salían al pasillo-. Y traeré algunas, para que tenga algo en qué entretenerse además de esperar.

Condujo a Pris a su propio apartamento, escaleras arriba, oscuro, vacío, tibio y cerrado. Puso en el dormitorio las cosas de la muchacha, y encendió inmediatamente las luces, la calefacción y la TV con su único canal.

-Me gusta -dijo Pris en el mismo tono distante mientras recorría el lugar con las manos metidas en los bolsillos de su falda y una expresión de desagrado que no concordaba.

-¿Qué ocurre? -preguntó él.

-Nada -se detuvo ante la ventana, descorrió las cortinas y miró hacia fuera.

-Si piensa que la están buscando... -empezó Isidore.

-Es todo un sueño -dijo Pris-. Provocado por las drogas que me dio Roy.

-¿Cómo?

-¿Usted cree realmente que los cazadores de bonificaciones existen?

-El señor Baty dijo que habían matado a sus amigos.

-Roy Baty es tan loco como yo -respondió Pris-. Nuestro viaje ha sido desde un Hospital Mental de la Costa Este hasta aquí. Somos todos esquizofrénicos, con vidas emocionales defectuosas. Achatamiento de los afectos, le llaman a eso. Y tenemos alucinaciones de grupo.

-Ya me parecía que no era cierto -dijo él, con alivio.

-¿Y por qué le parecía? -Pris giró y lo miró intensamente. Su examen fue tan riguroso que Isidore enrojeció.

-Po-porque esas cosas no pueden ocurrir. El Go-gobierno nunca mata a nadie, por ningún crimen. Y el Mercerismo...

-Pero si usted no es humano -dijo Pris-, todo es diferente.

-No es cierto. Incluso los animales, incluso las anguilas y los topos y las arañas y las serpientes son sagrados.

-Así que no puede ocurrir, ¿verdad? -dijo Pris, que continuaba mirándolo fijamente-. Como usted dice, incluso los animales están protegidos por la Ley. Toda forma de vida. Cualquier cosa orgánica que repta o se agita o cava trincheras o vuela o pone huevos o... -se interrumpió cuando Roy Baty abrió bruscamente la puerta y entró arrastrando unos cables.

-Los insectos son especialmente sagrados -dijo Roy, sin mostrarse incómodo por haberlos oído. Quitó un cuadro de la pared de la sala, puso en el clavo un pequeño objeto electrónico, retrocedió, lo miró y volvió a colocar el cuadro en su lugar-. Ahora la alarma -recogió el cable, que conducía a un complejo aparato. Con su sonrisa discordante lo mostró a Pris y a

John Isidore-. La alarma. Estos cables quedarán ocultos debajo de la alfombra; son antenas que pueden registrar la presencia de -vaciló- una entidad mental que no sea ninguno de nosotros cuatro.

-Entonces suena -dijo Pris-, ¿y qué? Tendrá un arma. No podemos caer sobre él y morderlo hasta que muera.

-Esto contiene una unidad Penfield -continuó Roy-. Cuando la alarma entra en funcionamiento irradia un estado de ánimo, y en este caso el intruso sentirá pánico, salvo en el caso de que actúe con gran rapidez. Un pánico terrible. El volumen está en el punto máximo. Ningún ser humano podrá permanecer más de unos segundos. El terror conduce a una huida a ciegas, a movimientos circulares al azar, a espasmos musculares y neurales. Y esto nos dará la oportunidad de atacarlo. Tal vez. Todo depende de su capacidad...

-Y la alarma, ¿no nos afectará? -preguntó Isidore.

-Es verdad -dijo Pris a Roy Baty-. Afectará a Isidore.

-Y con eso, ¿qué? -respondió Roy, mientras instalaba el sistema-. Los dos saldrán corriendo de aquí, aterrorizados. Eso nos dará igualmente tiempo para reaccionar. Y no matarán a Isidore, porque no está en su lista. Por eso podemos aprovechar su protección.

-¿No puedes hacer nada mejor, Roy? -dijo bruscamente Pris.

-No -contestó él-. No puedo.

-Qui-quizá yo pueda co-conseguir un arma ma-mañana -dijo Isidore.

-¿Estás seguro de que la presencia de Isidore no activará la alarma? -preguntó Pris -Después de todo, él es..., sabes...

-He compensado sus emanaciones mentales -explicó Roy-. La suma no alcanza para activar el sistema. Es necesaria la presencia de otro humano. Otra persona -rectificó con el ceño fruncido, mirando a Isidore, consciente de lo que había dicho.

-Ustedes son androides -dijo Isidore; no le importaba, le era igual-. Y ahora comprendo por qué los persiguen -agregó-. En realidad, no son seres vivos -todo tenía sentido para él: los cazadores de bonificaciones, la muerte de sus amigos, el viaje a la Tierra, todas aquellas precauciones...

-Cuando usé la palabra «humano» -dijo Roy Baty-, me equivoqué.

-Es verdad, señor Baty. Pero para mí es lo mismo. Quiero decir, yo soy un especial. A mí tampoco me tratan demasiado bien. Por ejemplo, no puedo emigrar -dijo Isidore, hablando muy deprisa-. Ustedes no pueden venir aquí, yo no...

Después de una pausa, Roy Baty dijo lacónicamente:

-No le gustaría Marte. No se pierde usted nada.

-Me preguntaba cuánto tardaría usted en darse cuenta -le dijo Pris a Isidore-. Somos diferentes, ¿verdad?

-Eso es lo que perdió a Garland y a Max Polokov -afirmó Roy Baty-. Estaban tan neciamente seguros de que podían pasar inadvertidos... Y Luba también.

-Son intelectuales -dijo Isidore; había comprendido, y eso lo excitaba y envanecía-. Piensan de modo abstracto -gesticulaba y hablaba atropelladamente-, y no... Yo querría tener una inteligencia igual. Entonces podría pasar el test y no sería un cabeza de chorlito. Yo creo que son seres superiores. Podría aprender mucho de ustedes.

Después de una pausa, Roy Baty dijo:

-Terminaré de conectar la alarma.

-Todavía no comprende cómo salimos de Marte -dijo Pris en voz aguda y sonora-. Ni lo que hicimos allá.

-Lo que no podíamos dejar de hacer -gruñó Roy.

Irmgard Baty estaba en la puerta. Lo advirtieron cuando habló.

-No creo que sea necesario preocuparse por el señor Isidore -dijo sinceramente. Se acercó a él y lo miró en la cara-. A él tampoco lo tratan demasiado bien, como nos ha dicho. Y no le importa lo que hemos hecho en Marte. Nos conoce, no le disgustamos, y la aceptación emocional es todo para él. Para nosotros, es difícil comprenderlo. Sin embargo, así es -y

agregó para él, acercándosele mucho y sin dejar de mirarlo-: Podría ganar mucho dinero si nos denuncia, ¿lo comprende? -se volvió y se dirigió a su marido-. ¿Ves? Comprende perfectamente, pero no dirá nada.

-Usted es un gran hombre, Isidore -dijo Pris-. Un crédito para su raza.

-Si fuera un androide, nos denunciaría a eso de las diez de mañana, antes de ir a trabajar -dijo Roy-. Estoy lleno de admiración -su tono era indescifrable, por lo menos para Isidore-. Y nosotros imaginábamos que éste era un mundo enemigo, un planeta de caras hostiles -su risa parecía un ladrido.

-Yo no tengo miedo -declaró Irmgard.

-Pues tendrías que tener miedo hasta las suelas de tus zapatos -respondió Roy.

-Votemos -sugirió Pris-. Como hacíamos en la nave cuando no estábamos de acuerdo.

-Está bien -dijo Irmgard-. No diré nada más. Pero si dejamos esto, no creo que encontremos otro ser humano que nos acoja y nos ayude. El señor Isidore es un... -buscó la palabra.

-Especial -completó Pris.

15

Solemnemente procedieron a la votación.

-Nos quedaremos aquí -afirmó Irmgard, resueltamente-. En este apartamento, en este edificio.

-Yo voto porque matemos al señor Isidore y nos vayamos a otro lugar -dijo Roy Baty; su mujer, él mismo, y John Isidore, miraron tensos a Pris.

-Yo voto porque nos quedemos -dijo en voz baja-. Creo que el valor de J.R. para nosotros supera el peligro de que sepa la verdad. Es evidente que no podemos vivir entre los humanos sin ser descubiertos. Eso fue lo que terminó con Polokov, con Garland, Luba, Anders. Con todos.

-Tal vez ellos hicieron lo mismo que nosotros -sugirió Roy Baty-: confiar en algún ser humano que les parecía diferente. O como has dicho tú, especial.

-No podemos saberlo -respondió Irmgard-. Eso es sólo una conjetura. Yo creo que ellos andaban por ahí -hizo un gesto-, o cantaban en un escenario..., como Luba. Nosotros confiamos... Te diré en qué cosa confiamos y nos traiciona, Roy. En nuestra maldita inteligencia superior -miró a su marido; sus senos altos y pequeños subían y bajaban con rapidez-. Somos tan inteligentes..., maldito sea, Roy. Tú estás cometiendo el mismo error...

-Creo que Irm tiene razón -dijo Pris.

-De modo que confiaremos nuestras vidas a un infradotado -Roy no terminó la frase, y luego cedió-. Estoy cansado. Ha sido un largo viaje, Isidore -dijo sencillamente-. Y no hemos estado mucho tiempo aquí, infortunadamente.

-Espero contribuir a que vuestra estancia en la Tierra sea agradable -dijo Isidore, feliz. Estaba seguro de poder... Además, le parecía algo espléndido, la culminación de toda su vida. Y de la nueva autoridad que había asumido ese mismo día en su trabajo, ante el videófono...

Apenas concluidas sus tareas de esa tarde, Rick Deckard voló al mercado de animales. Las tiendas de los grandes vendedores de animales, con sus enormes escaparates y sus fantásticos letreros, ocupaban varias manzanas. La novedosa y horrible depresión que había sufrido antes, temprano, no se había disipado aún. Pero ver lo animales y tratar con los vendedores podía perforar esa depresión, crear en ella una falla que le permitiría asirla y exorcizarla. En otros tiempos, ver animales y enterarse de las costosas ventas le había sido de gran ayuda. Quizá también ocurriera ahora.

-Sí, señor -dijo un joven vendedor elegantemente vestido, mientras Rick miraba los animales expuestos con una especie de manso asombro-. ¿Ha visto algo que le agrade?

-Muchos me agradan -respondió Rick-. Lo que me preocupa es el precio.

-Usted puede elegir la forma de compra -dijo el vendedor-. Me indica qué quiere llevarse a casa y cómo quiere pagar. Yo le llevaré la propuesta al gerente de ventas y haré que la apruebe.

-Tengo tres mil en efectivo -al final de la jornada, el departamento le había pagado su bonificación-. ¿Cuánto vale esa familia de conejos?

-Señor, si usted puede hacer un pago inicial de tres mil, podría también ser propietario de algo bastante mejor que un par de conejos. ¿Qué le parece una cabra?

-Nunca me han gustado mucho las cabras.

-¿Puedo preguntarle si esto significa para usted, un nuevo punto de vista en materia de precios?

-Bueno, normalmente no poseo tres mil dólares -respondió Rick.

-Eso es lo que pensé, señor, cuando usted habló de conejos. Lo malo es que todo el mundo tiene un conejo. Y me gustaría que ascendiese usted a la clase de los poseedores de cabras, como considero justo. Con franqueza, usted me parece aún mucho más que un poseedor de cabras.

-¿Qué ventajas tiene una cabra?

El vendedor de animales dijo:

-La ventaja específica de una cabra es que se le puede enseñar a embestir a cualquier persona que intente robarla.

-Salvo que le disparen un hipno-dardo y los ladrones desciendan por la escalinata de un coche aéreo suspendido...

El vendedor, impertérrito, continuó:

-La cabra es leal. Posee un alma libre que ninguna cárcel puede contener. Y hay, además, otra ventaja, que quizá no recuerde usted: con frecuencia, cuando se hace una inversión en un animal, se descubre cualquier mañana que ha comido algo radiactivo y ha muerto. A una cabra no le afectan los alimentos cuasi-contaminados; puede comer eclécticamente, incluso cosas que matarían a una vaca o un caballo, y más específicamente, a un gato. Consideramos que, puesto que se trata de una inversión a largo plazo, una cabra, y en particular una hembra, ofrece ventajas incomparables a todo propietario de animales verdaderamente serio.

-¿Es una hembra? -Rick había visto una gran cabra negra en el centro de su jaula. Se dirigió hacia ella, seguido por el vendedor.

-Sí, es una hembra. Una cabra negra, nubia, muy grande, como puede ver. Es una verdadera competidora en el mercado de este año, señor. Y la tenemos en oferta a un precio muy atractivo y muy, muy bajo.

Rick extrajo su arrugado ejemplar del Sidney y buscó el precio de lista de la cabra nubia negra.

-¿Pagará usted en efectivo? -preguntó el vendedor-. ¿O entrega como parte de pago un animal usado?

-Efectivo -respondió Rick.

El vendedor escribió un precio en un papel y se lo mostró casi furtivamente a Rick.

-Es demasiado -dijo Rick, escribiendo en el mismo papel una cifra más modesta.

-No podríamos vender una cabra por ese precio -protestó el vendedor mientras escribía otra cifra-. Esta cabra no tiene todavía un año. Su expectativa de vida es muy elevada -le mostró la cantidad a Rick.

-Trato hecho.

Firmó el contrato y los documentos aplazados, entregó sus tres mil dólares -todas las bonificaciones que había ganado- como aporte inicial, y se encontró junto a su coche aéreo mientras los empleados de la tienda cargaban a bordo una gran cesta con la cabra.

«Ahora soy dueño de un animal -se dijo-. Un animal vivo, no eléctrico... Por segunda vez en mi vida».

Le estremecía el gasto, la deuda asumida. «Pero tenía que hacerlo -se dijo-. La experiencia

Librodot

con Phil Resch... Debo recuperar mi confianza, mi fe en mí mismo y en mi capacidad. De lo contrario, no podré conservar mi trabajo».

Con manos temblorosas elevó su coche al cielo y se dirigió a su casa. «Iran se enfadará -pensó-. La responsabilidad la abrumará. Y como ella es la que está todo el día en casa, gran parte del mantenimiento quedará en sus manos». Nuevamente se sintió angustiado.

Cuando aterrizó en el terrado de su casa se quedó un momento en su asiento, tratando de componer mentalmente una justificación verosímil. «Es por mi trabajo -pensó-, por el prestigio. No podíamos seguir con esa oveja eléctrica: minaba mi moral. Quizá pueda decirle eso a Iran».

Descendió con esfuerzo, jadeando, bajó la cesta del asiento trasero al suelo. La cabra se movió y los miró con ojos brillantes, pero no emitió sonido alguno.

Rick fue a su apartamento, y siguió el familiar camino por los pasillos hasta su puerta.

-Hola -dijo Iran, atareada con la cena, desde la cocina-. ¿Por qué llegas tan tarde?

-Ven al terrado -le dijo-. Quiero mostrarte una cosa.

-*Has comprado un animal* -Iran se quitó el delantal, alisó su cabello en un gesto maquinal y salió con él. Ambos caminaban con pasos largos y alegres-. Deberías haberme llevado a comprarlo contigo -susurró-. Tengo derecho a participar en la decisión... Es la compra más grande que nunca...

-Quería darte una sorpresa -respondió Rick.

-Has ganado alguna bonificación -dijo ella.

-Sí. He retirado tres andrillos -entraron en el ascensor y se acercaron un poco a Dios-. Tenía necesidad de comprar esto -explicó-. Hoy hubo algo que no marchó bien, me refiero al retiro de los andrillos. Y no podré continuar si no tengo un animal -el ascensor llegó al terrado y entonces guió a su mujer en la oscuridad de la noche hacia la pequeña dehesa. Encendió las luces que mantenían todos los ocupantes del edificio en comunidad, y silenciosamente señaló a la cabra mientras espiaba su reacción.

-Oh, Dios mío -dijo suavemente Iran. Avanzó hacia la cesta, miró el interior, y luego giró en torno, para ver la cabra desde todos los ángulos-. ¿Es real? -preguntó-. ¿No es falsa?

-Absolutamente real -respondió él-. Si no me han engañado -pero eso no solía suceder. La multa por falsificación era enorme: dos veces y media el valor total del animal auténtico-. No, no me han engañado.

-Es una cabra -dijo Iran-. Una cabra nubia negra.

-Y es hembra -observó Rick-. De modo que más adelante podremos cruzarla, tendremos leche y con ella haremos queso.

-¿No podemos sacarla? ¿Ponerla junto a la oveja?

-Tiene que estar atada, al menos por unos días.

Iran dijo, en voz baja y extraña:

-Mi vida es amor y placer. Es una canción vieja, muy vieja, de Josef Strauss. ¿Recuerdas? La primera vez que nos encontramos -le puso delicadamente una mano en el hombro, se apretó contra él y lo besó-. Mucho amor y placer.

-Gracias -respondió Rick, abrazándola.

-Bajemos a agradecerle a Mercer. Luego volveremos y le pondremos un nombre. Tiene que tener un nombre. Y quizá puedas encontrar una soga para atarla.

Bill Barbour, el vecino, que estaba atendiendo y peinando a su yegua Judy, les dijo:

-Es hermosa esa cabra, Deckard. Buenas noches, señora Deckard. Felicitaciones. Quizá tenga cabritos... Y cambiaría mi potrillo por un par de cabritos...

-Gracias -contestó Rick. Siguió a Iran hacia el ascensor-. ¿Sirve esto para curar tu depresión? -preguntó-. Cura la mía.

-Naturalmente. Ahora podemos reconocer que la oveja es falsa.

-No es indispensable -observó él, cautelosamente.

-Pero *podemos* -insistió Iran-. Ahora no tenemos nada que ocultar. Lo que siempre hemos querido se ha hecho realidad. ¡Es un sueño! -una vez más se irguió en puntas de pie y lo besó;

su respiración ansiosa le cosquilleaba en el cuello. Luego oprimió el botón del ascensor.

Rick sintió una especie de advertencia. Algo le hizo decir:

-No bajemos todavía. Quedémonos con la cabra. Podemos sentarnos y mirarla, y quizá darle algo de comer. Me dieron un saco de avena para comenzar. Y deberíamos leer el manual de cuidado de las cabras; lo incluyeron sin cargo... Podríamos llamarla Euphemia...

El ascensor había llegado. Iran entró en él.

-Espera, Iran -dijo Rick.

-Sería inmoral no fundirse con Mercer en acto de gratitud -dijo Iran-. Hoy cogí las asas de la caja y vencí un poco mi depresión. Un poco, no como ahora. Pero de cualquier modo recibí una pedrada, aquí -alzó la muñeca y mostró a Rick un pequeño moretón oscuro-. Y recuerdo que pensé en cuánto mejor estamos cuando nos fundimos con Mercer. A pesar del dolor. Duele físicamente, pero estamos espiritualmente juntos. Sentí a todos los demás que, en todo el mundo, se fundían en ese momento -retuvo abierta la puerta del ascensor-. Ven Rick. Será sólo un momento. Casi nunca te fundes. Y hoy querría que transmitieras a todos los demás el ánimo en que te encuentras. Es algo que les debes; sería inmoral que te lo guardaras para ti.

Tenía razón, por supuesto. De modo que entró en el ascensor, y ambos fueron a su piso.

En el living, Iran encendió la caja de empatía con el rostro animado por una alegría creciente. Como una luna nueva.

-Quiero que todos lo sepan -dijo-. Una vez me ocurrió: me fundí y alguien acababa de adquirir un animal. Y otro día -sus rasgos se oscurecieron por un instante; el placer se había disipado-, sentí a una persona cuyo animal había muerto. Otros tenían alegrías que compartir... Yo no tenía ninguna, como sabes; pero eso reanimó a esa persona. Uno puede llegar hasta un suicida en potencia; lo que uno tiene, lo que uno siente, puede...

-Ellos recibirán nuestra alegría -replicó Rick-, pero nosotros cambiaremos lo que sentimos por lo que ellos sienten y la perderemos.

La pantalla de la caja de empatía mostraba una corriente de vivos colores sin forma; conteniendo la respiración, Iran cogió con fuerza las asas.

-No perderemos realmente lo que sentimos, si lo tenemos claramente en el espíritu. Nunca has sentido del todo la fusión, ¿verdad, Rick?

-Supongo que no -contestó. Pero por primera vez comprendía el bien que la gente como Iran recibía del Mercerismo. Probablemente, su experiencia con el cazador de bonificaciones Phil Resch había alterado alguna diminuta sinapsis de su cerebro, había cerrado una conexión neural y abierto otra; tal vez esto había iniciado una reacción en cadena-. Iran -dijo enérgicamente, apartándola de la caja-. Escucha; quiero hablarte de lo que me ha ocurrido hoy -la condujo hasta un diván y le indicó que se sentara-. Conocí a otro cazador de bonificaciones. Uno que no conocía, y a quien aparentemente le gusta matar a los androides. Y por primera vez, después de estar con él, los empecé a ver de otra manera. Quiero decir que yo, antes, los veía como él.

»Me hice el test, una pregunta, y pude verificar que he empezado a empatizar con los androides. ¿Comprendes lo que eso significa? Tú misma lo dijiste esta mañana, «esos pobres andrillos». Así que sabes de qué estoy hablando. Y por eso compré la cabra. Jamás lo había sentido antes. Podría ser una depresión como las tuyas. Ahora comprendo cómo sufres cuando estás deprimida. Yo pensaba que te gustaba sentirte así, y que siempre podías salir de la depresión, al menos con ayuda del órgano de ánimos. Pero cuando la depresión es muy profunda, no te importa. Sientes apatía, porque has perdido toda sensación de valor. Y no te importa sentirte mejor porque, si no tienes valor...

-¿Y tu trabajo? -la dureza del tono de Iran hizo parpadear a Rick-. Tu trabajo. ¿De cuánto son las cuotas mensuales?

Pensativo, Rick sacó el contrato que había firmado y se lo alcanzó.

-Tanto... Dios mío, el interés -dijo ella-, sólo el interés... Y lo hiciste porque estabas deprimido; no para darme una sorpresa, como me habías dicho -le devolvió el contrato-. Está bien; no importa. De todos modos estoy contenta. Me encanta la cabra. Pero será una carga

Librodot

pesada -se había puesto triste.

-Podría pasar a otro despacho -dijo Rick-. El departamento se ocupa de unas diez actividades diferentes. Puedo pedir que me transfieran a robos de animales.

-Pero el dinero de las bonificaciones... Lo necesitamos; de lo contrario, se llevarán la cabra.

-Llevaré el contrato de treinta y seis meses a cuarenta y ocho -cogió un bolígrafo e hizo un rápido cálculo en el dorso del contrato-. Así sólo tendremos cincuenta y dos con cincuenta dólares menos por mes.

Sonó el videófono.

-Si no hubiéramos bajado -dijo Rick-, si nos hubiésemos quedado en el terrado, con la cabra, no habríamos recibido esta llamada.

Iran se dirigió al videófono.

-¿De qué tienes miedo? Todavía no vendrán a llevarse la cabra -cogió el receptor.

-Es el departamento. Diles que no he llegado -Rick se dirigió al dormitorio.

-Hola -dijo Iran.

Rick estaba pensando en los tres androides que debería estar persiguiendo en ese momento, en lugar de haber vuelto a casa. En la pantalla se había formado el rostro de Harry Bryant, de modo que era muy tarde para alejarse. Se acercó con los músculos de las piernas rígidos.

-Sí, está aquí -decía Iran-. Nos hemos comprado una cabra. ¿Cuándo vendrá a verla, señor Bryant? -después de una pausa le entregó el receptor a Rick-. Tiene algo urgente que decirte -luego retornó a la caja de empatía, se sentó ante ella y nuevamente aferró las asas gemelas. Inmediatamente se concentró.

Rick, con el receptor en la mano, sintió el alejamiento mental de Iran, y su propia soledad.

-Hola -dijo.

-Tenemos la pista de dos de los androides -informó Harry Bryant. Llamaba desde su despacho; Rick podía ver el escritorio conocido, cubierto de documentos y papeles-. Es evidente que sabían lo ocurrido. Abandonaron la dirección que Dave nos dio y ahora están en... Un momento -Bryant buscó y encontró la dirección, mientras Rick, automáticamente, cogía el bolígrafo y el contrato de la cabra.

-Edificio Conapt 3967 «C» -dijo el Inspector Bryant-. Vaya allá tan pronto como pueda. Debemos suponer que conocían el retiro de Garland, Luft y Polokov. Por eso se han fugado ilegalmente.

-Ilegalmente -repitió Rick. Para salvar sus vidas.

-Iran me contó que se ha comprado una cabra. ¿Fue hoy mismo? ¿Después del trabajo?

-Mientras regresaba a casa.

-Iré a verla apenas haya retirado a los androides restantes. Ah, acabo de hablar con Dave. Le hablé de las dificultades que había tenido usted; le envía sus felicitaciones y le aconseja que sea más cuidadoso. Dice que los modelos Nexus-6 son más inteligentes de lo que había previsto... Apenas podía creer que usted hubiese despachado tres en un solo día.

-Tres son bastante por hoy. No puedo hacer más. Tengo que descansar.

-Mañana se habrán ido -señaló el Inspector Bryant-. Se marcharán de nuestra jurisdicción.

-No tan pronto...

-Vaya esta misma noche, antes de que se preparen -insistió Bryant-. No esperarán que usted se mueva tan rápidamente.

-Me estarán esperando...

-¿Tiene miedo? ¿Por qué Polokov...?

-No tengo miedo -respondió Rick.

-Entonces, ¿qué ocurre?

-Está bien. Iré -se dispuso a cortar la comunicación.

-Llámeme apenas tenga resultados. Estaré en mi despacho.

-Si los retiro, me compraré una oveja.

-Ya tiene una. Desde que lo conozco tiene una oveja.

Librodot

-Es eléctrica -respondió Rick, y colgó.

«Esta vez será una verdadera -se dijo-. Tengo que tener una, en compensación».

Iran estaba agachada sobre la caja negra de empatía, extasiada. Rick permaneció a su lado un momento. Le apoyó una mano en el pecho, lo sintió subir y bajar, sintió la vida que palpitaba en Iran, pero ella no se dio cuenta. La fusión con Mercer era, como siempre le ocurría, completa.

En la pantalla, la figura de Mercer, anciano, con su manto, subía trabajosamente. De repente una piedra voló a su lado. Rick se dijo: «Dios mío, mi situación es peor. Mercer no debe hacer nada ajeno a él; sufre, pero al menos no se le obliga a violar su propia identidad».

Se inclinó, desprendió suavemente los dedos de Iran de las asas, la apartó y ocupó su lugar. Por primera vez en semanas. Era un impulso, no lo había planeado, simplemente había sucedido.

Estaba entre malezas desoladas. El aire olía a flores rústicas. Era el desierto, donde jamás llueve.

Había un hombre. En sus ojos doloridos brillaba una luz piadosa.

-Mercer -dijo Rick.

-Soy tu amigo -dijo el anciano-. Pero debes continuar tu camino como si yo no existiera. ¿Puedes comprender? -abrió sus manos vacías.

-No -repuso Rick-. No puedo comprender. Necesito ayuda.

-¿Y cómo podré salvarte si no puedo salvarme? -sonrió-. ¿Ves? No hay salvación.

-Entonces, ¿para qué sirve todo? ¿Para qué estás tú?

-Para demostrarte que no estás solo -respondió Wilbur Mercer-. Estoy aquí, contigo, y aquí estaré siempre. Ve y haz tu tarea, aunque sepas que está mal.

-¿Por qué? -preguntó Rick-. ¿Por qué debo hacerla? Dejaré mi trabajo, emigraré.

-Dondequiera que vayas, te obligarán a hacer el mal -dijo el anciano-. Esa es la condición básica de la vida, soportar que violen tu identidad. En algún momento, toda criatura viviente debe hacerlo. Es la sombra última, el defecto de la creación, la maldición que se alimenta de toda vida, en todas las regiones del universo.

-¿Eso es todo lo que puedes decirme?

Una piedra silbó en el aire. Se inclinó, pero le golpeó el oído. Dejó escapar las asas y nuevamente se encontró en el living de su casa, junto a su esposa y a la caja de empatía. Le dolía la cabeza por el golpe; se tocó la cara y vio que le caían grandes gotas brillantes de sangre.

Iran, con un pañuelo, las enjugó.

-Creo que me alegro de que me hayas apartado. No puedo soportar las pedradas. Gracias por recibir el golpe en mi lugar.

-Me marcho -dijo Rick.

-¿Un trabajo?

-Tres trabajos -cogió el pañuelo de Iran y se dirigió a la puerta. Se sentía aún mareado y con náuseas.

-Buena suerte -dijo Iran.

-No he recibido nada de esa caja. Mercer me habló pero no me ayudó. No sabe más que yo; es solamente un anciano que trepa por una cuesta hasta su muerte.

-¿Y no es ésa la revelación?

-Yo la conocía de antemano -dijo Rick, y abrió la puerta-. Hasta luego -salió y cerró. «Conapt 3967 «C», -dijo para sus adentros, leyendo la anotación en el dorso del contrato-. Es en los suburbios... Una zona prácticamente desierta. Buen lugar para esconderse, excepto por el alumbrado nocturno. Seguiré las luces», pensó.

«Un cazador fototrópico, como la mariposa de la calavera. Y después, nunca más. Haré otra cosa, me ganaré la vida de otra manera. Estos tres serán los últimos. Mercer tiene razón: debo acabar con ellos... Sólo que no sé si podré. Dos androides juntos no son un problema moral sino un problema práctico».

«Lo más probable es que no pueda retirarlos, aunque me lo proponga. Estoy demasiado fatigado y hoy han ocurrido muchas cosas. Quizá Mercer lo sabía; tal vez pueda preverlo todo».

«Pero yo sé a quién pedirle ayuda. A quien me la ha ofrecido antes, aunque yo la haya rehusado».

Llegó al terrado y un momento más tarde se encontraba en la cabina de su coche aéreo, a oscuras, marcando un número.

-Rosen Association -dijo una recepcionista.

-Rachael Rosen.

-¿Cómo, señor?

-Quiero hablar con Rachael Rosen.

-¿La señorita Rosen espera...?

-Naturalmente -respondió. Esperó.

Unos minutos después el rostro pequeño y oscuro de Rachael Rosen aparecía en la pantalla.

-Hola, señor Deckard.

-¿Está ocupada ahora o podemos hablar? -preguntó-. Así como me dijo usted más temprano -no parecía el mismo día. Una generación debía de haber nacido y declinado desde su conversación con ella. Y todo el peso, toda la fatiga, se habían concentrado en su cuerpo. Se sentía agotado. Quizá fuera a causa de la piedra. Con el pañuelo secó su oreja, que aún sangraba.

-Tiene un corte en la oreja -dijo Rachael-. Qué vergüenza.

-¿Creía verdaderamente que no la llamaría, como me dijo?

-Le dije que sin mí, alguno de los Nexus-6 se le anticiparía.

-Pues estaba equivocada.

-Sin embargo, me llama. ¿Quiere que vaya a San Francisco?

-Esta misma noche.

-Oh, es demasiado tarde. Iré mañana. Es un viaje de una hora.

-Me han ordenado que los ataque esta noche -hizo una pausa-. De los ocho quedan tres.

-Tiene aspecto de haberlo pasado muy mal.

-Si no viene esta noche -dijo Rick-, iré solo y no podré retirarlos. Me acabo de comprar una cabra -agregó-. Con las bonificaciones por los tres de hoy.

-Oh, los seres humanos -rió irónicamente Rachael-. Las cabras huelen mal.

-Los chivos solamente. Lo leí en el manual de instrucciones.

-Está demasiado cansado -observó Rachael-. Parece ofuscado. ¿No es una locura que ataque a otros tres Nexus-6 el mismo día? Nadie ha retirado seis androides en un día.

-Franklin Powers -respondió Rick-. Hace más o menos un año, en Chicago. Y fueron siete.

-La variedad McMillan Y-4, obsoleta -recordó Rachael-. Esto es otra cosa... No puedo, Rick. Ni siquiera he cenado.

-Te necesito -dijo él. «Si no vienes -pensó-, voy a morir. Lo sé; Mercer lo sabía; ella también lo sabe. Y es perder el tiempo pedirle nada a un androide; nada hay que pueda ser conmovido en su interior».

-Lo siento, Rick, pero esta noche no. Tiene que ser mañana.

-Venganza de androide.

-¿Por qué?

-Porque te sorprendí con el Test de Voigt-Kampff.

-¿Crees eso, de verdad? -Rachael tenía los ojos muy abiertos.

-Adiós -dijo Rick, y se dispuso a colgar.

-Oye -dijo Rachael rápidamente-. No estás usando tu cabeza.

-Piensas eso porque el modelo Nexus-6 es más inteligente que los seres humanos.

-No, de verdad no entiendo -suspiró Rachael-. Estoy segura de que no quieres hacer ese trabajo esta noche, o tal vez nunca. ¿Quieres que te ayude a retirar a los tres restantes? ¿O que

Librodot

te convenza de no intentarlo?

-Ven. Ocuparé una habitación en un hotel.

-¿Por qué?

-Por algo que he oído decir hoy -respondió Rick, en voz grave-. Acerca de las relaciones entre hombres humanos y mujeres androides. Ven ya mismo a San Francisco y olvidaré por el momento a los tres fugitivos. Haremos otra cosa.

Ella lo miró y contestó bruscamente:

-Está bien. ¿Dónde te encuentro?

-En el St. Francis. Es el único hotel decente que hay a mitad de camino, en la zona de la Bahía.

-No hagas nada hasta que llegue.

-Sólo ver al Amigo Buster en la TV, en la habitación. Su artista invitada en los últimos tres días ha sido Amanda Werner. Me gusta, podría mirarla toda la vida. Sus senos sonríen -colgó y permaneció inmóvil un momento, con la mente en blanco. Por fin sintió frío, puso el coche en marcha y voló hacia la parte baja de San Francisco. Hacia el St. Francis.

16

En la enorme y suntuosa habitación del hotel, Rick leía las copias al carbón con los informes acerca de los androides Roy e Irmgard Baty. Esta vez disponía de fotos telescópicas, borrosas copias 3-D en color que apenas permitían ver los detalles. La mujer parecía atractiva; Roy Baty era otra cosa. Peor.

Había sido farmacéutico en Marte, leyó. O al menos había usado esa cobertura. Probablemente era en realidad un trabajador manual, un campesino, con aspiraciones de algo mejor.

«¿Sueñan los androides?», se preguntó Rick. Era evidente: por eso de vez en cuando mataban a sus amos y venían a la Tierra. A vivir una vida mejor, sin servidumbre. Como Luba Luft, a cantar *Don Giovanni* y *Le nozze* en lugar de labrar un campo árido y sembrado de rocas, en un mundo-colonia básicamente inhabitable.

El informe agregaba:

«Roy Baty tiene un aire agresivo y decidido de autoridad Ersatz. Dotado de preocupaciones místicas, este androide indujo al grupo a intentar la fuga, apoyando ideológicamente su propuesta con una presuntuosa ficción acerca del carácter sagrado de la supuesta «vida» de los androides. Además, robó diversos psicofármacos y experimentó con ellos; fue sorprendido y argumentó que esperaba obtener en los androides una experiencia de grupo similar a la del Mercerismo que, según declaró, seguía siendo imposible para ellos».

La descripción era patética. Un androide frío, duro, aspiraba a una experiencia que le resultaba inasequible a causa de un defecto deliberadamente incluido en su diseño.

Sin embargo, Roy Baty no logró preocuparlo mucho. Según las notas de Dave, tenía cierta cualidad repulsiva. Baty había tratado de lograr la fusión. Como no pudo, organizó la matanza de varios seres humanos y la fuga a la Tierra. Y ahora, hoy mismo, había logrado como resultado que del grupo original de ocho sólo quedaran tres. Y éstos, los miembros principales del grupo ilegal, también estaban condenados. Si él fracasaba, alguien lo lograría. «El tiempo y la marea -se dijo Rick-. El ciclo de la vida y, al final, el último crepúsculo antes del silencio de la muerte. Un microuniverso completo».

La puerta de la habitación se abrió violentamente.

-¡Qué vuelo! -dijo Rachael Rosen, sin aliento. Vestía un largo abrigo sedoso y sostén y shorts de la misma tela. Traía su enorme bolso de piel, semejante al del cartero, y una bolsa de papel-. Esta habitación es hermosa -miró su reloj-. Menos de una hora; he venido deprisa -le dio la bolsa a Rick-. He traído una botella. Bourbon.

-El peor de los ocho está vivo. El que los organizó -le alcanzó el informe sobre Roy Baty;

Librodot

Rachael dejó la bolsa en el suelo y cogió el folio.

-¿Lo has localizado? -preguntó, después de leer.

-Tengo la dirección de un edificio en los suburbios. Es un lugar donde sólo puede haber algún especial deteriorado, un cabeza de chorlito, viviendo su versión de la vida.

-¿Y los demás?

-Son dos mujeres -le dio los informes, uno acerca de Irmgard Baty, y otro que se refería a un androide femenino llamado Pris Stratton.

-Oh -dijo Rachael al mirar el último. Arrojó lejos los folios, fue hasta la ventana y contempló el panorama de San Francisco-. Pienso que ella podría derrotarte... O tal vez no, tal vez no te importe -estaba pálida y su voz temblaba. De repente parecía curiosamente insegura.

-¿Qué quieres decir, exactamente? -recogió las copias y las estudió. Se preguntaba qué la habría turbado.

-Abramos el whisky -Rachael fue con la bolsa de papel al cuarto de baño y regresó con dos vasos. Su aire inseguro y preocupado no se disipaba. Rick advirtió la rápida lucha interior, sus veloces pensamientos: se veían en su ceño y en su expresión tensa-. ¿Puedes abrirlo? -pidió-. Tú comprendes que vale una fortuna... No es sintético, es auténtico; de antes de la guerra.

Rick cogió la botella, la abrió y sirvió el bourbon.

-Dime qué te preocupa.

Rachael lo encaró con aire desafiante.

-Dime tú qué vamos a hacer en lugar de preocuparnos por esos tres Nexus-6 -se quitó el abrigo y lo llevó hasta el armario para colgarlo de una percha. Rick tuvo así la primera oportunidad de contemplarla detenidamente.

Las proporciones de Rachael eran extrañas. La pesada mata de pelo negro parecía agrandar su cabeza; sus senos pequeños daban a su cuerpo un aspecto desgarbado y casi infantil. Los grandes ojos, las largas pestañas eran sin embargo de mujer adulta; allí terminaba la adolescencia. Rachael se paraba levemente sobre la punta de los pies, y sus brazos colgaban apenas doblados en la articulación: la actitud de un cazador alerta, quizás un Cro Magnon. «La raza de los cazadores esbeltos», pensó. Ni el menor exceso: vientre liso, trasero pequeño, senos aún más exiguos. El tipo céltico, anacrónico y atractivo. Debajo de sus shorts las piernas delgadas tenían un carácter neutro, asexuado, sin demasiadas curvas. Y, sin embargo, la impresión total era de belleza; eso sí, la de una muchacha, no la de una mujer. Excepto por la mirada aguda e inquieta.

Bebió un sorbo. El sabor y el olor, fuertes, autoritarios, poderosos, se le habían tornado poco familiares, y tragó con dificultad. En contraste, Rachael apuró tranquilamente su bourbon.

Ahora, sentada en la cama, alisaba el cobertor, ausente. Su expresión era melancólica. Rick dejó su vaso en una mesilla y se sentó a su lado. La cama cedió bajo su peso, y Rachael cambió de posición.

-¿Qué es? -preguntó él. Se apoderó de su mano; estaba fría, levemente húmeda-. ¿Qué te ha turbado?

-Esa última Nexus-6 -respondió Rachael, con cierto esfuerzo-, es el mismo tipo que yo -cogió una hebra suelta del cobertor y empezó a formar una bolita-. ¿No leíste la descripción? Podría ser la mía. Tal vez vista y se peine de otra manera. Hasta puede que lleve una peluca. Pero cuando la veas comprenderás lo que te digo -se rió sardónicamente-. Menos mal que la asociación explicó que soy una androide. De otro modo, te enfurecerías al ver a Pris Stratton. O creerías que soy yo.

-¿Y por qué eso te molesta tanto?

-Dios, estaré contigo cuando la retires.

-Tal vez no. Quizá no la encuentre.

-Conozco la psicología de los Nexus-6 -explicó Rachael-. Por eso puedo ayudarte. Los últimos tres están juntos. Las dos mujeres rodean a ese androide trastornado que se hace llamar Roy Baty, y que prepara la defensa definitiva -sus labios se torcieron-. Jesús -dijo.

-No te entristezcas -dijo él. Cogió su barbilla aguda, pequeña, ahuecando la palma de la mano, y alzó suavemente su cabeza hasta que estuvo a su altura. Se preguntaba cómo sería besar a una androide. Y se inclinó a besar los labios secos de Rachael. No hubo reacción; ella quedó impasible, como si no le importara. Y, sin embargo, él sentía que no era así. O tal vez fuera solamente lo que habría querido...

-Si lo hubiera sabido antes -dijo Rachael-, no habría venido. Me estás pidiendo demasiado. ¿Sabes lo que siento por esa androide? ¿Por Pris?

-Empatía -aventuró él.

-Algo parecido. Identificación. Dios mío, piensa en lo que podría ocurrir. En la confusión me retiras a mí, no a ella. Y Pris regresa a Seattle y vive mi vida. Nunca había sentido esto antes. Somos máquinas, estampadas como tapones de botella. Es una ilusión ésta de que existo realmente, personalmente. Soy sólo un modelo de serie.

Rick no pudo evitar cierta diversión. Rachael parecía tan morosamente sentimental...

-Las hormigas no sienten lo mismo -dijo-, y son físicamente idénticas.

-Las hormigas no sienten. Eso es todo.

-Los gemelos idénticos humanos; ellos no...

-Pero se identifican mutuamente. He leído que tienen un lazo empático especial -Rachael se puso de pie y trajo la botella de bourbon; volvió a llenar su vaso y a beber con rapidez. Anduvo por la habitación con los hombros caídos durante un momento, tenía aún el ceño oscuro y fruncido. Luego, como si se hubiera deslizado allí por casualidad, se instaló nuevamente en la cama. Pero esta vez alzó las piernas y se estiró, apoyándose contra las grandes almohadas, suspirando-. Olvida a los tres andrillos -dijo en voz fatigada-. Estoy cansada, debe ser el viaje. Y todo lo que ha pasado hoy. Querría dormir -cerró los ojos-. Tal vez, si me muero -murmuró-, volveré a nacer cuando la Rosen Association fabrique la próxima unidad de mi subserie -abrió los ojos y miró a Rick con ferocidad-. ¿Sabes realmente por qué he venido? ¿Por qué Eldon y los demás Rosen, los humanos, querían que estuviera contigo?

-Para observar -respondió él-. Para saber exactamente qué impide al Nexus-6 aprobar el Test de Voigt-Kampff.

-O diferenciarse de algún modo. Después elevaré un informe y la Rosen Association modificará los elementos DNS del baño de cigotas. Y entonces tendremos el modelo Nexus-7. Y cuando éste sea sorprendido, lo modificarán; y finalmente la empresa tendrá un tipo imposible de distinguir.

-¿Conoces el Test del Arco Reflejo de Boneli?

-También piensan en los ganglios de la columna. Algún día el Test de Boneli desaparecerá bajo el manto venerable del olvido -sonreía con inocencia, en contraste con sus palabras. Rick no podía discernir acerca del grado de seriedad de Rachael. El tema tenía suficiente importancia para hacer temblar al mundo, pero ella lo trataba alegremente. Tal vez, una característica androide: una carencia emocional, falta de sentimientos acerca del significado de lo que decía. Sólo definiciones huecas, formales, intelectuales, de cada término.

Además, Rachael había empezado el contraataque. Había pasado imperceptiblemente de quejarse de su condición a zaherir a Rick por la propia.

-Vete al diablo -respondió él.

Rachael se echó a reír.

-Estoy ebria. No puedo acompañarte. Si te vas -hizo un gesto de despedida- me quedaré a dormir, y luego me contarás qué ha ocurrido.

-No habrá ningún luego. Roy Baty me vencerá.

-No te puedo ayudar porque he bebido demasiado. De todos modos, ya conoces la verdad, la dura, irregular y resbalosa superficie de la realidad. Yo soy solamente una observadora y no intervendré para salvarte. No me importa que ganes tú o Roy Baty. Quiero estar yo misma a salvo -abrió mucho los ojos-. Dios mío, siento empatía por mí misma. Y no quiero ir a ese derruido edificio suburbano -se estiró y cogió un botón de la camisa de Rick. Luego, con

lentos y fáciles movimientos giratorios empezó a desabotonarle la camisa-. No me atrevo. Los androides no sienten la menor lealtad recíproca, y esa maldita Pris Stratton me destruirá y ocupará mi lugar, ¿sabes? Quítate la chaqueta.

-¿Para qué?

-Para acostarte conmigo -respondió Rachael.

-Me he comprado una cabra nubia negra -dijo-. Debo retirar a esos tres andrillos para terminar mi tarea y volver a casa, con mi esposa -se puso de pie y dio la vuelta a la cama hasta la botella de bourbon. Se sirvió cuidadosamente un segundo vaso. Sus manos apenas temblaban, observó. Probablemente por la fatiga. Los dos estamos cansados; demasiado, para cazar a tres androides, dirigidos por el más temible.

En ese instante comprendió que tenía un miedo manifiesto e invencible al androide principal. Todo dependía de Baty; todo había dependido de él desde el comienzo. Hasta ese momento solamente había encontrado y retirado a sus reemplazantes: faltaba el propio Baty. El miedo creció y lo rodeó por completo, ahora que le había permitido acercarse a su mente consciente.

-No puedo ir sin ti -dijo-. Ni siquiera salir de aquí. Polokov vino a enfrentarme. Garland, en definitiva, también.

-¿Crees que Roy Baty vendrá? -Rachael dejó en la mesilla su vaso vacío, se incorporó, buscó algo en su espalda y desprendió su sostén. Se lo quitó. No lograba mantenerse erguida, y eso le hacía sonreír-. En mi bolso tengo un objeto que nuestra fábrica automática de Marte produce como un... -hizo una mueca- dispositubo-dispositivo de seguridad de emergencia, cuando se hace la inspección de rutina de cada nuevo androide. Búscalo. Parece una ostra.

Rick empezó a buscar en el bolso. Como cualquier chica humana, Rachael tenía toda clase de objetos inconcebibles, y él revolvía interminablemente.

Mientras tanto, ella se había sacudido las botas y corrido la cremallera de sus shorts. Ahora, se balanceaba sobre un pie, recogía con el otro la prenda caída y la arrojaba al otro extremo de la habitación. Luego caía sobre la cama, rodaba en busca de su vaso, al que accidentalmente derribó sobre la alfombra.

-Maldición -dijo, y una vez más se puso de pie sin mucha estabilidad. En bragas, miraba a Rick, atareado con su bolso. Y con cuidadosa deliberación, abrió la cama, se metió dentro y se cubrió.

-¿Es esto? -Rick alzaba una esfera metálica con una palanquita.

-Eso provoca la catalepsia en los androides -dijo Rachael, con los ojos cerrados-. Durante unos segundos. Suspende la respiración. También la tuya, pero los humanos pueden funcionar sin respirar ¿o transpirar? unos minutos. En cambio, el nervio vago de un androide...

-Ya sé. El sistema nervioso autónomo de un androide no puede abrir y cerrar el paso con tanta flexibilidad como el nuestro. Pero esto sólo puede servir para cinco o seis segundos.

-Bastante para salvarte la vida -murmuró Rachael, que se incorporó y se sentó en la cama-. Si Roy Baty aparece, basta con apretar la palanquita. Y mientras él se queda helado, sin aire en la sangre, mientras sus células cerebrales se deterioran, lo matas con tu láser.

-En tu bolso hay uno...

-Una imitación de juguete. Los androides no pueden usar un láser -Rachael bostezó, con los ojos nuevamente cerrados.

Rick se acercó a la cama.

Rachael se echó y se retorció hasta quedar boca abajo, con el rostro hundido en la blanca sábana bajera.

-Es una cama limpia, noble, virginal -dijo-. Sólo una niña limpia, noble, virginal... -reflexionó-. Los androides no pueden tener niños. ¿Es una pérdida grave?

Rick la desnudó del todo, dejando expuestas sus nalgas claras y frescas.

-¿Es una pérdida? -repitió ella-. No puedo saberlo. ¿Cómo es tener un hijo? ¿Y cómo es nacer? Nosotros no nacemos, no crecemos. En lugar de morir de vejez o enfermedad nos vamos desgastando. Como hormigas, eso es lo que somos. No hablo de ti, sino de mí.

Máquinas quitinosas, con reflejos, que no viven de verdad -movió la cabeza de lado y dijo en voz sonora-: *¡No estoy viva!* No te vas a acostar con una mujer. No te decepciones, ¿quieres? ¿Alguna vez has hecho el amor con una androide?

-No -respondió él mientras se quitaba la camisa y la corbata.

-Me han dicho que es bueno si no piensas demasiado. Si lo piensas, no sale. Por razones... hm, fisiológicas.

Él la besó en el hombro desnudo.

-Gracias, Rick -dijo suavemente-. Recuerda: ven y no pienses. No te pongas filosófico. Porque filosóficamente es aburrido. Para los dos.

-Más tarde iré a buscar a Roy Baty -dijo él-. Y necesitaré que me acompañes. Sé que el láser que tienes en tu bolso es...

-¿Crees que retiraré a algún androide en tu lugar?

-Creo que, pese a lo que me has dicho, me ayudarás en todo lo que puedas. De otro modo no estarías ahora en esta cama.

-Me gustas -respondió Rachael-. Si entrara en una habitación y viera un sillón tapizado con tu piel marcaría un punto muy alto en la escala de Voigt-Kampff.

«Esta noche retiraré a una androide Nexus-6 que es exactamente igual a esta chica desnuda -pensó Rick mientras apagaba la luz-. Dios mío, es lo que decía Phil Resch. Primero acuéstate con ella, luego mátala».

-No puedo -dijo, retrocediendo.

-Yo quisiera -dijo Rachael. Le temblaba la voz.

-No es por ti. Es por Pris Stratton, y por lo que debo hacerle.

-No somos la misma. Y a mí no me importa Pris Stratton. Oye -Rachael giró y se incorporó: en la penumbra, Rick podía distinguir la figura elegante de pequeños senos-. *Ven, y yo me ocuparé de la Stratton*, ¿quieres? No es posible estar tan cerca y que luego...

-Gracias -replicó Rick. El agradecimiento, debido en parte al bourbon, sin duda, le hizo un nudo en la garganta. «Dos -pensó-. Sólo debo retirar a dos. A los Baty». ¿Lo haría Rachael? Evidentemente. Los androides pensaban y actuaban así.

Y, sin embargo, jamás había visto nada igual.

-Ven a la cama. Pronto -ordenó Rachael.

Rick se metió en la cama.

17

Más tarde, se concedieron un lujo. Rick pidió que les subieran el café. Permaneció largo rato en un gran canapé de hojas verdes, negras y doradas, sorbiendo el café y meditando en las próximas horas. Rachael, en el cuarto de baño, canturreaba, chillaba y chapoteaba debajo de la ducha caliente.

-No has hecho un mal trato -dijo ella cuando cerró la ducha, y apareció desnuda, goteando, el pelo atado con una banda de goma, en la puerta del baño-. Nosotros, los androides, no podemos controlar nuestras pasiones físicas, sensuales. Probablemente lo sabías y te has aprovechado de mí -pero no parecía en modo alguno enfadada sino, por el contrario, alegre y ciertamente tan humana como cualquier chica que Rick hubiese conocido-. Realmente, ¿tienes que perseguir a esos andrillos esta noche?

-Sí -respondió Rick-; yo a dos, tú a una. Como acabas de confirmar, hemos hecho un trato.

Envolviéndose en un gigantesco toallón, Rachael agregó:

-¿Te gusto?

-Sí.

-¿Volverías a acostarte con un androide?

-Si fuera una chica. Si fuera como tú.

-¿Sabes cuánto dura un robot humanoide como yo? He vivido dos años. ¿Cuántos calculas

que me quedan?

-Un par de años, tal vez.

-Nunca han podido resolver ese problema, quiero decir, el reemplazo de las células. Perpetuo, o al menos de larga duración. Así es...

Rachael empezó a secarse vigorosamente, sin expresión en el rostro.

-Lo siento -dijo Rick.

-Al diablo -exclamó Rachael-. Siento haber hablado de eso. De cualquier modo, evita que los humanos se vayan a vivir con los androides.

-¿Es igual para los modelos Nexus-6?

-El problema es el metabolismo, no la unidad cerebral -anduvo unos pasos, recogió sus bragas, empezó a vestirse.

También Rick se vistió. Juntos, hablando apenas, subieron al terrado, donde el coche aéreo había sido aparcado por el encargado, humano, amable, vestido de blanco.

Mientras se dirigían a los suburbios de San Francisco, Rachael observó:

-Es una hermosa noche.

-Sin duda, mi cabra estará dormida -dijo él-. O tal vez las cabras sean nocturnas. Hay animales que nunca duermen. Las ovejas no lo hacen jamás, al menos yo no la he visto. Cuando las miras, te miran. Esperan que les des algo de comer.

-¿Cómo es tu mujer?

Rick no respondió.

-¿Te has...?

-Si no fueras una androide -interrumpió Rick-, si pudiera casarme legalmente contigo, lo haría.

-También podríamos vivir en el pecado -repuso Rachael-. Sólo que yo no estoy viva.

-Legalmente, no. Pero biológica y verdaderamente, sí. No eres un conjunto de circuitos transistorizados como un seudoanimal; eres una entidad orgánica -«y dentro de dos años te habrás gastado y morirás -pensó-. Porque no se ha podido resolver el problema de reemplazo de las células, como tú misma decías. Así que, de todos modos, no importa».

Y se dijo: «para mí, es el fin. Como cazador de bonificaciones. Después de los Baty, ninguno más. Después de esta noche, se acabó».

-Estás muy triste -dijo Rachael.

Rick extendió la mano y le acarició la mejilla.

-No podrás seguir cazando androides -dijo ella serenamente-. No estés triste, por favor.

Él la miró.

-Ningún cazador de bonificaciones ha podido actuar después de estar conmigo -continuó Rachael-. Excepto uno, un hombre muy cínico: Phil Resch. Está loco, trabaja por su cuenta.

-¿Sí? -dijo Rick. De repente, sintió que todo su cuerpo se paralizaba.

-Pero este viaje no será una pérdida de tiempo, porque conocerás a un hombre espiritual y maravilloso.

-Roy Baty -dijo Rick-. ¿Los conoces a todos?

-Los conocía, cuando vivían. Ahora conozco a tres. Intentamos detenerte esta mañana, antes de que comenzaras con la lista de Dave Holden. Volví a intentarlo, justamente antes de que Polokov te atacara. Y después tuve que esperar.

-A que yo me derrumbara y te llamara.

-Luba Luft y yo fuimos muy, muy amigas durante casi dos años. ¿Qué te pareció? ¿Te gustaba?

-Sí.

-Pero la mataste.

-La mató Phil Resch.

-Ah, entonces Phil te acompañó de vuelta a la ópera. No lo sabíamos. Ese es el momento en que nos quedamos incomunicados. Sabíamos que estaba muerta, y pensábamos que tú la habías retirado.

-A juzgar por las notas de Dave -dijo Rick-, pienso que puedo retirar todavía a Roy Baty. Quizá no a Irmgard Baty -y ciertamente, tampoco a Pris Stratton. Ni siquiera ahora, sabiendo lo que sé-. De modo que todo lo que sucedió en el hotel...

-La Rosen Association quería llegar a los cazadores de bonificaciones -explicó Rachael-, aquí y en la Unión Soviética. Y este método parecía funcionar..., por razones que yo no comprendo del todo. Nuestras limitaciones, supongo.

-Me pregunto si funcionará tan bien como dices.

-Contigo ha servido.

-Veremos.

-Yo ya lo sé -dijo Rachael-. Esa expresión en tu rostro, esa tristeza. Eso es lo que busco.

-¿Cuántas veces has hecho esto?

-No recuerdo... Siete, ocho, no; creo que nueve -asintió-. Sí, nueve.

-Es una idea antigua -observó Rick.

-¿Cómo? -dijo Rachael, asombrada.

Rick echó los mandos adelante para que el coche descendiera.

-Al menos, es lo que siento. Además, te voy a matar -agregó-. Y luego, solo, me ocuparé de Roy e Irmgard Baty y de Pris Stratton.

-¿Por eso aterrizas? -respondió, con aprensión-: Hay una multa. Yo soy una propiedad legal de la Rosen Association, y no un androide escapado de Marte. No soy como los otros.

-Sí. Pero si te mato a ti, podré matar a los demás.

Las manos de Rachael se hundieron frenéticamente en su bolso repleto de cosas y de kippel. Finalmente, abandonó el intento.

-Maldito bolso -dijo-. Jamás puedo encontrar nada en él. ¿Me matarás de modo que no duela? Quiero decir, hazlo con cuidado. Si no peleo, se comprende. Te prometo no pelear. ¿De acuerdo?

-Ahora comprendo por qué Phil Resch dijo eso -repuso Rick-. No era cinismo. Simplemente, sabía demasiado. Y después de pasar por esto, no puedo reprocharle nada. Cambió.

-Pero no como debía -Rachael parecía más compuesta, exteriormente, aunque su tensión interior era frenética. Pero el oscuro fuego había disminuido, la fuerza vital la abandonaba, como Rick había visto en tantos androides. La resignación clásica. La aceptación mecánica, intelectual, de algo que ningún organismo, después de dos billones de años de vivir y evolucionar, podía conciliar consigo mismo.

-No puedo soportar la forma en que ceden los androides -dijo con furia. El coche casi se precipitó al suelo. Tuvo que aferrar el timón para evitar un choque. Frenó y logró un aterrizaje brusco y de lado. Detuvo el motor y cogió el tubo láser.

-En la base del cráneo, en el hueso occipital -dijo Rachael-. Por favor -se dio vuelta para no ver el láser; quería que el rayo penetrara sin que ella lo advirtiera. Rick apartó el arma.

-No puedo hacer lo que decía Phil Resch.

Volvió a poner el motor en marcha y se elevaron.

-Si lo vas a hacer, hazlo ahora -pidió Rachael-. No me hagas esperar.

-No te mataré -Rick puso proa nuevamente a la parte baja de San Francisco-. Tu coche quedó en el St. Francis, ¿verdad? Te llevaré allá, para que puedas regresar a Seattle -no tenía más que decir, y condujo en silencio.

-Gracias por no matarme -dijo Rachael.

-De cualquier modo, sólo te quedan dos años de vida. Y a mí cincuenta. Viviré veinticinco veces más que tú.

-De verdad, me desprecias -respondió Rachael-. Por lo que hice -recuperaba la seguridad, y la letanía de su voz ganaba ritmo-. Has obrado como los demás. Los otros cazadores de bonificaciones. Se ponían furiosos y hablaban de matarme, pero finalmente no podían. Como tú, ahora -encendió un cigarrillo y aspiró con deleite-. Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Que yo tenía razón: no podrás retirar más androides. Ni a mí, ni a los Baty, ni a la Stratton.

Librodot

Así que vuelve con tu cabra y descansa un poco -repentinamente sacudió con violencia el abrigo-. Oh, ¡una brasa del cigarrillo! Ya se apagó -se echó atrás en el asiento, relajada.

Rick no habló.

-Esa cabra -continuó Rachael-. La quieres más que a mí. Y probablemente más que a tu esposa. Primero la cabra, después tu esposa, y finalmente... -se rió con alegría-. ¿Qué se puede hacer sino reír?

Él no respondió. Siguieron su camino en silencio un rato y luego Rachael buscó y halló la radio, y la encendió.

-Apaga -dijo Rick.

-¿Al «Amigo Buster y sus Amigos Amistosos»? ¿A Amanda Werner y a Oscar Scruggs? Es hora de escuchar el informe sensacional de Buster, que debe estar a punto de comenzar -se inclinó para ver su reloj a la luz de la radio-. Falta poco. ¿Sabes? Hace dos días que está hablando de esto, preparando al público para...

La radio dijo, en voz caricaturesca:

-...y sólo quiero decir una cosa, amigos; estoy aquí con el Amigo Buster, y hemos estado hablando y pasándolo la mar de bien, mientras esperamos cada segundo del reloj hasta que llegue una noticia que, según entiendo, es la más importante de...

Rick apagó la radio.

-Oscar Scruggs -dijo-. La voz del hombre inteligente.

Instantáneamente, Rachael volvió a encenderla.

-Quiero escuchar. Y pienso escuchar: lo que anunciará el Amigo Buster en su show de esta noche es muy importante.

La voz estúpida continuó balbuceando, y Rachael Rosen se instaló cómodamente. En la oscuridad, la brasa de su cigarrillo ardía como el trasero de una luciérnaga contenta. Era un claro indicio del éxito de Rachael Rosen: su victoria sobre él.

18

-Traiga aquí el resto de mis cosas -ordenó Pris a J.R. Isidore-. En particular, quiero la TV, para ver el informe especial de Buster.

-Sí -agregó Irmgard Baty, con los ojos brillantes como los de un pájaro-. Necesitamos la TV. Hace tiempo que esperamos ese anuncio y ahora falta poco.

-Mi aparato coge el canal del Gobierno -dijo Isidore.

Desde un ángulo del living, sentado en un sillón como si pensara quedarse allí permanentemente, como si estuviese alojado en el sillón, Roy Baty observó con paciencia:

-Queremos ver al «Amigo Buster y a sus Amigos Amistosos», Iz. ¿O prefiere que lo llame J.R.? Y de todos modos, ¿comprende? Entonces, vaya a buscar la otra TV.

Isidore recorrió el pasillo solitario y resonante hasta las escaleras. Todavía no se había desvanecido en él la potente fragancia de la felicidad, la sensación de ser útil por primera vez en su oscura vida. «Ahora, hay seres que dependen de mí -se dijo, encantado, mientras bajaba los polvorientos escalones-. Y, además, será bueno ver nuevamente al Amigo Buster en la TV, en lugar de escucharlo por la radio del camión de la tienda. Y hoy el Amigo Buster debe revelar su informe especial, cuidadosamente documentado. De modo que merced a Pris y a Roy y a Irmgard podré ver la presentación de una noticia que es probablemente la más importante en mucho tiempo. ¿Qué tal?»

La vida, para J.R. Isidore, había cobrado definitivamente nuevo ímpetu.

Entró en el antiguo apartamento de Pris, desconectó la TV y la antena. El silencio era penetrante, y sintió que sus brazos se debilitaban. En ausencia de Pris y de los Baty se desvanecía, se tornaba extrañamente parecido a la TV inerte que acababa de desconectar. «Uno tiene que vivir con otras personas para vivir de verdad -pensó-. Antes de que llegaran, podía vivir solo; ahora todo había cambiado, y no había posibilidad de retroceso. No se puede

Librodot

ir y volver entre la gente y la no-gente. -Con cierto temor, se dijo-: dependo de ellos; gracias a Dios que se han quedado».

Se requerían dos viajes para subir todas las pertenencias de Pris. Alzando el aparato decidió llevarlo antes que las maletas y las demás ropas.

Pocos minutos después estaba arriba. Con los dedos doloridos, depositó la TV sobre una mesa baja de su living. Pris y los Baty miraban impasibles.

-En este edificio se reciben bien las señales -dijo, jadeante, mientras enchufaba el cable y la antena-. Cuando podía oír al Amigo Buster y...

-Encienda la TV y no hable más -dijo Roy Baty.

Así lo hizo, y regresó a la puerta.

-Un viaje más será suficiente -se demoraba; el calor de la presencia de ellos lo alimentaba.

-Está bien -respondió distraídamente Pris.

Isidore salió. «Creo que se aprovechan de mí, en cierta forma -pensó-. Pero no me importa. Es bueno tener amigos, a pesar de todo».

En el piso inferior, recogió las ropas de la chica, las metió en las maletas y volvió al pasillo y a las escaleras.

De repente, un escalón más adelante vio que algo pequeño se movía entre el polvo. Dejó caer las maletas y extrajo un frasco de plástico que, como todo el mundo, llevaba, siempre para esto mismo. Era una araña. Con los dedos temblorosos, la empujó hacia el frasco y ajustó la tapa, perforada con una aguja.

Arriba, en la puerta de su apartamento, se detuvo para recobrar el aliento.

-Sí, amigos. Este es el momento. Aquí el Amigo Buster, quien espera y confía que todos estéis ansiosos por compartir un descubrimiento que he realizado, y que he hecho verificar por un equipo de investigadores capacitados durante toda la semana pasada. Aquí está, amigos.

-He encontrado una araña -dijo John Isidore.

Los tres androides lo miraron, desviando por un instante su atención de la pantalla de TV.

-A ver -dijo Pris, extendiendo la mano.

-Callad cuando habla Buster -dijo Roy Baty.

-Nunca he visto una araña -respondió Pris. Cogió el frasco y miró la criatura que había dentro-. Tantas patas... ¿Para qué las necesita, J.R.?

-Así están hechas las arañas -dijo Isidore; su corazón latía fuertemente y respiraba con dificultad-. Tienen ocho patas.

-¿Ocho? -preguntó Irmgard Baty-. ¿Y no podría andar con cuatro? Córtale cuatro y veamos -impulsivamente abrió su bolso y sacó unas tijerillas de uñas, brillantes y afiladas, que entregó a Pris.

J.R. Isidore experimentó un insondable terror.

Pris llevó a la cocina el frasco y se sentó ante la mesa de J.R. Isidore. Quitó la tapa y dejó caer la araña.

-Probablemente no podrá correr tan rápido..., pero de todos modos aquí no tendría nada que cazar -dijo-. Igual se morirá -se dispuso a usar las tijeras.

-Por favor -dijo Isidore.

Pris alzó la vista con curiosidad.

-¿Vale algo?

-No la mutile -dijo pesadamente, implorante, Isidore.

Pris cortó una de las patas de la araña.

En el living, Buster decía:

-Mirad esta ampliación de una parte del paisaje. Este es el cielo que veis habitualmente. Un momento; aquí está Earl Parameter, jefe de mi equipo de investigadores, que explicará un descubrimiento que asombrará al mundo.

Pris cortó otra pata, conteniendo a la araña con el canto de la otra mano. Sonreía.

-Grandes ampliaciones de las imágenes de video -dijo en la TV otra voz-, sometidas a un

riguroso análisis en el laboratorio, revelan que ese fondo gris de cielo y luna diurna, sobre el cual se mueve Mercer, no sólo pertenece a la Tierra sino que es artificial.

-Te lo estás perdiendo -dijo Irmgard, corriendo a la cocina en busca de Pris. Vio lo que ésta había empezado a hacer y agregó-: Puedes hacer eso más tarde. Lo que dicen es importantísimo; prueba que todo lo que creíamos...

-Silencio -dijo Roy Baty.

-...es verdad -concluyó Irmgard.

-La «luna» está pintada -decía la TV-; en las ampliaciones, como todos pueden ver, se distinguen las pinceladas. Y hay incluso pruebas de que las matas salvajes y el suelo triste y estéril son también trucadas -y quizá también las piedras que personas invisibles le arrojan a Mercer-. Es muy posible en verdad que esas «piedras» sean de un plástico relativamente blando, para no causar verdaderas heridas.

-En otras palabras -interrumpió el Amigo Buster-, Wilbur Mercer no padece ningún sufrimiento.

El jefe del equipo de investigadores continuó:

-Finalmente, señor Buster, hemos logrado descubrir a un viejo especialista en efectos de Hollywood, un tal señor Wade Cortot, quien aseguró que la figura de Mercer bien podía ser la de un actor de segundo orden de un estudio de sonido. Cortot ha llegado a declarar que reconocía el estudio como uno perteneciente a un cineasta en pequeña escala con el que él tuvo tratos hace varias décadas.

-De modo que según Cortot -subrayó el Amigo Buster-, no hay prácticamente ninguna duda.

Pris había amputado ya tres patas de la araña, que se deslizaba penosamente por la mesa de la cocina buscando en vano un camino hacia la libertad.

-Con franqueza, creímos lo que decía Cortot -afirmó la voz seca y pedante- y pasamos bastante tiempo examinando filmes publicitarios donde aparecían los actores antiguamente empleados por la hoy desaparecida industria cinematográfica de Hollywood...

-¿Y qué se descubrió?

-Escucha esto -dijo Roy Baty.

Irmgard miraba fijamente la TV y Pris había interrumpido la mutilación de la araña.

-Después de estudiar miles y miles de fotos y películas, pudimos localizar a un hombre ahora muy anciano, llamado Al Jarry, que trabajó en papeles menores en numerosos filmes anteriores a la guerra. Enviamos un grupo de personas del laboratorio a casa de Jarry, en East Harmony, Indiana. Uno de ellos describirá ahora lo que encontró -silencio y luego una nueva voz, igualmente pedestre-. La casa está en la Avenida Lark, de East Harmony, en un lugar de las afueras de la ciudad donde no habita nadie, excepto Al Jarry. Es una casa sucia y medio derruida. Jarry nos invitó cordialmente a entrar y, mientras estábamos en una sala húmeda, maloliente y llena de kippel, exploré por medios telepáticos la mente confusa, brumosa y también repleta de residuos de Al Jarry.

-Escuchad -urgió Roy Baty, sentado en el borde del sillón, como en disposición de saltar.

-Descubrí que en realidad -continuó el técnico-, el anciano había participado en una serie de filmaciones de quince minutos, en video, para un cliente a quien jamás conoció. Como habíamos previsto, las «rocas» eran de un plástico semejante a la goma. La «sangre» era ketchup y -el técnico rió- el único dolor del señor Jarry consistió en pasar un día entero sin beber whisky.

-Al Jarry -dijo el Amigo Buster, cuyo rostro había retornado a la pantalla-. Muy bien, muy bien. Un anciano que ni siquiera en su juventud había hecho nada que él o nosotros pudiéramos respetar. Al Jarry fue pues el actor de un oscuro y repetitivo serial; no sabía entonces ni sabe ahora quién era su cliente. Los partidarios del Mercerismo han dicho muchas veces que Wilbur Mercer no es un ser humano, que en verdad es una entidad arquetípica superior, tal vez proveniente de otra estrella. Y bien, en cierto sentido, esto se ha revelado exacto. Wilbur Mercer no es humano, y en realidad no existe. El mundo en que se desarrolla

Librodot

su ascensión es un estudio barato y corriente de Hollywood, convertido en kippel hace muchos años. Entonces, ¿quién es el autor de este fraude contra todo el Sistema Solar? Pensad en esto, amigos.

-Tal vez no lo sabremos nunca -murmuró Irmgard.

-Tal vez no lo sabremos nunca -dijo el Amigo Buster-. Y no podemos, tampoco, determinar cuál es el propósito de esta superchería. Sí, amigos, superchería: «El Mercerismo es pura superchería».

-Era obvio, lo sabíamos -dijo Roy Baty-. El Mercerismo apareció...

-Pero conviene pensar qué produce el Mercerismo -continuó el Amigo Buster-. Según sus fíeles, la experiencia funde...

-Es la empatía de los humanos -dijo Irmgard.

-...a los hombres y mujeres de todo el Sistema Solar, en una sola entidad. Una entidad controlada por la supuesta voz telepática de «Mercer». Basta pensar qué ocurriría si una especie de Hitler en potencia, ambicioso, con sentido político...

-El problema está en la empatía -insistió vigorosamente Irmgard. Con los puños apretados se dirigió a la cocina y enfrentó a Isidore-. ¿Acaso no es la forma de demostrar que los humanos pueden hacer una cosa que nosotros no podemos? Sin la experiencia de Mercer, sólo tenemos la palabra de los seres humanos. Sólo su palabra de que sienten esa empatía, esa cosa compartida, de grupo. ¿Cómo está la araña? -se inclinó sobre el hombro de Pris, que estaba terminando de cortar otra pata con sus tijeras.

-Ahora tiene cuatro -empujó al animal-. No quiere moverse. Pero puede.

Roy Baty apareció en la puerta, respirando con fuerza, con expresión de triunfo.

-Es un hecho. Buster lo ha dicho claramente, y casi todos los seres humanos del Sistema deben haberlo escuchado. El Mercerismo es una superchería. Toda la experiencia de la empatía es una superchería -miró con curiosidad a la araña.

-No quiere andar -dijo Irmgard.

-Yo haré que camine -Roy Baty sacó unas cerillas, encendió una y la sostuvo más y más cerca de la araña, hasta que por fin, débilmente, el insecto se apartó.

-Yo tenía razón -exclamó Irmgard-. ¿No dije que podía caminar con cuatro patas? -miró con interés a Isidore-. ¿Qué le ocurre? -le tocó el brazo-. No ha perdido nada; le pagaremos lo que dice el catálogo de... ¿Cómo se llama? Sidney. ¿Por qué se ha puesto así? ¿Es por lo de Mercer? ¿Por lo que se ha descubierto? ¿Por esa investigación? Eh, contésteme -le golpeó el brazo insistentemente con un dedo.

-Está muy afectado -dijo Pris-, porque tiene una caja de empatía en la otra habitación. ¿La usa, J.R.?

-Por supuesto que la usa. Todos lo hacen o al menos lo hacían. Tal vez ahora empiecen a pensarlo mejor.

-No creo que esto acabe con el culto a Mercer -dijo Pris-. Pero con seguridad, en este momento debe haber una cantidad de humanos que se sienten infelices -se dirigió a Isidore-. Hemos esperado durante meses. Todos sabíamos lo que Buster estaba preparando -vaciló y agregó-: ¿Por qué no decirlo? Buster es uno de los nuestros.

-Un androide -explicó Irmgard-. Nadie lo sabe. Quiero decir, los humanos.

Pris, con las tijeras, cortó otra pata más a la araña. Bruscamente, John Isidore la hizo a un lado, cogió a la criatura mutilada y la llevó al fregadero. Allí la ahogó, y mientras tanto se ahogaban también su mente y sus esperanzas, tan rápidamente como la araña.

-Está realmente perturbado -observó nerviosamente Irmgard-. ¿Por qué no dice algo, J.R.? También me perturba a mí que esté ahí, junto al fregadero, en silencio. No ha dicho una palabra desde que encendimos la TV.

-No es la TV -respondió Pris-. Es la araña. ¿No es así, John R. Isidore? Ya se le pasará -le dijo a Irmgard, que había ido a apagar la TV.

Roy Baty miraba a Isidore con tranquila diversión.

-Ya terminó todo Iz. Quiero decir, para el Mercerismo -con las uñas recogió del fregadero

Librodot

el cadáver de la araña-. Tal vez ésta era la última araña -dijo-. La última araña viva de la Tierra -reflexionó-. En ese caso, todo terminó también para las arañas.

-No... No me siento bien -dijo Isidore. Cogió una taza del armario de la cocina; la sostuvo sin saber exactamente cuánto tiempo. Y luego preguntó a Roy Baty:

-El cielo, detrás de Mercer, ¿es pintado? ¿No es real?

-Ya ha visto las ampliaciones en la TV, las pinceladas...

-El Mercerismo no se ha terminado -dijo Isidore. «A los androides les ocurría algo, algo terrible -pensó-. Y la araña. Tal vez había sido realmente la última de la Tierra». La araña se había ido, Mercer se había ido... Isidore vio el polvo y la ruina extendiéndose por el apartamento. Oyó la llegada del kippel, del desorden final de todas las formas, de la ausencia triunfadora, mientras estaba allí, de pie, con la taza de cerámica vacía en la mano. Los armarios de la cocina crujieron y se partieron; el suelo cedió bajo sus pies.

Se movió y tocó la pared. Su mano quebró la superficie. Trozos grises se desprendieron y cayeron, fragmentos de enlucido semejantes al polvo radiactivo del exterior. Se sentó junto a la mesa; las patas de la silla se torcieron como tubos huecos y podridos. Se puso de pie enseguida, dejó la taza y trató de componer la silla, de hacer que volviera a su forma anterior. Pero se desarmó entre sus manos: los tornillos que habían sujetado sus partes estaban sueltos. Vio sobre la mesa cómo a la taza le aparecía una grieta, cómo se extendía una fina red de líneas y caía un trozo y a la vista quedaba la materia interior, que no era vítrea.

-¿Que hace? -dijo la voz de Irmgard Baty, distante-. ¡Está rompiendo todo! ¡Basta, Isidore!

-No soy yo quien lo hace -respondió él. Avanzó con pasos inciertos hacia el living, para estar solo. Se detuvo junto al diván y miró la pared, y las manchitas que habían dejado los bichos muertos, y pensó nuevamente en la araña muerta con sus tres patas. «Todo aquí es viejo -pensó-. Hace tiempo comenzó el derrumbe, y ya no se detendrá. Los restos de la araña se han apoderado de todo».

En el suelo hundido aparecían ahora partes de animales; la cabeza de un cuervo, unas manos momificadas que habían pertenecido a un mono. Muy cerca había un burro, inmóvil pero aparentemente vivo. Por lo menos no había empezado a deteriorarse. Se dirigió hacia él, sintiendo que débiles huesos, secos como ramitas caídas, se quebraban bajo sus pies. Pero antes de llegar al burro -una de las criaturas a la que más amaba- un brillante cuervo azul descendió y se posó en el hocico de la bestia. No lo hagas, dijo en voz alta, pero el cuervo picoteó rápidamente los ojos del burro. «Otra vez -pensó-: me está ocurriendo otra vez. Estaré aquí largo tiempo, como antes. Siempre es muy largo, porque aquí nada cambia nunca. Llega un momento en que ni siquiera la podredumbre avanza».

Oyó el susurro de un viento seco, y los huesecillos amontonados se partieron. «Hasta el viento los destruye -observó-. En esta etapa. Inmediatamente antes de que el tiempo se acabe. Querría ser capaz de recordar cómo se sale de aquí», pensó. Miró hacia arriba y no vio nada de qué asirse. «Mercer -dijo en voz alta-. ¿Dónde estás? Este es el mundo-tumba, y estoy en él de nuevo, pero esta vez no estás tú aquí».

Algo se movió junto a uno de sus pies. Se arrodilló para mirar, y vio por qué se movía tan lentamente. La araña mutilada avanzaba con gran dificultad con sus patas restantes. La alzó y la sostuvo en la palma de la mano. *«Los huesos se han invertido* -pensó-. La araña ha vuelto a vivir. Mercer debe estar cerca».

El viento sopló con fuerza, destruyendo y arrastrando los huesos restantes, y sintió la presencia de Mercer. «Ven, aquí. Trepa por mis pies -le dijo-, o busca algún otro modo de acercarte, ¿quieres? Mercer -pensó. Y gritó-: *¡Mercer!*»

Las hierbas salvajes avanzaban; penetraban como tirabuzones en las paredes, a su alrededor, y luego se convertían en sus propias semillas, que creían, se expandían y reventaban los corrompidos metales y trozos de concreto que antes habían sido las paredes. Pero una vez desvanecidas las paredes, la desolación continuaba; la desolación era lo único que quedaba. Aparte de la figura leve y borrosa de Mercer. El anciano lo miró entonces, con expresión plácida.

-¿El cielo está pintado? -preguntó Isidore-. ¿Hay realmente pinceladas que se ven en las ampliaciones?

-Sí -respondió Mercer.

-No las veo.

-Estás demasiado cerca -dijo Mercer-. Debes colocarte a más distancia, como hacen los androides. Ellos tienen mejor perspectiva.

-¿Y por eso dicen que eres un fraude?

-Yo soy un fraude -repuso Mercer-. Son sinceros; su investigación es verídica. Desde su punto de vista, yo soy un viejo actor jubilado, llamado Al Jarry. Todo eso, todas esas revelaciones, son ciertas. Me han entrevistado en mi casa, como dicen. Y les dije todo lo que deseaban saber, es decir, todo.

-¿Y lo del whisky también?

Mercer sonrió.

-Sí, es verdad. Hicieron un buen trabajo, y desde su punto de vista, la revelación del Amigo Buster ha sido convincente. Les costará comprender, eso sí, por qué nada ha cambiado; porque tú estás aquí, y yo también -Mercer señaló con un gesto amplio la cuesta empinada y desierta, el paisaje familiar-. Ahora mismo, acabo de alzarte desde el mundo-tumba, y continuaré haciéndolo hasta que ya no te interese y desees marcharte. Pero tendrás que dejar de buscarme, porque yo nunca cesaré de buscarte.

-No me gustó eso del whisky -dijo Isidore-. No está bien.

-Tú eres una persona de elevada moral. Yo no lo soy. No juzgo a nadie, ni siquiera a mí mismo -Mercer alzó su mano, cerrada, con la palma hacia arriba-. Y antes de que lo olvide, tengo aquí algo que es tuyo -abrió los dedos. En la palma estaba la araña, con sus patas restauradas.

-Gracias -dijo Isidore, cogiendo la araña. Y empezó a agregar algo...

Sonó la campanilla de alarma.

-Un cazador de bonificaciones en el edificio -rugió Roy Baty-. Pronto, apagad todas las luces... Apartadlo de la caja de empatía; su puesto está en la puerta. Vamos, haced que se mueva.

19

John Isidore bajó la vista y vio sus manos, aferradas a las asas gemelas de la caja de empatía. Mientras la miraba, absorto, las luces del living de su casa se apagaron. Vio que Pris corría a la cocina, para apagar la lámpara de la mesa.

-Oye, J.R. -susurraba ásperamente Irmgard mientras le cogía por el hombro y le clavaba las uñas. Parecía no tener conciencia de lo que hacía. A la escasa luz que se filtraba del exterior, el rostro de Irmgard se veía distorsionado, con los ojos pequeños, huidizos, sin párpados-. Tienes que ir a la puerta -susurró-, cuando golpee, si golpea. Y debes mostrarle tu identificación, y decirle que ésta es tu casa, y que aquí no hay nadie más. Y pedirle que te muestre una orden judicial.

Pris, de pie, del otro lado, con el cuerpo arqueado, murmuró:

-No lo dejes entrar, J.R. Haz cualquier cosa para que no entre. ¿Sabes lo que haría aquí un cazador de bonificaciones? ¿Comprendes lo que nos haría?

Isidore se apartó de las dos androides y se dirigió a la puerta. Encontró sin dificultad, a oscuras, el picaporte, y se detuvo a escuchar. Podía sentir que el pasillo estaba como siempre: vacío, resonante, sin vida.

-¿Oye algo? -preguntó Roy Baty, inclinándose. Isidore percibió el olor de su cuerpo; olor a miedo, un miedo que casi se materializaba en una niebla-. Salga a mirar.

Isidore abrió la puerta y contempló el pasillo. El aire parecía limpio, a pesar del polvo. Todavía tenía en la mano la araña que Mercer le había dado. ¿Era realmente la misma que

Librodot

Pris había mutilado con las tijeras de uñas de Irmgard? Probablemente no, y nunca lo sabría. Pero estaba viva. Se movía dentro de su mano cerrada, sin picarle. Las mandíbulas de las arañas pequeñas no pueden atravesar la piel humana.

Llegó al extremo del pasillo, descendió las escaleras y salió al exterior, a lo que había sido un sendero rodeado por un jardín. El jardín había muerto con la guerra, y el sendero estaba roto por todas partes. Pero Isidore conocía su superficie; sus pies lo recorrían con agrado y lo siguieron, junto al lado más largo del edificio, hasta el único punto verde de los alrededores. Era un metro cuadrado de hierbas cubiertas de polvo. Ahí depositó a la araña. Miró su ondulante camino una vez que hubo abandonado su mano. «Pues bien -pensó-, ya está». Y se incorporó.

La luz de una linterna enfocó las hierbas. Las hojas y ramitas, que apenas lograban sobrevivir, parecían severas y amenazantes. Pudo ver a la araña, sobre una hoja de borde aserrado.

-¿Qué estaba haciendo? -preguntó el hombre de la linterna.

-Traje una araña -respondió, sin comprender cómo el hombre no la veía. A la luz amarillenta, la araña parecía de mayor tamaño-. Para que pueda escapar.

-¿Y por qué no se la ha llevado a su apartamento? Debería guardarla en un frasco. Según el Sidney de enero, la mayoría de las arañas han aumentado un diez por ciento. Podría conseguir algo más de cien dólares.

-Si la llevara arriba, ella volvería a cortarla en pedazos -respondió Isidore-. Una pata tras otra, para ver qué hace.

-Cosa de androides -dijo el hombre. Sacó de su chaqueta algo que abrió y mostró a Isidore.

En la penumbra, el cazador de bonificaciones parecía un hombre corriente, no peligroso. Cara redonda, lampiña, rasgos suaves, como de burócrata. Metódico pero informal. Y no tenía el aspecto de un semidiós, como Isidore esperaba.

-Soy investigador del departamento de policía de San Francisco. Deckard. Rick Deckard - cerró su carnet y se lo metió en el bolsillo-. ¿Están arriba? ¿Los tres?

-La verdad es que yo los estaba cuidando -repuso Isidore-. Hay dos mujeres. Son los últimos del grupo; el resto ha muerto. Subí la TV de Pris desde su apartamento al mío, para que pudieran ver al Amigo Buster. Buster demostró sin lugar a dudas que Mercer no existe - Isidore se sentía excitado: sabía una cosa muy importante que el cazador de bonificaciones ignoraba.

-Subamos -dijo Deckard. Tenía un tubo láser apuntado contra Isidore; lo desvió-. Usted es un especial, ¿verdad? Un cabeza de chorlito...

-Pero tengo un trabajo. Me ocupo de conducir el camión de -con horror, descubrió que se le había olvidado el nombre- del Hospital de Animales... El Hospital de Animales Van Ness, de propiedad de... de... Hannibal Sloat.

-¿Quiere indicarme en qué apartamento están? Hay más de mil en el edificio. Puede ahorrarme una buena cantidad de tiempo -su voz revelaba fatiga.

-Si los mata no podrá volver a fundirse con Mercer -dijo Isidore.

-¿No me quiere decir? ¿O indicarme el piso? Dígame sólo en qué piso es. Yo buscaré el apartamento.

-No -respondió Isidore.

-Según la ley federal y del estado -empezó Deckard, pero inmediatamente interrumpió y abandonó el interrogatorio-. Buenas noches -se alejó y entró en el edificio, precedido por el sendero difuso y amarillento que esparcía su linterna.

Una vez dentro, Rick Deckard la apagó. Recorrió el pasillo a la escasa luz de las lamparillas embutidas, meditando. El cabeza de chorlito sabe que son androides. Lo sabía antes de que yo se lo dijera. Pero no comprende. Y por otra parte, ¿quién comprende? ¿Acaso yo? Y antes, ¿comprendía? «Uno de ellos es un duplicado de Rachael -pensó-. Tal vez el especial vivía con ella... ¿Le gustaría? Tal vez fuera precisamente ella la que, según él,

despedazaría a la araña. Podría volver a coger esa araña; nunca he encontrado un animal vivo. Debe ser una experiencia maravillosa inclinarse y ver una cosa viva que se escabulle. Quizás algún día me ocurra».

Había traído un aparato para escuchar. Lo encendió; era un detector giratorio con una pantalla de centelleo. No se veía nada en ella. «En la planta baja no es», se dijo. Pero en sentido vertical el detector daba una pequeña señal. Arriba. Con el aparato y su cartera subió las escaleras hacia el primer piso.

Una figura acechaba en las sombras.

-Si se mueve lo retiro -dijo Rick. El hombre, esperándolo. Sentía en los dedos la dureza del tubo láser, pero ya no podía alcanzarlo ni apuntar. Había sido cogido de sorpresa.

-No soy un androide -dijo la figura-. Mi nombre es Mercer -dio un paso y entró en una zona iluminada-. Estoy en este edificio a causa del señor Isidore. El especial de la araña; has hablado unas palabras con el afuera.

-¿Es verdad lo que dijo el cabeza de chorlito? -preguntó Rick-. ¿Quedaré fuera del Mercerismo si hago lo que debo hacer dentro de unos minutos?

-El señor Isidore habló por él y no por mí -dijo Mercer-. Lo que piensas hacer debe ser hecho; ya te lo he dicho antes -alzó el brazo y señaló las escaleras, a espaldas de Rick-. Vine a decirte que uno de ellos está detrás de ti, abajo, y no en el apartamento. Es el más peligroso de los tres, y el que debes retirar primero -la vieja voz cascada se tornó urgente-. Rápido, Deckard. En los escalones.

Con el tubo láser en la mano, Rick giró y se agachó. Por las escaleras subía una mujer. La conocía. Bajó el tubo.

-Rachael -dijo, asombrado. ¿Lo habría seguido hasta aquí, en su propio coche? ¿Por qué?-. Vuelve a Seattle. Déjame tranquilo -dijo-. Mercer dice que debo hacerlo -advirtió entonces que no era exactamente Rachael.

-Por todo lo que nos hemos dado el uno al otro -dijo la androide con los brazos extendidos, como para aferrarlo.

«La ropa no es la misma -pensó Rick-. Pero los ojos son los mismos ojos. Y hay más, toda una legión, cada una con su nombre, pero todas son Rachael Rosen, el prototipo utilizado por la fábrica para proteger a las demás». Disparó su arma mientras ella, con ademán suplicante, se lanzaba contra él. El cuerpo se dispersó en añicos; Rick se cubrió la cara; luego miró y vio el tubo láser que ella traía, rebotando escalón por escalón. El ruido del tubo metálico resonó, se alejó, se tornó más lento. El más peligroso de los tres androides, había dicho Mercer. Buscó a Mercer, pero el anciano se había marchado. «Quizá me persigan con copias de Rachael Rosen hasta matarme -pensó-, o hasta que el modelo quede obsoleto, lo que ocurra primero. Pero ahora, los otros dos. Mercer me dijo que ella estaba en la escalera. Mercer me salvó. Se manifestó y me ayudó. Si Mercer no me hubiera avisado, ella me habría matado. Ahora puedo ocuparme del resto. Ella sabía que yo no podía atacarla; que para mí era imposible. Y ahora todo ha terminado, en un instante. He hecho lo que no podía hacer. A los Baty los puedo atacar del modo corriente. Serán difíciles, pero no de esta manera».

Estaba a solas en el pasillo, junto a la escalera. Mercer había terminado su obra y se había marchado. Rachael -o mejor dicho, Pris Stratton- yacía diseminada, de modo que estaba solo. Pero en alguna parte del edificio los Baty lo esperaban. Sabían lo que él había hecho. Probablemente estaban asustados. Esa había sido su defensa, la respuesta a su presencia en el edificio. Y sin la ayuda de Mercer, ellos habrían triunfado. Pero para ellos había llegado el invierno.

«Hay que proceder velozmente», se dijo. Avanzó por el pasillo y de repente su detector registró la cercanía de la actividad cerebral. Había encontrado el apartamento. Ya no necesitaba el aparato; lo dejó en el suelo y golpeó la puerta.

-¿Quién es? -preguntó una voz de hombre.

-Soy Isidore -respondió Rick-. Yo los estoy cuidando, a usted y a las do-do-dos mu-mujeres.

Librodot

-No abriremos -dijo una voz femenina.

-Quiero ver al Amigo Buster en la TV de Pris -continuó Rick-. Ahora que Mercer no existe es muy importante ver su pro-programa. Yo me ocupo de conducir el camión del Hospital de Animales Van Ness, cuyo propietario es el señor Hannibal Sloat... Abran... Esta es mi casa -aguardó y la puerta se abrió. En la oscuridad vio dos formas indistintas.

-Debe hacernos el test -dijo la forma más pequeña, la mujer.

-Es demasiado tarde -repuso Rick. La figura más alta intentó cerrar la puerta y poner en marcha algún aparato electrónico-. Voy a entrar -dijo Rick. Dejó que Roy Baty disparara primero, y eludió el rayo-. Ahora han perdido sus derechos legales. Deberían haberme obligado a aplicar el Test de Voigt-Kampff. Pero ya no tiene importancia -Roy Baty disparó de nuevo, erró y desapareció en el interior del apartamento, quizás en otra habitación, abandonando el equipo electrónico.

-¿Por qué Pris no lo mató? -preguntó la señora Baty.

-No hay ninguna Pris -respondió Rick-. Sólo Rachael Rosen, una tras otra -vio el tubo láser en la mano de ella, en la penumbra: Roy Baty se lo había dado, tratando de atraerlo al interior mientras ella lo atacaba por la espalda-. Lo siento, señora Baty -dijo Rick, y disparó.

En la otra habitación, Roy Baty lanzó un grito angustioso.

-Sí, la amaba usted -dijo Rick-. Y yo amaba a Rachael, y el especial amaba a la otra Rachael -avanzó y disparó contra Roy Baty; su gran cuerpo estalló y se desmoronó como una pila mal asentada de pequeños objetos separados y quebradizos. Cayó sobre la mesa de la cocina y arrastró platos y tazas en su caída. Algunos circuitos reflejos hacían que partes del cuerpo caído se movieran, pero estaba muerto. Rick lo ignoró. No lo miró, ni tampoco al cuerpo de Irmgard Baty. «Era el último -pensó Rick-. Seis en un día. Casi un récord. Ahora todo ha terminado, puedo irme a casa, puedo regresar a Iran y a la cabra. Y por una vez tendremos un poco de dinero».

Se sentó en el diván, y en medio del silencio apareció en la puerta el señor Isidore, el especial.

-Es mejor que no mire -dijo Rick.

-La vi en la escalera. A Pris -el especial lloraba.

-No se lo tome usted así -dijo Rick. Se puso de pie con esfuerzo, mareado-. ¿Dónde está el videófono?

El especial no contestó. Permanecía inmóvil. Rick buscó el videófono, lo encontró y llamó al despacho de Harry Bryant.

20

-Muy bien -dijo Harry Bryant cuando se enteró de las noticias-. Vaya a descansar un rato. Enviaré un patrullero a recoger los cuerpos.

Rick colgó.

-Los androides son estúpidos -dijo sin contemplaciones-. Roy Baty no podía diferenciarme de usted; creyó que era usted quien estaba en la puerta. La policía vendrá a limpiar esto, ¿por qué no se queda en otro apartamento hasta que terminen? Supongo que no querrá quedarse aquí, ahora...

-Me iré de esta casa -dijo Isidore-. Buscaré un lugar en el centro, donde haya más gente.

-Creo que hay un piso vacío en mi edificio -dijo Rick.

-No qui-qui-quiero vivir cerca de usted.

-Váyase -aconsejó Rick-. No se quede aquí.

El especial titubeó, sin saber qué hacer. Una serie de expresiones mudas recorrió su rostro. Luego giró y se marchó. Dejó solo a Rick.

«Qué trabajo horrible -se dijo Rick-. Soy un flagelo, como las plagas, como el hambre. Adonde voy llevo la vieja maldición. Mercer lo dijo: estoy obligado a hacer el mal. Todo lo

que he hecho, ha sido siempre malo. Desde el comienzo. Es hora de irse a casa. Quizá, cuando vea a Iran, podré olvidar».

Iran lo esperaba en el terrado de su casa. Lo miró con una extraña angustia; en todos los años que había pasado con ella jamás la había visto así.

-Ya se ha terminado todo -dijo, y la abrazó-. Y he estado pensando: quizás Harry Bryant pueda transferirme a...

-Rick -dijo ella-. Debo decirte algo. Lo siento. La cabra ha muerto.

Por alguna razón, eso no lo sorprendió. Simplemente le hizo sentirse peor, era una mera cantidad que se sumaba al peso que lo oprimía en todas partes.

-Creo que hay una cláusula de garantía -repuso Rick-. Si el animal enferma antes de los noventa días, el vendedor...

-No se enfermó. Alguien vino -Iran carraspeó y continuó en tono grave-, la sacó de su cesta y la llevó hasta el borde del terrado.

-¿Y la empujó?

-Sí.

-¿Viste quién era?

-Con toda claridad -respondió Iran-. Barbour estaba aquí todavía; bajó conmigo y llamamos a la policía, pero el animal estaba muerto y ella se había marchado enseguida. Era una muchacha de cara muy joven, pelo negro, ojos negros grandes, delgada. Tenía un abrigo largo de seda, un bolso grande, como de cartero. Y no hizo nada por ocultarse..., como si no le importara.

-No, no le importaba -dijo Rick-. A Rachael seguramente no le importaba que la vieras. Sin duda, quería que la vieras, para que yo supiera quién había sido -la besó-. ¿Y me has estado esperando aquí todo el tiempo?

-Sólo media hora. Fue hace media hora -Iran, con ternura, le devolvió el beso-. Es horrible. Y tan inútil...

Rick retornó a su coche aéreo, abrió la puerta y se instaló ante los mandos.

-No fue inútil -respondió-. Ella tenía una razón; lo que le parecía una razón -«una razón de androide», pensó.

-¿Adónde vas? ¿No quieres bajar y quedarte conmigo? La TV ha dado noticias tremendas; el Amigo Buster dijo que Mercer es un impostor. ¿Qué piensas, Rick? ¿Crees que pueda ser verdad?

-Todo es verdad -dijo Rick-. Todo lo que las personas han pensado alguna vez -puso el motor en marcha.

-¿Estás bien?

-Estoy bien -respondió Rick, y pensó: «voy a morir. Estas dos cosas también son ciertas». Cerró la puerta, dirigió a Iran un gesto cariñoso y se elevó en el cielo nocturno.

«En otros tiempos habría visto las estrellas -pensó-. Hace años. Pero ahora sólo está el polvo y nadie ve nunca una estrella, al menos desde la Tierra. Quizás allá donde voy se vean las estrellas», se dijo mientras el coche ganaba velocidad y altura, y se alejaba de San Francisco hacia la deshabitada desolación del norte. Hacia un lugar adonde no iría ninguna criatura viva mientras no sintiera que el fin había llegado.

21

A la temprana luz de la mañana vio un suelo gris que parecía infinito, cubierto de escombros. Unos cantos rodados grandes como casas se habían detenido al chocar unos con otros. Rick pensó: «es como un almacén de cargas cuando ya han retirado todas las mercaderías. Sólo quedan fragmentos de embalajes, de cajas que no significan nada en sí». Una vez había habido allí cosechas y rebaños. Era notable que los animales hubiesen pastado

allí alguna vez.

Era también notable elegir ese lugar para morir.

Descendió un poco y siguió volando casi a ras del suelo. «¿Qué diría de mí Dave Holden? -se preguntó-. En cierto sentido, soy el mejor cazador de bonificaciones que ha existido nunca. Nadie ha retirado seis modelos Nexus-6 en menos de veinticuatro horas. Y probablemente nadie volverá a hacerlo. Debería llamar a Dave», pensó.

Una colina irregular se le acercó; elevó el coche a medida que el mundo se aproximaba. «Estoy cansado -pensó-. No debería continuar». Apagó el motor, planeó un momento, y luego aterrizó en una cuesta, brincando, desparramando piedras, hasta que el avance hacia arriba lo detuvo, rechinando.

Cogió el videófono del coche aéreo y llamó a la operadora de San Francisco.

-Con el Hospital Mount Zion -dijo.

Apareció en la pantalla otra mujer.

-Hospital Mount Zion.

-¿Podría hablar con un paciente? Dave Holden. ¿Se encuentra suficientemente bien?

-Un momento, señor -la pantalla quedó en blanco. Pasó el tiempo. Rick cogió un poco de rapé Dr. Johnson y se estremeció; la temperatura de la cabina, sin calefacción, había descendido-. El doctor Costa dice que el señor Holden no puede recibir llamadas -dijo la operadora cuando reapareció.

-Es un asunto policial -repuso, colocando su carnet junto a la pantalla.

-Un segundo -la operadora se desvaneció nuevamente. Rick volvió a aspirar el rapé Dr. Johnson; el mentol que le agregaban sabía mal a esta hora de la mañana. Bajó el cristal de la ventanilla y arrojó al suelo la pequeña caja de lata-. No, señor -dijo la operadora-. El doctor Costa piensa que el estado del señor Holden no permite que atienda llamadas, ni siquiera urgentes, por lo menos durante...

-Está bien -respondió Rick, y cortó la comunicación.

También el aire olía mal, y volvió a subir el cristal. Dave había quedado realmente fuera de combate. «Me pregunto por qué no me mataron; quizá porque me moví con rapidez. Contra todos el mismo día. No podían esperarlo. Harry Bryant tenía razón».

Hacía tanto frío ahora en la cabina, que abrió la puerta y descendió. Un viento nocivo e inesperado atravesó sus ropas, y empezó a caminar restregándose las manos.

«Habría sido gratificante hablar con Dave. Él aprobará lo que hice, sin duda. Y, además, comprenderá la otra parte, que ni siquiera Mercer debe comprender. Para Mercer todo es fácil -pensó-, porque lo acepta todo. Nada es ajeno a él. Pero lo que yo he hecho, eso es ahora ajeno a mí. En verdad todo en mí es ajeno. Me he convertido en un ser ajeno».

Caminó por la cuesta. Cada paso le costaba más. Estaba demasiado fatigado para subir. Se detuvo a secar el sudor que caía sobre sus ojos y las lágrimas saladas, con todo el cuerpo dolorido. Enfadado consigo mismo escupió, con furia, desdén y odio a sí mismo, sobre el suelo yermo. Luego siguió trepando por aquella elevación solitaria y poco familiar, alejada de todo. Nada estaba vivo allí, aparte de él mismo.

El calor. Ahora hacía calor. Era evidente que había pasado el tiempo. Y sentía hambre. No había comido en sabe Dios cuánto tiempo. El hambre y el calor se combinaban en un sabor venenoso que recordaba a la derrota. «Sí, eso es lo que ocurre -pensó-: de alguna oscura manera, he sido derrotado. ¿Por haber matado a los androides? ¿Por Rachael, que había matado a la cabra?». No sabía. Mientras avanzaba, un manto vago y casi alucinante nubló su mente. Sin saber cómo estaba en un punto situado a un paso de un precipicio ciertamente fatal, de una caída humillante y desesperada. Y tenía que proseguir, aun cuando nadie lo viera. No había nadie allí que registrara su degradación ni la de nadie; y el orgullo o el valor que pudiera finalmente exhibir también pasaría inadvertido. Las piedras muertas, las agonizantes hierbas envenenadas por el polvo no lo verían ni recordarían.

En ese momento la primera piedra -y no era de espuma de goma ni de plástico- lo golpeó en la región inguinal. Y el dolor, el conocimiento esencial de la soledad y la pena, llegó hasta

Librodot

él en su forma desnuda y verdadera.

Se detuvo. Pero un impulso, un impulso invisible pero real, irresistible, lo indujo a continuar la ascensión. «A rodar hacia arriba, como las piedras -pensó-. Hago lo que hacen las piedras, sin voluntad, sin que esto tenga el menor sentido».

-Mercer -dijo, jadeando. Se detuvo. Podía distinguir al frente una figura borrosa, inerte-. ¿Wilbur Mercer? ¿Eres tú? -«Dios mío, es mi sombra... -pensó-. Tengo que salir de aquí, descender esta cuesta».

Trastabillando inició el retorno. En un momento cayó. Las nubes de polvo oscurecían el paisaje. Se alejó del polvo, corriendo, resbalando, tropezando en las piedras sueltas. Muy cerca estaba su coche aéreo. «He vuelto -se dijo-, he bajado de la colina». Abrió la puerta y entró en la cabina. «¿Quién habrá arrojado la piedra? -se preguntó-. Nadie. Pero, ¿por qué me importa tanto? Ya lo he sufrido antes, durante la fusión, mientras utilizo mi caja de empatía, como hacen todos. Esto no es nuevo». Y, sin embargo, lo era. «Tal vez -se dijo-, porque lo he hecho solo».

Temblando, sacó de la guantera una lata nueva de rapé; quitó la banda protectora, la abrió y cogió una gran pulgada que aspiró mientras estaba mitad en la cabina y mitad fuera, con los pies en suelo árido y polvoriento. «Es el último lugar adonde ir -pensó-. No debí venir aquí...». Ahora se sentía demasiado cansado para regresar.

«Si tan sólo pudiera hablar con Dave -pensó-, me sentiría mejor. Podría salir de aquí, irme a casa, dormir. Todavía tengo mi trabajo y mi oveja eléctrica. Habrá otros andrillos que retirar, mi carrera no está terminada, no he retirado el último androide. Tal vez se trate de eso; temo que no haya más...».

Miró el reloj. Las nueve y treinta.

Llamó por el videófono a la Corte de Justicia de la calle Lombard.

-Quiero hablar con el Inspector Bryant -le dijo a la señorita Wild, la operadora.

-El Inspector Bryant no está en su despacho, señor Deckard. Salió en su coche, pero en este momento no se encuentra en él. No responde.

-¿No dijo a donde pensaba ir?

-Era algo relacionado con los androides que retiró usted anoche.

-Póngame con mi secretaria.

Poco después, la cara triangular y anaranjada de Ann Marsten aparecía en la pantalla.

-Oh, señor Deckard. El Inspector Bryant ha estado tratando de comunicarse con usted... Creo que ha propuesto su nombre al señor Cutter, el jefe, para una mención especial, por haber retirado a esos seis...

-Ya sé lo que he hecho -repuso Rick.

-Pero eso nunca había pasado antes. Ah, además, señor Deckard: ha llamado su esposa. Quiere saber si se encuentra usted bien. ¿Está bien?

Rick no respondió.

-De todos modos -continuó la señorita Marsten-, debería usted llamarla. Dijo que estaría en casa, esperando noticias...

-¿Sabe usted lo que le ocurrió a mi cabra?

-No. Ni siquiera sabía que tenía una.

-Me la quitaron.

-¿Quién, señor Deckard? ¿Ladrones de animales? Acabamos de recibir la denuncia de una nueva pandilla, probablemente muy jóvenes, que opera en...

-Ladrones de vida.

-No comprendo, señor Deckard -dijo la señorita Marsten, mirándolo con atención-. Señor Deckard, tiene usted muy mal aspecto. Parece fatigado y... Dios, su mejilla está sangrando.

Rick se llevó una mano a la cara. Una piedra, seguramente. Le habían arrojado más de una.

-Se parece a Wilbur Mercer -dijo la señorita Marsten.

-Soy Wilbur Mercer -respondió Rick-. Me he fundido permanentemente con él y no puedo salir de la fusión. Estoy esperando a que eso ocurra, aquí, en algún lugar de la frontera de

Oregon.

-¿Quiere que le envíe a alguien? ¿Un coche del departamento?

-No -dijo-. Ya no estoy en el departamento.

-Ayer ha trabajado demasiado, señor Deckard -dijo la señorita Marsten, en tono de reproche-. Lo que necesita es dormir bien. Señor Deckard, usted es nuestro mejor cazador de bonificaciones, y el mejor que hemos tenido nunca. Yo le avisaré cuando llegue. Váyase a su casa y a la cama. Y llame a su esposa, señor Deckard: está muy preocupada. Era evidente. Y usted tampoco está bien.

-Es por la cabra -dijo Rick-. No por los androides. Rachael estaba equivocada. No tuve ninguna dificultad en retirarlos. Y en especial también se equivocó cuando dijo que no podría fundirme nuevamente con Mercer. El único que estaba en lo cierto era Mercer.

-Vuelva a la zona de la bahía, señor Deckard; a donde haya gente. No hay nada viviente cerca de Oregon, ¿verdad? ¿Está solo?

-Es curioso -respondió Rick-. He tenido la ilusión, completamente real, de que era Mercer, y de que me arrojaban piedras. Pero no del modo en que se siente ante la caja de empatía. Con la caja de empatía uno siente que está con Mercer. La diferencia es que yo no estaba con nadie; estaba solo.

-Ahora dicen que Mercer es un impostor.

-Mercer no es ningún impostor -contestó Rick-. A menos que la realidad sea una impostura -«la sierra -pensó-, el polvo, las piedras, todas diferentes»-. Temo que no podré dejar de ser Mercer. Una vez que se comienza, ya es demasiado tarde para retroceder -¿tendré que subir nuevamente? Para siempre, como Mercer... Atrapado por la eternidad-. Adiós -dijo.

-¿Llamará a su mujer? ¿Me lo promete?

-Sí. Gracias, Ann -colgó. «Una cama -pensó-. La última vez que estuve en una cama fue con Rachael». Infracción al estatuto. Cópula con androides; absolutamente ilegal, aquí y en los mundos-colonia. Ahora debe estar de vuelta en Seattle, con los demás Rosen, reales y humanoides. «Querría poder hacerte lo que tú me has hecho; pero no se puede, porque a los androides no les importa. Si te hubiera matado anoche mi cabra estaría viva. Ese fue mi error. Sí -pensó-; todo surgió de allí. De eso y de acostarme contigo... Una cosa que me dijiste era verdad. He cambiado. Pero no del modo que tú habías previsto».

De otro modo peor.

«Y, sin embargo, no me importa. Ya no me importa. No, después de lo que me ha ocurrido, cerca de la cumbre de la colina. Me pregunto qué habría pasado si hubiera seguido subiendo. Porque allí es donde Mercer muere, y donde su triunfo se manifiesta, al final del gran ciclo sideral».

«Pero si soy Mercer no puedo morir, ni siquiera en diez mil años. Mercer es inmortal».

Una vez más cogió el videófono, para llamar a Iran.

Y se quedó congelado.

22

Dejó el receptor en su lugar, sin apartar la vista del punto donde había observado un movimiento, fuera del coche. Una cosa en el suelo, entre las piedras; un animal. Le latió con fuerza el corazón, demasiado cargado por el asombro. «Yo sé qué es. Nunca he visto uno, pero lo sé por las viejas películas sobre la naturaleza que pasa la TV del Gobierno. Están extinguidos», se dijo. Buscó su arrugado Sidney, y pasó las páginas con dedos temblorosos.

SAPO (Bufonidae), todas las variedades... *E.*

Extinguidos. El sapo era la criatura más preciosa para Wilbur Mercer, junto con el asno. Pero prefería el sapo.

«Necesito una caja», se dijo. Giró; en el asiento trasero de coche aéreo no había nada. Saltó al exterior, fue a la baulera y la abrió. Había una caja de cartón que contenía una ampolla de

combustible de repuesto; sacó la ampolla, puso dentro de la caja las hojas de una enredadera que encontró, y se acercó lentamente al sapo, sin separar de él la vista.

El sapo se combinaba perfectamente con la textura y el matiz del polvo omnipresente. Quizás había evolucionado, adaptándose al nuevo clima así como se había adaptado antes a todos los climas. «Si no se hubiera movido no lo habría visto; sin embargo, no estaba a más de dos metros de distancia». ¿Qué ocurre cuando se encuentra un animal al que se cree extinguido? Era muy raro. Algo así como una «Estrella de Honor» de las Naciones Unidas y dinero, una recompensa de millones de dólares. Y entre todas las posibilidades, hallar precisamente la criatura preferida por Mercer. «Dios mío -pensó-, no puede ser. Debe tratarse de un defecto cerebral mío, provocado por la exposición a la radiactividad. Soy un especial -pensó-. Me ha ocurrido algo. Como al cabeza de chorlito Isidore con su araña. Lo que le pasó a él me pasa a mí. ¿Lo quiso así Mercer? Pero yo soy Mercer. Yo lo he querido así. He encontrado al sapo, porque veo a través de los ojos de Mercer».

Se puso en cuclillas al lado del sapo. Había apartado las piedrecillas con el trasero, cavándose un hoyo, de modo que sólo se veían el cráneo y los ojos a ras del suelo. Estaba como en trance, con su metabolismo disminuido al mínimo. Sus ojos no revelaban lo que hubiese visto. Rick pensó, horrorizado: «se ha muerto, quizá de sed». Pero no; se había movido.

Depositó la caja en el suelo y con gran cuidado tocó unas piedrecillas cerca del animal, que aparentemente no se oponía. Por supuesto, ignoraba su existencia.

Cuando lo alzó sintió su peculiar frialdad. El cuerpo parecía seco y arrugado; y tan frío como si hubiera vivido siempre en una gruta a muchas millas de profundidad, lejos del sol. Ahora el animal se retorcía; con sus débiles patas traseras intentaba liberarse instintivamente, y saltar. Era un sapo grande, adulto, inteligente. Capaz a su modo de sobrevivir en un mundo donde el hombre, realmente, no podía. «Me pregunto dónde encuentra el agua para sus huevos...».

«De modo que esto es lo que ve Mercer -pensó mientras cerraba cuidadosamente la caja, con muchas vueltas de cordel-. La vida que nosotros ya no podemos distinguir, la vida cuidadosamente enterrada hasta los ojos en un mundo muerto. En cada ceniza del Universo Mercer percibe seguramente la vida escondida. Y después de haber visto a través de los ojos de Mercer, probablemente a mí también me ocurrirá».

Y ningún androide le cortará las patas a este sapo, como hicieron con la araña del cabeza de chorlito.

Depositó su caja en el asiento y se sentó ante los mandos. Es como volver a ser un muchacho. La carga que había sentido se había disipado; había desaparecido aquella fatiga opresora y monumental. «Cuando Iran se entere...». Cogió el videófono, pero se detuvo.

Será una sorpresa. Y sólo llevará treinta o cuarenta minutos volver a casa.

Encendió el motor, remontó y puso rumbo a San Francisco, mil kilómetros al sur.

Iran Deckard estaba ante el órgano de ánimos Penfield, con el índice de la mano derecha apoyado en el dial numerado. Pero no lo hacía girar. Se sentía demasiado angustiada. Su inquietud clausuraba el futuro y todas las posibilidades que contuviera. Y pensaba: «si Rick estuviera aquí, me haría marcar el 3, y eso me infundiría el deseo de marcar algo importante, como júbilo incontenible, o quizás un 888: deseo de ver televisión sin reparar en el programa. Me pregunto qué programa habrá... Y adonde habrá ido Rick. Puede volver, y también es posible que no vuelva».

Oyó un golpe en la puerta.

Dejó a un lado el manual Penfield y se puso en pie de un salto, pensando: «No necesito marcar nada: Ya tengo todo lo que quiero, si es Rick».

Corrió a la puerta y la abrió de par en par.

-Hola -dijo él. Tenía un tajo en la mejilla, la ropa gris y arrugada, hasta el pelo estaba saturado de polvo. Las manos, la cara..., había polvo por todas partes, excepto en los ojos, que

brillaban como los de un chico. Parecía que hubiera estado jugando y que hubiera decidido volver a casa, que ya era hora... A descansar, bañarse y contar los maravillosos sucesos del día.

-Cuánto me alegro -dijo ella.

-He traído algo -sostuvo en alto la caja de cartón con ambas manos. Entró sin soltarla, como si hubiera en ella algo muy frágil o valioso. Quería tenerla perpetuamente en las manos.

-Te prepararé una taza de café -dijo Iran. Apretó el botón de café de su cocina y en un instante tuvo una gran jarra. Él se sentó sin separarse de su caja, y sin perder la mirada de asombrada alegría. Nunca, desde que lo conocía, le había visto esa expresión. Le había ocurrido algo desde su partida, la noche anterior. Y ahora había vuelto, y la caja había vuelto, y la caja había venido con él. En la caja estaba lo que le había ocurrido.

-Voy a dormir -anunció Rick-. Todo el día. Hablé con Harry Bryant, me dijo que me tomara el día libre, y eso es exactamente lo que haré -con cuidado colocó la caja en la mesa y bebió el café, como ella quería.

Iran estaba sentada frente a Rick.

-¿Qué hay en la caja? -preguntó.

-Un sapo.

-¿Puedo verlo?

Él desató la caja y alzó la tapa.

-Oh -dijo Iran al ver el sapo; por alguna razón, se asustó-. ¿Muerde?

-Cógelo. No muerde; los sapos no tienen dientes -Rick alzó el sapo y se lo alcanzó.

Ella lo cogió, ocultando su aversión.

-Pensé que estaban extinguidos -dijo ella, mientras lo daba vuelta y miraba con curiosidad sus patas traseras: parecían casi inútiles-. ¿Los sapos saltan como las ranas? Quiero decir, ¿saltará de repente?

-Las patas de los sapos son débiles -respondió Rick-. Esa es la principal diferencia entre un sapo y una rana. Eso y el agua. Las ranas viven cerca del agua, pero los sapos pueden sobrevivir en el desierto. Lo encontré en el desierto, cerca de la frontera de Oregon, donde no hay nada vivo -estiró la mano para coger el animal.

Pero Iran había descubierto algo: mientras lo sostenía, cabeza abajo, y tocaba su abdomen, abrió con la uña el diminuto panel de control.

-Oh -dijo Rick, demudado-; ah, ya veo, tienes razón -miraba en silencio al seudoanimal. Lo cogió en su mano, y jugó con sus patas; y todavía en ese momento parecía no comprender. Luego lo puso cuidadosamente en su caja-. Me pregunto cómo habrá llegado a esa desolada región de California... Alguien tiene que haberlo puesto allí, y no encuentro forma de explicarme por qué.

-Quizá no debí haberte dicho que era eléctrico -Iran le tocó el brazo. Se sentía culpable por el efecto, el cambio que había provocado en él.

-No -respondió Rick-. Me alegro de saberlo. O mejor dicho, prefiero saberlo.

-¿Quieres usar el órgano de ánimos, para sentirte mejor? Siempre te ha servido, mucho más que a mí.

-Estoy bien -sacudió la cabeza, como si tratara de aclarar sus ideas, aún sorprendido-. La araña que Mercer le dio a Isidore, el cabeza de chorlito, también debía ser artificial. Pero no importa. Las cosas eléctricas también tienen su vida, por pequeña que ella sea.

-Parece que hubieras caminado cien millas -dijo Iran.

-Ha sido un día largo -respondió él.

-Ve a la cama y duerme.

-Ya ha terminado todo, ¿verdad? -Rick la miró con expresión de sorpresa. Parecía esperar a que ella se lo dijese, como si lo supiera. Como si oírselo a sí mismo no significara nada. Sentía duda ante sus propias palabras. No se tornaban significativas mientras ella no las confirmara.

-Ha terminado -dijo Iran.

-Dios, qué tarea maratónica -dijo Rick-. Una vez empezada no había forma de concluir... Me llevaba adelante, hasta que finalmente retiré a los Baty, y no tuve nada que hacer. Y -vaciló, evidentemente asombrado por lo que había empezado a decir- esa parte fue la peor. Después de terminar, no me podía detener porque no quedaría nada si me detenía. Tenías razón tú, esta mañana, cuando dijiste que soy sólo un policía de manos groseras.

-Ahora no lo creo -respondió Iran-. Sólo estoy feliz de que hayas vuelto a casa, a tu lugar -lo besó, y eso pareció gustarle a Rick. Su cara se iluminó, casi tanto como antes, antes de que ella le mostrara que el sapo era eléctrico.

-¿Crees que he hecho mal? Lo que hice hoy, ¿está mal?

-No.

-Mercer dijo que estaba mal, pero que igual debía hacerlo. Es extraño que a veces sea mejor hacer algo malo que bueno.

-Es la maldición que pesa sobre nosotros -respondió Iran-. A eso se refiere Mercer.

-¿El polvo?

-Los asesinos que encontraron a Mercer cuando tenía dieciséis años y le dijeron que no podía invertir el tiempo ni traer de vuelta animales a la vida. Entonces, ahora, lo único que puede hacer es moverse al paso de la vida, e ir adonde ella va, a la muerte. Los asesinos arrojan las piedras. Son ellos quienes lo hacen, siempre lo persiguen... Así como a todos nosotros. ¿Fue una piedra la que te hirió la mejilla?

-Sí -respondió Rick débilmente.

-¿Te irás a la cama? ¿Quieres que te ponga el órgano de ánimos en 670?

-¿Qué es eso?

-Descanso reparador y merecido -dijo Iran.

Rick se puso de pie, dolorido, con el rostro soñoliento y confuso, como si una sucesión de batallas se lo hubiera disputado durante muchos años. Poco a poco, avanzó en la ruta al dormitorio.

-Está bien -contestó-. Descanso reparador y merecido -se tendió en la cama. Sus ropas y su pelo desprendieron polvo sobre las sábanas blancas.

Mientras apretaba el botón que tornaba opacas las ventanas del dormitorio, Iran pensó que no sería necesario encender el órgano de ánimos. La luz grisásea del día desapareció.

Un instante después, Rick dormía.

Iran se quedó a su lado un rato, hasta que tuvo la seguridad de que no despertaría ni se quedaría sentado, asustado, como le pasaba a veces por las noches. Luego regresó a la cocina y se sentó ante la mesa.

El sapo eléctrico se movía en su caja. Iran se preguntó qué «comería», y si necesitaba mantenimiento. «Moscas artificiales», pensó.

Abrió la guía telefónica y buscó en las páginas amarillas accesorios para animales eléctricos. Llamó, y cuando la vendedora atendió, dijo:

-Quiero medio kilo de moscas artificiales que zumben y revoloteen.

-¿Para una tortuga eléctrica, señora?

-Para un sapo.

-Entonces, le sugiero nuestro surtido mixto de bichos reptantes y voladores, que incluye...

-Prefiero las moscas -respondió Iran-. ¿Puede enviarlas? No quiero salir: mi marido duerme y no quiero dejarlo solo.

La vendedora agregó:

-Le recomendaría nuestra charca perpetua, salvo si se trata de un escuerzo, en cuyo caso tenemos un equipo completo de arena, piedrecillas multicolores y seudo-desechos orgánicos. Y si piensa usted alimentarlo regularmente, le sugiero que nuestro servicio de mantenimiento realice un ajuste periódico de la lengua. En un sapo, la lengua es vital.

-Muy bien -contestó Iran-. Quiero que funcione perfectamente. A mi marido le encanta -dio su dirección y colgó.

Librodot

Y ya sintiéndose mejor, se sirvió por fin una taza de café negro y caliente.

FIN